EL SIMBOLISMO HERMÉTICO

Y SU RELACIÓN CON LA ALQUIMIA Y LA FRANCMASONERÍA

1910



Oswald Wirth

ÍNDICE DE MATERIAS

PRÓLOGO

Desde 1894 teníamos la idea de publicar una obra sobre la ***Alquimia y la Francmasonería,*** pues es nuestra opinión que un mismo programa de iniciación se reconoce en la serie de operaciones de la Gran Obra hermética y la sucesión de pruebas a que han de someterse los francmasones. Mientras proseguíamos con nuestros estudios, se nos presentó una ocasión de comunicar los resultados sucesivos. De este modo fueron apareciendo, uno tras otro, los artículos publicados hasta fines de 1909 en la primera edición de este libro.

Un primer tiraje de 500 ejemplares fue tan bien recibido que nuestro trabajo se agotó rápidamente. ¿Por qué nos demoramos tanto en hacer una nueva edición? Nos hemos ocupado de otras tareas. ***El Libro del aprendiz*** exigía ser completado con los manuales del ***Compañero*** y del ***Maestro;*** después trabajamos en el ***Tarot de los imagineros de la Edad Media*** que, editado en 1927, nos hubiera permitido volver al ***Simbolismo hermético,*** pero entonces tuvimos que dedicarnos a los ***Misterios del Arte Real.*** Tan sólo en 1930, al cabo de veinte años, nos fue posible reiniciar un trabajo en el cual no habíamos dejado de pensar.

Los comienzos de la obra de 1910 ya no nos satisfacían, y nos propusimos entrar en materia con una precisión acrecentada, absteniéndonos de reescribir el libro en su conjunto. Las correcciones se refieren a detalles: tratan de aclarar los pasajes difíciles sin modificar el sentido original.

Hemos creído necesario un capítulo nuevo, llamado ***Nociones elementales de hermetismo,*** que reproduce con leves cambios la segunda parte de una obra publicada en 1897, y sólo conserva la ***Medicina filosofal*** sin contar la ***Imposición de las manos,*** donde contamos nuestras experiencias en el campo del magnetismo terapéutico. Por consiguiente, en las páginas que siguen se encuentra reunido todo lo que hemos escrito sobre la alquimia.

El lector no encontrará aquí un tratado metódico, pero creemos hacerle un favor obligándolo a coordinar los datos que le presentamos. No deberá irritarse por las repeticiones inevitables ni por las exposiciones que no concuerdan a primera vista. Los símbolos no pueden manifestarse en un solo sentido y pueden, sin contradecirse, decir blanco y negro al mismo tiempo, pues la realidad es compleja y es nuestra propia simplicidad que la simplifica.

Las palabras engañan al simplificar, mientras que los símbolos reflejan la complejidad muchas veces insondable de las cosas.

Permítasenos reproducir aquí la página que nos dedicó el director de ***L'Acacia,*** nuestro amigo C. M. Limousin, en el artículo póstumo que escribió para su revista:

"...el hermano Wirth es, dentro de la masonería, el jefe de una escuela que en otros tiempos, en Francia, y otros países, fue poderosa: la Escuela de Alquimia".

"La Escuela Masónica de Alquimia es la escuela francesa, totalmente distinta de la escuela inglesa. Los adeptos franceses de la masonería en el siglo XVIII, influidos por factores que no hay motivo para tratar aquí, introdujeron las ciencias ocultas: magia, cábala, astrología, el magnetismo y sobre todo la alquimia. Basta leer un artículo de Wirth para reconocer en él al alquimista. No digo esto con intención de denigrarlo: por el contrario, lo tengo por el representante de una noble tradición. La alquimia no es, y no fue, lo que piensa el vulgo. Fue eso, pero fue también algo más. En general se cree que la alquimia consistió en una serie de procedimientos químicos para obtener la transmutación de los metales y lograr la fabricación del oro: ese oro con el cual se obtiene todo en el mundo. Así ocurría en otros tiempos. Sin embargo, digamos de pasada que en el curso de las últimas investigaciones y experiencias, los alquimistas hicieron descubrimientos interesantes con los cuales se ha beneficiado la química moderna. La nomenclatura química está llena todavía de términos de origen alquímico: ázoe, vitriolo, nitro, azufre, mercurio, sal, etc.".

"Pero la alquimia no era sólo esto: era también un sistema científico general. Por esta razón los símbolos de notación de los alquimistas eran empleados por los astrólogos y han sido conservados por los astrólogos".

"La alquimia era otra cosa, además, y es este aspecto que cultiva Wirth: era un sistema filosófico. Es esta identidad de la filosofía y de la ciencia — por lo menos de lo que se consideraba en otros tiempos ciencia — que expresa la fórmula del Hermes Trismegistos: "Lo alto es igual a lo bajo: lo que está abajo es igual a lo que está en lo alto", lo que quiere decir que la ciencia es la imagen de la realidad, y que debe buscarse en la realidad lo que enseña la ciencia. También era algo más: era un arte, el arte de la cultura intelectual y moral del hombre. El "oro potable", que se procuraba producir

simbólicamente, era la perfección humana. Una metáfora alquímica inversa fue la que Racine expresó en el verso célebre de ***Atalie:***

"Comment en un plomb vil, l'or pur s'est-il changé?[1]

"La transmutación de los metales era la transformación de antropoides ignorantes, groseros, bárbaros e inmorales, en hombres instruidos, corteses y morales".

"Puede compararse este programa simbólico con el programa del grado de maestre masón especulativo".

"Es esta la alquimia que cultiva el hermano Wirth. El no ***sopla*** y no tiene laboratorio, ni siquiera un diminuto ***athanor*** en su domicilio".

Agregaremos que nuestros conocimientos de química son rudimentarios, por lo cual no podemos apreciar las teorías de los antiguos alquimistas desde el punto de vista científico moderno. El simbolismo de la alquimia no se refiere exclusivamente a las verdades de orden iniciático, pero preferimos no buscar otra cosa en él. Seguimos convencidos de que éste es el terreno más sólido.

No tenemos a la alquimia por un fin, pero la consideramos un poderoso medio de llegar por ella al discernimiento de lo verdadero, y por éste a la realización del bien. La iniciación es una, aunque cada escuela de iniciación use símbolos propios. Aprendamos comparando, transponiendo de un simbolismo a otro, y la luz se hará en nuestro espíritu.

O. W.
París, agosto 1930.

[1] **¿Cómo ha podido convertirse en vil plomo el oro puro?**

LA IDEOGRAFÍA ALQUÍMICA

LA ENSEÑANZA MUDA

LA ESCRITURA primitiva se basa en signos que evocan ***ideas,*** como nuestras cifras, que se leen en cualquier idioma conservando siempre el mismo significado. En Extremo Oriente, la ideografía original se desarrolló por medio de la adaptación de una serie de caracteres que se vinculan, cada uno por separado, a un elemento del pensamiento. Esto hace posible que los asiáticos instruidos puedan comprenderse por escrito, a pesar de que, cuando hablan idiomas diferentes, no pueden entenderse con palabras.

Una escritura como ésta no es práctica en la vida corriente, pero es innegable que tiene muchas ventajas desde el punto de vista filosófico, pues obliga a pensar haciendo abstracción de la palabra. Las palabras permiten hablar volublemente, se pronuncian sin necesidad de que el espíritu se represente lo que expresan los sonidos. Se ha dicho que la palabra le fue dada al hombre para que pudiera disimular su pensamiento. Retengamos más bien el hecho de que el hombre habla para evitar el pensamiento: hablamos mucho para no decir nada.

Estos inconvenientes de la palabra no han pasado por alto a los pensadores serios, que siempre se han negado a dejarse aturdir por el ruido de las palabras. Persuadidos de que la meditación instruye al hombre en las cosas que más le interesan, han fundado las Escuelas de Silencio. En ellas el discípulo no es aleccionado; no recibe ninguna predicación: es puesto en presencia de sí mismo y de los espectáculos puros. Es posible que las cosas, las imágenes y los signos no le sugieran nada; espíritu perezoso, no se siente estimulado a pensar. En ese caso, pierde su tiempo en la Escuela de la Sabiduría: no tiene vocación, y es mejor que se instruya con pedagogos que le dirán qué debe pensar.

Pero supongamos que no es este el caso, y que al aspirante se le ocurren ideas ante todo lo que ve. Esto será normal de parte de un espíritu activo, que tiende a pensar por sí mismo. Esto nos lleva, pues, a la meditación, que debe ser nutrida. ¿En qué debe meditar el aspirante? Por lo pronto, en los actos en los cuales le harán participar sus maestros. Estos le harán cumplir ***ritos*** significativos, extraños y desconcertantes, precisamente para incitarlo a la reflexión. ¿Por qué — se preguntará — se me hace desempeñar un papel

enigmático con el pretexto de iniciarme? ¿En qué se me inicia? En formalidades que — lo sé — son ***simbólicas.*** Heme aquí frente a símbolos cuyo significado debo descubrir.

Si tal iniciación se realiza con un buen hombre, que no descubre la vuelta, la ceremonia es formal e inoperante desde el punto de vista iniciático. Nadie es iniciado en virtud de una ceremonia, ni por la asimilación de determinadas doctrinas ignoradas por el vulgo. ***Cada uno se inicia a sí mismo,*** trabajando espiritualmente para descifrar el gran enigma que nos plantea la objetividad.

Los que hablan nos comunican sus propias ideas, interesantes de conocer desde el punto de vista profano, pero que más vale ignorar a fin de ponerse en condiciones de buscar independientemente la verdad.

Para descubrir a ésta, tenemos que descender dentro de nosotros mismos, hasta el fondo del pozo simbólico donde se oculta púdicamente, en su desnudez, la casta divinidad del pensador. Pero el recogimiento en sí mismo no es más que un ejercicio transitorio, no un fin. Después de entrar en sí hay que salir, hay que elevarse por encima de las cosas para volver a ellas, estar dispuesto a apreciarlas en lo que valen.

La realidad vulgar de las apariencias es el manojo de imágenes que solicita la perspicacia del iniciado. Para él todo es jeroglífico. La vida lo hace intervenir como actor del espectáculo que ella misma proporciona. El actor se interesa en la representación y quiere descifrar el sentido. Iniciarse en la representación, para actuar mejor como artista que entiende las intenciones del autor de la obra, ésa es la suprema regla de sabiduría para el que participa en la divina comedia del mundo.

Pero no todos los ritos son de iniciación: la atención del neófito se siente atraída por ***símbolos,*** que son ***objetos materiales,*** tenidos por sagrados, o ***imágenes veneradas,*** cuando no sencillos ***signos gráficos,*** figuras elementales de geometría o dibujos sugestivos que se vinculan a ideas significativas para la inteligencia del hombre.

En lo que sigue no nos ocuparemos de los ***ritos iniciáticos,*** estudio que hemos hecho al ocuparnos de los ***Misterios del arte regio.*** Tampoco trataremos aquí de los ***objetos del culto,*** que muestran los hierofantes, ni siquiera de las imágenes propiamente dichas, de las cuales nada es más revelador que las cartas del tarot. Nuestro programa se limita al examen de los grafismos que favorecen la formación del pensamiento y nos detendremos especialmente en el análisis de los signos alquímicos, pues en ellos se muestra

la clave del hermetismo, filosofía muy alejada de las palabras y cuya comprensión está reservada a los iniciados de verdad.

LA GEOMETRÍA FILOSOFAL

Nadie entra aquí si no conoce la geometría. Esta era la advertencia que apartaba de la escuela de Platón a los simples oyentes, no preparados a pensar por sí mismos. La geometría del genial filósofo no era, en efecto, la de Euclides, ciencia de la medida y del espacio, con sus teoremas y sus demostraciones. Se trataba de otra geometría, de más sutil espiritualidad, de un arte más bien que de una ciencia, arte que consistía en vincular las ideas a las formas y en leer los signos compuestos de líneas como las figuras de los geómetras.

Es esforzándose en dar un sentido a las figuras más simples que el espíritu puede elevarse a las concepciones fundamentales de la inteligencia humana. El espíritu se eleva así con plena independencia, y sin que nada le sea dictado, encuentra por sí mismo el sentido de un trazo o de un grafismo poco complicado. Ahora bien, lo que podemos descubrir solos, en virtud del funcionamiento autónomo de nuestro entendimiento, adquiere un carácter de verdad, al menos en relación a nosotros mismos. El valor que asignamos al signo es verdadero para nosotros, y si le somos fieles, asignando otros valores a otros signos, construimos correctamente, como buenos masones especulativos.

La materia prima del gran arte, es decir la idea pura, no falseada por la expresión verbal, debe extraerse de su mina, o sea de nosotros mismos, del famoso pozo en que se oculta la verdad.

Los hermetistas de la Edad Media han hablado reticentemente de los procedimientos requeridos para transmutar al plomo en oro. Era prudente que el vulgo creyera, y sobre todo los inquisidores, que las recetas de los adeptos debían seguirse al pie de la letra. Así fue que algunos ignorantes se arruinaron pretendiendo realizar la Gran obra, y que los charlatanes explotaban la avidez de los ingenuos. De todos modos, estas operaciones insensatas constituyen el origen de la química moderna, vaya dicho en elogio de la Locura, sierva atolondrada de la Sabiduría. Sin embargo, no todos los alquimistas se engañaban con sus propios símbolos. El plomo significaba para ellos la vulgaridad, la pesadez, la ininteligencia, la imperfección, y el oro es

exactamente lo contrario. Los iniciados no se interesaban en los bienes perecederos, en los metales ordinarios que fascinan a los profanos.

Todo lo vinculaban al hombre, que es perfectible y en quien el plomo puede transmutarse en oro. Pero en aquellos tiempos el hombre era un bien de la iglesia y ésta, en el pináculo de su poder, era celosa de sus prerrogativas y sus privilegios; de ahí la discreción de los hermetistas.

Estos tuvieron su alfabeto secreto, formado por ***signos*** que tenían los nombres de las distintas sustancias. Pero las palabras sólo existían para los profanos, mientras que el simbolismo de los signos informaba a los iniciados sobre el sentido profundo de los términos empleados.

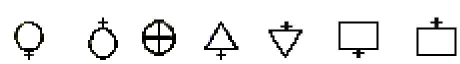
Por otra parte, no se revelaba al adepto ninguna ideografía iniciática: la intuición, personificada por Isis, debía instruirlos. A lo sumo, algunas imágenes podían allanarle el camino (el pentáculo de ***rebis,*** redescubierto por Mylius y Valentín en el siglo XVI).

Abajo vemos un círculo en el cual están inscritos una cruz, un triángulo y un cuadrado. Son éstos precisamente los elementos básicos de la ideografía hermética:

○ + △ □

Estas figuras se vinculan a las nociones pitagóricas de la Unidad, del Binario, del Ternario y el Cuaternario.

Hay que observar que tres de estas figuras circunscriben superficies, mientras que la Cruz simple + no designa en la Alquimia una sustancia, pues el signo del ***Vinagre*** (Disolvente) ✠ es una Cruz con los extremos ensanchados. La Cruz simple + nunca se encuentra aislada, sino combinada con una figura cerrada:





Esto se debe a que las figuras cerradas ○ △ ▽ □ corresponden a diferentes órdenes de sustancias, que pueden cambiar de estado o de destino de acuerdo a la indicación de la Cruz + que se les añada. Más adelante daremos explicaciones a este respecto.

Comprobaremos simplemente aquí que la Cruz con brazos iguales se une fácilmente al Círculo ○ en el cual se inscribe ⊕ para realizar una conciliación ideal de los contrarios. Por otra parte, hay un claro parentesco de forma entre la Cruz + y el Cuadrado □ cuyos dos lados forman la Escuadra ♁ ⧗ y ⊓ ⌊.

Hay menos afinidad entre la Cruz + y el Triángulo △ ▽ . Tan sólo la base horizontal de esta figura se encuentra en la Cruz +, que es el gran elemento de conciliación, el signo, religioso por excelencia, el que ***liga,*** por el hecho de que vivifica y pone en movimiento.

Pero no nos adelantaremos en la exposición antes de examinar sucesivamente cada uno de los factores de la tétrada hermética:

○ + △ □

EL CÍRCULO

Para representar a la Unidad lo más conveniente es trazar una línea única cuyos extremos se juntan desapareciendo. Una línea simple | es menos feliz, porque reconocemos en ella una línea cortada, imagen del Ternario, si se tiene en cuenta su cuerpo o sus dos extremos. Es verdad que dicho Ternario se encuentra en toda representación, dado que el Círculo ○ determina un límite que separa al contenido limitado de un ambiente infinito. Hablando

estrictamente, la Unidad no es representable: se concibe pero no se ve en ninguna parte. Su mejor símbolo es el ***punto matemático*** estrictamente imperceptible, que debemos situar en forma abstracta en la intersección de dos líneas o en el centro de un círculo. Es este punto inexistente materialmente que engendra la línea al desplazarse en el espacio. Nacida de la nada, la línea, al avanzar de frente o al girar sobre sí misma, nos hace concebir la superficie que, a su vez, se eleva, baja, oscila sobre uno de sus lados para darnos la idea del cuerpo de tres dimensiones. Esta generación es intelectual y lo que el espíritu humano saca así de la nada es la geometría.

La imposibilidad de formarnos una idea fiel de la Unidad nos obliga a volver al círculo, emblema tradicional de lo que no tiene ni comienzo ni fin. Ante la necesidad de animar una figura geométrica demasiado esquemática, los alquimistas griegos vieron en el círculo a una serpiente que se muerde la cola, el Uróboros.

La divisa **EN TO IIAN,** ***Uno el Todo,*** que acompaña al símbolo ofídico, afirma la fe en la unidad global de lo que existe y se puede concebir.



Los griegos partían de esta unidad en sus especulaciones y volvían a ella siempre para apreciar, en su relación, el valor de las cosas. No se ocultaban que ese ***Todo*** equivale a ***Nada*** para el empirista que sólo tiene por real lo que constata objetivamente; de ahí la idea de la materia primera de la Gran Obra, que los tontos no ven en ninguna parte y que los sabios adivinan en todo. Es el Todo-Nada, o la Nada-Todo sobre los cuales sólo se puede divagar con palabras.

Sin embargo, no conviene disertar en el vacío sobre el ***Cero*** ◯ vacío que, no obstante, no es la ***Nada,*** porque el ***Todo-Uno*** no deja nada fuera de sí. Vacío y Nada son palabras engañadoras: todo está lleno de “alguna cosa”. Es verdad que esta cosa puede escapar a nuestros sentidos, aunque se imponga al intelecto. Se la ha figurado como una sustancia diluida al extremo, sin más cualidad que la de extenderse indefinidamente. Los babilonios no dieron nombre a esta sustancia, aunque la poetizaron en ***Tiamath,*** la esposa de ***Apsú,*** el abismo sin fondo, el dios negro primordial, que duerme, se complace en sí mismo, y rehúsa crear cualquier cosa que sea. Este dios inactivo de la noche no puede representarse más que con un disco negro ⬤ , porque es el dios de las tinieblas increadas, que se suponen anteriores a todo el devenir.

Para agradarle y unirse a él, Tiamath, su esposa, se volatiliza. Es como si ella no fuera, de tal modo se ha extendido y sutilizado. Es, en este estado, la ***Sustancia primordial,*** impalpable y transparente, uniforme y no diferenciada, precisamente lo que representa el ***Alumbre*** ◯ de los alquimistas. Sal filosófica por excelencia, principio de las otras Sales, de los minerales y de los metales, según la definición de Dom Antoine Joseph Pernéty, en su ***Dictionnaire mytho-hermétique.***[2]

Ninguna propiedad del alumbre vulgar justificaría esta preeminencia; parecería también que hubiera un juego de palabras, porque ***Alumbre*** *(*Alun en francés) evoca ***Lo Uno,*** sustancia fundamental, análoga al ***Eter*** que constituye la esencia íntima de las cosas, su trama sutil desprovista de cualidades diferenciales; dicho de otra manera: el sustrato, inmaterial en cierto modo, de toda materialidad.

En las cosmogonías es el ***Caos*** primitivo, en el que se confunde, ahogado en la homogeneidad, todo lo que toma forma y cualidades distintivas. Es Tiamath antes del furor que turba bruscamente su limpidez, por condensación, y transforma a la esposa de Apsú en agua densa y salada, de donde surgirá la creación.

LA LUZ CREADORA

Crear significa sacar de la nada. Pero, para que los seres y las cosas puedan ser sacados de esa pretendida Nada, es necesario que ésta sea sustancial en cierto modo. Cuando el espíritu humano evoca la imagen de un Abismo sin fondo, llamándolo ***Apsú,*** o bien el abismo del espacio infinito personificado por *Urano,* se ve siempre obligado a colmar el vacío que ha imaginado, con ***Tiamath*** o con ***Rea,*** divinizaciones de la sustancia etérica extendida en el infinito.

Esta sustancia no es todavía ***algo,*** es decir, una cosa propiamente dicha, susceptible de distinguirse: es la ***Cosa en sí,*** anterior a toda particularización distintiva. Si imaginamos muerta a esta sustancia nos equivocamos, porque está esencialmente viva y, con razón, Tiamath ha sido cantada como la madre de toda vida. Para colmar el Universo hay que vibrar sin reservas, bajo la acción del dinamismo infinito. Las vibraciones se transmiten integralmente en

[2] **París, 1758.**

un medio homogéneo, como el que se atribuye a la sustancia primordial. Nada detiene las ondas del Océano cósmico, que sigue uniformemente fluido, sin que nada se forme en su seno.

¿Cuál es, pues, el misterio de la Creación? ¿Cómo ha sido fecundada la esterilidad O? Gráficamente, la respuesta es fácil, y está dada por un punto marcado en el Círculo ⊙.

Parece que éste es el esquema de la fecundación del óvulo; pero los alquimistas ignoraban la embriología, y es el ***Sol*** quien representa a sus ojos el nuevo signo. Un centro que emana ondas circulares, como una piedra lanzada al agua, es la imagen evocada. Así se han imaginado los antiguos sabios el movimiento animador del Cosmos. Han imaginado una radiación que parte de un centro y se propaga interminablemente en todos los sentidos a través del espacio, como la luz que emana de una lámpara luminosa. Pero el término ***Luz*** fue escogido por analogía, porque la ***Verdadera Luz*** no es aquella que golpea la retina. Los ***cabalistas*** entienden por ***Aor Ensoph, Luz infinita,*** el agente que desenreda el caos antes de las luces celestes, centros para nosotros de luz física. Hay que representarse esta radiación inicial como partiendo simultáneamente de todas partes, no de un centro único, sino de centros luminosos de emanación, multiplicados hasta el infinito.

En la realidad pura, O no es anterior a ⊙ porque la luz data del ***comienzo;*** pero las palabras se burlan de los pensamientos que hacen surgir los encuentros de logomaquia. ¿Qué es el ***comienzo,*** cuando se trata de algo que no tiene principio ni fin?

Filósofos prudentes y taciturnos, los herméticos se han trazado límites al tratar la solución del problema del origen de las cosas. Si bien se refieren a la ***Luz en sí,*** preexistente a los objetos iluminados, no se han detenido en este fantasma subjetivo. Para ellos, sólo la ***Luz que ilumina*** es digna de atraer la atención. Pero no confundamos: Luz que ilumina significa aquí ***agente activo.*** Pero, ¿cómo hemos de representarnos una acción efectiva, sea lo que sea? Conviene distinguir ante todo un centro del cual parte la acción (punto central del círculo), después la acción misma en su actividad (ondulación o irradiación), y finalmente el resultado de la acción (circunferencia del círculo).

Visto de esta manera, el Signo ⊙ se relaciona con el Gran Agente ***primordial,*** que se opone a sí mismo para engendrar en primer lugar formas y, progresivamente, apariencias compactas. Este agente es el creador de todas las

cosas, pero, en el orden de los metales, realiza su obra maestra al reflejarse en el Oro, que tiene el mismo signo que el Sol ☉.

SOL Y LUNA

En relación a ☉, que es masculino, ○ o ● son femeninos; al agente fecundante se opone el paciente fecundado. Es posible partir de aquí para establecer, por analogía, una lista inagotable de oposiciones, como Día-Noche, Luz-Tinieblas, Lleno-Vacío, Lingam-Yoni, Positivo-Negativo, Espíritu-Materia, etc.

Los alquimistas son aficionados a comparar al Sol y Luna, dualidad para ellos indisoluble, pues a su modo de ver, la Luna se vuelve reveladora del verdadero Sol espiritual, cuya claridad no afecta directamente ni a los sentidos ni al entendimiento. La Luna tiene su espejo ○ que nos devuelve la luz solar. Es convertir a la Luna en Isis, madre de toda objetividad, y al Sol, oculto como Osiris, en padre de la espiritualidad.

Considerada de este modo, la Luna es llena ○ , mientras que en forma de creciente ◡ ◠ , como aparece en la ideografía alquímica, representa la plata ☽ en el orden de los metales. Esta vez los signos solares y lunares, opuestos antagónicamente, indican las ideas siguientes:

☉	☽
Sol	**Luna**
Oro	Plata
Luz directa	Claridad refractada
Razón	Imaginación
Discernir	Creer
Inventar, descubrir	Asimilar, comprender
Obrar	Sentir
Dar	Recibir
Mandar	Obedecer
Fundar, crear	Conservar, mantener
Engendrar	Concebir
Fecundación	Gestación
Jakin	Bohas

Otras distinciones surgen del binario Sol-Luna, pero conviene no apartarse aquí del campo específico del hermetismo. Nos detenemos en Jakin y Bohas para no ocuparnos de la serie de antagonismos que se vinculan a las dos Columnas del Discernimiento Constructivo. Tomando este camino uno tiene tentaciones de establecer una correspondencia entre el Sol masculino ☉ con el Agente, y la Luna femenina ☽ con el Paciente. Ahora bien, las dos luminarias son activas, puesto que iluminan, pero el Sol ☉ es el foco permanente de una constante radiación, siempre idéntica a sí misma, fija e inmóvil como el brillo del oro. En cuanto a la Luna ☽, refleja lo que capta su disco cambiante, que no cesa de crecer y crecer: de aquí la inestabilidad de las influencias lunares, representadas por el carácter alterable de la Plata, metal noble pero que puede empañarse.

Que las puntas del Creciente estén a la izquierda ☽ o la derecha ☾, no tiene importancia, aunque la imagen de la Luna Creciente puede aludir a la juventud y la luna en su último menguante a la vejez. En cambio no es indiferente que las puntas del Creciente señalen arriba o abajo. Las puntas hacia arriba ◡ , como en el signo de la ***Sal Alcalí,*** quieren decir que domina el éter caótico o para forzarlo a entrar dentro de la corriente de involución.

Las puntas vueltas hacia abajo ◠ designan por el contrario la ***Sal Gema*** ☋, es decir, un éter evolucionado, coordinado dinámicamente, cuya influencia es cristalizante, análoga a la del cristal ya formado, que por simple acción y presencia determina cristalización de una solución salina que ha alcanzado el grado de saturación requerida. Debe observarse que el famoso ***Polvo de Proyección*** obra de este modo, mientras que la ***Piedra Filosofal,*** que es cúbica, recuerda la Sal Gema, conglomerado cristalino de cubos.



La materia prima de los sabios, con la cual trabajan, está simbolizada por la Gran Serpiente que ya no forma círculo para morderse la cola (uróboros) sino que rodea totalmente a la Luna y parcialmente al Sol. Se trata del agente fluídico, uno en su esencia, pero doble en su polarización, por lo cual el monstruo tiene dos cabezas que se oponen. Una de ellas es el León

terrestre, fijo en su ardor condensador; la otra corresponde al Águila de la volatilidad, que tiende a la disolución de los cuerpos y a la dispersión de su sustancia en el *Eter*. La energía condensadora de involución (León) está en lucha constante en el seno del Gran Agente con la tensión expansiva (Águila). La Luna y el Sol desempeñan el papel de bobinas de inducción, estimuladoras de la eterna corriente vital.

LA CRUZ

Ningún grafismo es tan espontáneo como el ***Tau*** arcaico de los fenicios **X** o +. El nombre semítico de esta letra del alfabeto significa marca, sello, signo gráfico por excelencia. No hace más que tres mil años que tomó el valor de **T** y sólo se identificó con un instrumento de suplicio en el omento de expansión del cristianismo. Actualmente evoca una idea de muerte, lo cual es absolutamente arbitrario y está en contradicción flagrante con los fundamentos racionales de la ideografía.

En el análisis, conviene distinguir el signo aritmético de multiplicación **X** del signo de sumar +.

Aparte estas funciones convencionales, extrañas al simbolismo hermético, la llamada Cruz de San Andrés **X** representa el encuentro de los factores similares, pero opuestos en su acción, uno que se inclina a la derecha y otro a la izquierda.

Esto hace pensar en dos espadas cruzadas; de ahí el sentido bélico que se atribuye a la cruz oblicua, de la cual no nos ocuparemos, pues es un signo que los alquimistas no usaban.

La importancia de la cruz derecha + es, en cambio, muy importante en la doctrina hermética. El trazo horizontal —— (signo de sustracción en aritmética) es pasivo, como el hombre que duerme descansa echado en el suelo. Por el contrario, el trazo vertical es activo, como un hombre de pie, despierto, consciente. La actividad | que atraviesa la pasividad —— sugiere una idea de fecundación, y efectivamente la Cruz se refiere filosóficamente a la unión sexual, siempre que se amplíe en forma noble la noción vulgar de cohabitación. La idea que penetra en la inteligencia receptiva, la fecunda. Dios se une a la Naturaleza para engendrar lo que es. Nuestra energía se casa con nuestro organismo para que éste trabaje. Una fuerza sólo vale por su aplicación; esto explica la Cruz +, signo de acción y de trabajo efectivo.

Esté este trabajo por hacerse, o ya realizado, los alquimistas indican dicho estado trazando la Cruz encima de un elemento gráfico ♁ 🜄 ⊓ o por debajo de él ∩ 🜍 ⊔ ; a estos signos se agrega el del Mercurio ☿ que es más complejo, ya que puede descomponerse en ∩. Es precisamente al analizar este signo en sus distintos aspectos que uno llega a percibir el alcance y la sutileza de las concepciones alquímicas. Como si hubieran presentido las teorías más avanzadas sobre la inmaterialidad última de la "materia", los hermetistas no vieron nunca en el Universo otra cosa que energía en acción. El Gran Agente transmutador, fundamento de su Arte, es un fluido sutil que llena el Espacio y todo lo penetra. El jeroglífico ☿ es revelador para quien sabe leer el lenguaje mudo de los signos.

Pero procedamos ordenadamente, analizando una a una las asociaciones del Círculo, de la Cruz, o de sus elementos.

LA SAL

Los derivados del ***Alumbre*** **O**, sustancia primordial no diferenciada, son muy numerosos. Toman el nombre de ***Sales;*** pero la ***Sal,*** por excelencia la más indispensable y la más extendida, es la Sal Marina ⊖. Guardémonos bien de identificarla con nuestra vulgar Sal de cocina. La ***Sal de los Filósofos*** proviene del Océano cósmico por desdoblamiento del ***Alumbre*** **O**. El diámetro horizontal divide el círculo y se convierte en el firmamento separador de las Aguas superiores y de las Aguas inferiores. Ya no estamos pues en presencia de ese Caos indeterminado, en cierto modo abstracto, al cual no puede atribuirse ninguna cualidad. La barra horizontal que atraviesa el Cero le da a éste el valor de una ***sub-stancia,*** todavía no sensible, pero inteligible. Las palabras traducen muy torpemente lo que los símbolos invitan a concebir. Nos expresamos con una pesadez enojosa al hablar de una trama inmaterial que proporcionaría a las cosas, el ***sub-stratum*** de su aparente estabilidad.

La Sal ⊖ está en la base de todo lo que toma forma. Todo se engendra por su intermedio, gracias a la acción combinada del ***Azufre*** 🜍 y del ***Mercurio*** ☿, como tendremos que explicar más adelante. Contentémonos con

saber aquí que es el ***principio estabilizador*** de los cuerpos. Esta función erige en símbolo de sabiduría y de ponderación a la Sal, que proviene del océano de la infinita sabiduría. Los hombres deben aprender a extraerla de las aguas estancadas de los pantanos salobres que evapora el sol.

Una vez cristalizada, su sustancia se convierte en el cuerpo de la Piedra de los Sabios. La piedad de los filósofos la ha consagrado a la ***Virgen celeste,*** la Madre Universal fecundada eternamente por el espíritu.

A decir verdad, la parte superior de la Sal corresponde a la idealidad virginal que domina toda concreción y cuya imagen se ofrece a nosotros en la ***Emperatriz*** (arcano III) del Tarot. Pero las aguas celestiales son el resultado de la evaporación de lo que se ha condensado a expensas de la masa caótica primordial. En ésta se concibe la intervención de dos tendencias opuestas: la condensación concretizante y la sublimación expansiva. Bajo esta doble influencia, el cosmos naciente se separa de la Nada; pero en la base de su construcción se distinguen dos factores constructivos tradicionalmente representados por dos columnas que se yerguen como menhires u obeliscos. Los constructores del Templo de Salomón se plegaron a la costumbre, flanqueando la entrada del edificio con las dos columnas llamadas Jakin y Bohas. Para los hermetistas, el Caos se interrumpe por la separación de lo sutil de lo espeso, de lo cual surge la creación del Cielo y de la Tierra, acto inicial de la génesis bíblica. Pero la unidad del plan creador persiste bajo la infinita variedad de las cosas. Por lo tanto, todo lo que existe tiene su cielo y su tierra, como lo indica el signo de la Sal ⊖.

EL NITRO

A la placidez constructiva de la Sal, fundamento de los sedimentos geológicos y de las rocas más estables, se opone una sustancia esencialmente inestable que representa el ***nitro*** ⦶, llamado Sal Infernal desde el momento de la invención de los explosivos. No es éste el símbolo de una sabiduría tranquila, sino el ideograma de todas las rebeliones, empezando por la de Lucifer. El Infinito-Nada **O** era forzosamente apacible y no se entiende por qué razón Parabram decidió diferenciarse y perturbar el Nirvana primitivo. Por ilógica que sea, una rebelión celestial fue la solución que encontraron los poetas al problema cosmogónico. Ideográficamente, un simple trazo vertical

da una solución silenciosa al misterio. He aquí una acción que desciende y asciende, una involución y una evolución.

Esto nos lleva a las dos columnas del simbolismo de los Constructores, pues una corresponde a la Sal ⊖ y la otra al ***Nitro*** ⦶. Si dudáramos, bastaría remontarnos al ***Nivel*** y a la ***Perpendicular*** o ***plomada*** de los francmasones. Estos instrumentos recomiendan la calma, el recogimiento, el apaciguamiento de las pasiones, el equilibrio plácido que debe realizarse intelectualmente, después la profundización, la penetración hasta el fondo de las cosas, lo mismo que la elevación más allá de toda chatura. De una parte disciplina, sumisión a todo lo admitido, docilidad, receptividad; por otro lado autonomía, crítica de lo convencional, búsqueda de la verdad en sí misma y sublimación constante del pensamiento individual. Hay aquí las oposiciones realmente constructivas de una mentalidad filosófica.

Horizontal y vertical se concilian constructivamente en la ***Escuadra,*** emblema de la Sabiduría práctica aplicada a las realidades de la vida. En Alquimia, como hemos visto más arriba, es la Cruz + que une inseparablemente el activo y el pasivo, lo fecundante y lo fecundado. La Cruz se forma en el centro del Círculo por la superposición de la Sal ⊖ y del Nitro ⦶ o, si se prefiere, por su enlace.

¿Por qué se atribuye este nuevo signo al *Verdete?*. ¿Qué significa aquí el ***Cardenillo***?. Es probable que se haya elegido el óxido de cobre a causa de su color, que es el de la vegetación, es decir el de la vida manifestada, pues el ideograma es, desde el punto de vista fisiológico, el esquema del óvulo fecundado. En forma más filosófica, los hermetistas han visto en él el símbolo de la Sustancia cósmica vitalizada, tal como se encuentra activa en los organismos vivientes. Inscrita en el Círculo y limitada por éste, la Cruz alude a la vida concreta, animadora de los individuos. En sí misma la Cruz, cuyos brazos pueden prolongarse al infinito, se refiere a la vida indefinida, no aplicada, es decir abstracta.

EL VITRIOLO

La vitalización rigurosamente equilibrada, activa y pasiva en proporciones iguales, caracteriza al reino vegetal, en relación con el cual los animales parecen desequilibrados a favor de la actividad, mientras que los

minerales están estabilizados por el predominio de una vitalidad pasiva. Gráficamente, estas tres modalidades vitales se traducen de este modo:

Animal. - Inestabilidad por exceso de vitalidad.

Vegetal. - Equilibrio;

Mineral. - Estabilidad por el predominio de la pasividad.

Los signos y no designan ninguna sustancia del laboratorio alquímico; pero y se vinculan al Vitriolo verde y azul. No nos detengamos aquí en el sulfato de cobre y en el sulfato de hierro, pues la química operativa aleja del hermetismo puramente especulativo. Los signos se refieren, únicamente, a la sabiduría oculta. En el Vitriolo nos muestran la Vitalidad animal bajo su doble aspecto de fluido femenino y de fluido masculino . Mesmer ha tomado de la Alquimia su concepción del magnetismo animal. El conocía la fórmula que se vincula a la palabra **VITRIOLUM,** cuyas letras dan las iniciales de la famosa frase: ***Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem, Veram Medicinam — Visita las entrañas de la Tierra*** es una invitación al descenso en sí mismo y al ahondamiento de la naturaleza humana. Encerrados en el laboratorio secreto de nuestra personalidad, en nuestro Huevo filosófico herméticamente cerrado, ***rectifiquemos,*** destilemos, separemos lo sutil de lo denso. De esta manera encontraremos ***la Piedra oculta*** en la cual reside ***la Verdadera Medicina.***

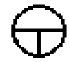
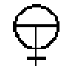
El secreto del ***Vitriolo*** convierte al hombre en el objeto de la Gran Obra de los filósofos. Cada uno de nosotros esconde en sí la ***Piedra de los Sabios,*** la Verdadera Medicina, que posee el poder de curar todos los males.

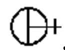
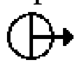
En esto no hay nada absurdo, ni ingenuamente milagroso, sino la afirmación de que todo está en el Hombre, siempre que éste aprenda a conocerse y a aprovechar sabiamente, los recursos inagotables de su propia naturaleza.



A la vitalidad mineral se refiere el ideograma del ***Mundo,*** que designa la mineralidad como soporte de la vida ilimitada. Lo que aquí se esquematiza no es tanto el Universo objetivo, es el ***Alma del Mundo,*** pues en el hermetismo no hay mucha preocupación por lo que es apreciable por los sentidos. Por mineralidad no entendemos la síntesis de las propiedades aparentes de los minerales, que en forma profana se los tiene por inertes. Los hermetistas les atribuyen un alma determinada, que se exterioriza en sus cuerpos. Los hermetistas adivinan muchas cosas especulativamente y, sin conocer las aplicaciones de la electricidad o las teorías últimas sobre la constitución de la materia, puede decirse que sus espíritus gravitaban en torno a las nebulosas aún no constituidas en conceptos netamente inteligibles. El ideografismo les planteaba problemas que sólo podían resolver algebraicamente, sin discernir los valores positivos que entrañaban sus fórmulas.

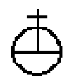
El Globo terrestre coronado de la Cruz es ♁ la insignia del poder imperial considerado iniciáticamente, ya que se trata de un imperio ejercido sobre el Alma del Mundo, es decir sobre el fluido vital universal que anima a los cuerpos siderales. La escuela de Paracelso da a este agente el nombre de ***Luz Astral*** y se lo representa como una irradiación invisible, que general alrededor de nuestro planeta una nube psíquicamente fosforescente. El que sabe coagular este fluido, y disolver luego las coagulaciones domina el Alma del Mundo y posee el supremo poder mágico.

Se puede uno preguntar qué significan los signos  y , no usados en Alquimia. Debe tratarse de sustancias materialmente activas, parecidas al radio. Una influencia destructiva está implícita: no es el alma, sino el cuerpo el que está en juego, acaso como en los “sujetos” que producen fenómenos metapsíquicos, que se traducen en disociaciones anormales.

Ya hemos encontrado el signo , que designa al ***Vitriolo azul,*** o sea la vitalidad animal polarizada pasivamente, en modo femenino, en oposición al ***Vitriolo verde,*** , que es masculino-agresivo.

Por una parte hay atracción centrípeta, que acumula, retiene, economiza y condensa la energía vital, para utilizarla tranquilamente. Por la otra, está la vehemencia masculina, indicada por la flecha marciana , que proyecta violentamente el fluido anímico gastado pródigamente.

LA SUSTANCIA ANIMADORA

Antes de analizar el signo del Mundo , hubiera sido más lógico ocuparnos del ideograma más sencillo del ***Antimonio*** ♁ , pero la simplicidad gráfica oculta aquí el carácter complicado de la concepción simbolizada. La sustancia primordial no-diferencia o se presenta como el Basamento de la vida infinita +. Se trata de un fluido ultra-sutil, animado de un dinamismo ilimitado, de un Agua permanente y celestial, que limpia, purifica y lava al Oro filosófico, como el antimonio común purifica al oro vulgar. En su ***Carro Triunfal del Antimonio,*** Basilio Valentino sostiene que, preparada espagíricamente, esta sustancia es un antídoto contra todos los venenos. Le llama el Gran Arcano, la Piedra de Fuego, y le atribuye tantas virtudes que ningún hombre es capaz de descubrir todas. La Piedra Filosofal, en cambio, no tiene propiedades superiores ni para la curación de las enfermedades del cuerpo humano ni para la transmutación metálica.

En realidad se trata de lo que tiende a elevarnos y a espiritualizarnos, librándonos de la opacidad de la materia. Es el ***Alma Celestial,*** fuente de inteligencia y de nobles sentimientos. En el Tarot figura como el Triunfador del ***Carro*** (Arcano VII) y como la ***Fuerza*** (Arcano XI) personificada por una mujer que, suavemente, domina un león embravecido.

Para hacer hablar a los ideogramas y discernir más completamente su alcance, conviene compararlos, oponiéndolos unos a otros. Por lo tanto, es conveniente meditar sobre las nociones siguientes:

♁ { ***Alma Celestial,*** intelectual y sentimental.
Influencia espiritualizante.

Espíritu que se separa de la materia que domina.
Evolución. Redención. }

↑ ⊕ ↓ { ***Alma vegetativa.***
Vitalidad física.
Espíritu encarnado, unido a la materia.
Salud, equilibrio vital. }

♀ { ***Alma Instintiva.***
Atracción materializante, Sexualidad.
Caída del Espíritu en la Materia.
Involución, Génesis. }

No tenemos por qué volver sobre el Verdete ⊕; pero ***Venus*** o el Cobre ♀ merece retener nuestra atención. La diosa que otorga la voluptuosidad atrae el alma al cuerpo por la perspectiva de una existencia lánguida, sensual y blanda, exenta de esfuerzos heroicos. Enseña a amar a la vida por ella misma, gozando de sus encantos, esquivando sus durezas. Seductora, volvería inerte a la vida si no fuera la antagonista de alguien que le inspira amor, Marte ♂, que es el dios del ***Hierro*** para los alquimistas.

Este amante de Venus corresponde a la movilidad, a la necesidad de gastar la energía acumulada, sea muscular, intelectual o psíquica. Se convierte en el espíritu activo en los cuerpos, en los cuales el alma sensitiva mantiene la vida. Esta acumula las reservas puestas a disposición de su consumidor. Sin Venus, el ardor de Marte se extinguiría por falta de alimento; sin el estímulo de Marte, Venus vegetaría en la inacción y la plétora. Los atributos de los dos genios planetarios y metálicos son los siguientes:

♂	♀
Marte	***Venus***

Hierro	Cobre
Motricidad	Sensibilidad
Cólera	Dulzura
Impaciencia	Paciencia
Vivacidad	Calma
Energía activa	Apatía, pereza
Voluntad	Docilidad
Dominio	Seducción
Proyección	Atracción
Brutalidad	Gracia
Ferocidad	Ternura
Destrucción	Conservación
Fuego anímico o vital	Agua vital o fluido anímico
Ardor sulfúrico	Humedad radical

Los alquimistas griegos representaban al Cobre, dedicado a Venus, con el signo ♀, que en general es el ideograma de la mujer, que se encuentra en Asia bajo una forma apenas diferente  Añadiendo una barra tenemos ♀, de donde deriva a la vez nuestro signo de Venus ♀ y la cruz de los egipcios ☥. Pasando a Cartago encontraremos a ***Tanith***  , cuya forma recuerda la de las vírgenes españolas.

El signo de Marte es, originalmente, un circulito atravesado por una flecha oblicua . Una ligera simplificación nos da ♂.

Digamos de pasada que nuestros actuales símbolos de Júpiter-Estaño ♃ y de Saturno-Plomo ♄ se encuentran en los manuscritos griegos bajo la forma de una hoz  para el último y de una **Z**, inicial de Zeus, para el primero, con el agregado de un trazo fulgurante .

Estos dos signos han quedado asimilados en las combinaciones antagónicas de la Cruz + y del Creciente ☽.

JÚPITER Y SATURNO

La coordinación ideográfica no ha sido preconcebida: hay evolución en el terreno del simbolismo como en todos los otros. Incluyendo los símbolos de

Júpiter ♃ y de Saturno ♄, a las combinaciones de la Cruz + y del Creciente ☽, nos adentramos en la lógica constructiva de todo ideografismo hermético.

♃	♄
Júpiter	***Saturno***
Cruz inferior del Creciente:	Cruz que domina el Creciente:
Trabajo de transformación virtual	Trabajo transformador efectuado
Cambio provocado pasivamente,	Cambio provocado activamente
por acción sobre la vitalidad plácida	por acción sobre la vitalidad actuante
(Trazo horizontal de la Cruz)	(Trazo vertical de la Cruz)
Crecimiento	Desagregación
Desarrollo	Detención, declinación
Iniciativa corporizante	Desmaterialización
Encarnación	Desencarnación
Generación de vida material	Decrepitud
Animación	Transformación
Juventud, Presunción	Edad madura, Experiencia
Vida	Muerte

Metal ligero, el estaño jupiteriano ♃ corresponde al Aire que da la vida, por oposición al Plomo pesado ♄, cuya pesadez lleva a la tumba. Pero la ligereza de Júpiter lo vuelve frívolo, mientras que Saturno es el dios grave y serio por excelencia.

Resulta que el Plomo saturnino se convierte para los hermetistas en el fundamento de su arte. Este metal vil encierra al Oro en potencia. El Sabio lo pone en movimiento, pues está maduro para la transmutación, como el anciano dispuesto al rejuvenecimiento natural por la operación alquímica de la disolución del cuerpo, proceso renovador que no asusta al Iniciado, que se llama a sí mismo ***Hijo de la Putrefacción.***

EL MERCURIO

Ningún signo alquímico tiene una importancia igual a la del mercurio ☿. En cierta manera, toda la doctrina hermética se sintetiza en él. Se está muy

cerca de poseer el secreto del Gran Arte cuando se llega a discernir lo que los Filósofos han velado bajo este símbolo que usan con tanta frecuencia.

El misterio, sustraído voluntariamente al conocimiento del vulgo, se aclara en forma notable en cuanto se aplica un análisis metódico al ideograma del mercurio ☿.

Puede distinguirse, en efecto, el signo de Venus ♀ al cual se añade el ◡ o signo de la Sal Alcali ♉ con el agregado de la Cruz + abajo.

En el primer caso, Venus ♀ indica una sustancia que encierra como en un germen, las energías vitales destinadas a desenvolverse, y la superposición del Creciente ◡ indica que la evolución deberá efectuarse en el dominio sublunar, es decir, en la esfera de la materialidad sometida a cambios perpetuos.

El Mercurio ☿ se nos presenta así como la esencia fundamental de la vida de las cosas, como el principio por el cual éstas se producen, se desarrollan y se transforman. Es el agente universal de la naturaleza, el mensajero de los dioses, es decir, el intermediario siempre indispensable de las manifestaciones de la existencia, o el eterno mediador.

Si volvemos ahora a lo que se ha dicho sobre la Sal Alcali ♉ entenderemos en qué sentido el signo se encuentra modificado por el añadido de la Cruz +, que es aquí el índice de una fecundación. La Materia prima de los sabios ♉, apta virtualmente a someterse a todas las metamorfosis, se encuentra animada, gracias a este acontecimiento generador de vida, y puede realizar todas sus potencialidades por medio del acto.

Los filósofos herméticos han empleado numerosos términos para designar al mercurio ☿, pero se han dedicado principalmente a la palabra ***Azoe*** que, según Planiscampi, debería escribirse AZ. **Ω ת** a fin de componerse cabalísticamente de la inicial común a todos los alfabetos, **A**, seguida de la última letra latina **Z**, griega **Ω** y hebrea **ת**: el Azoe representa a la vez el principio y el fin de todo cuerpo.

Cuando el signo del Azoe está invertido ♁**,** se vincula al esquema del Arcano III del Tarot, que representa a la ***Emperatriz,*** la Reina de los Cielos, o Virgen Alada del Apocalipsis. Si analizamos el ideograma reconoceremos al Antimonio ♁ encima de un Creciente vencido ◠ (pureza soberana que escapa a todas las influencias modificadoras y que, sin embargo, ejerce un irresistible poder purificador sobre todo lo que le es inferior). Por otra parte,

podemos representar a la Sal Gema ☊ coronada por la Cruz + es decir, espiritualizada, sublimada o glorificada después de haber adquirido las virtudes más grandiosas.

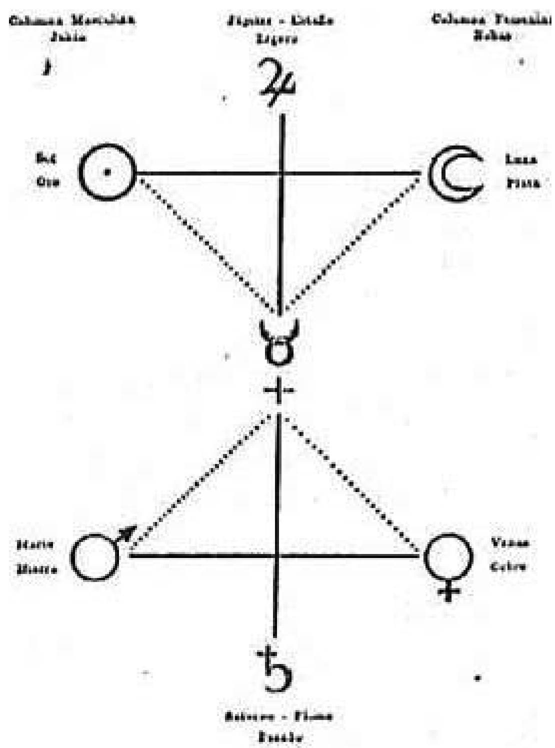
En definitiva, ya no se trata del ***alma de las cosas*** o de la vitalidad universalmente corporizadora ☿ sino del ***alma celestial,*** que tiende a desprendernos de la materia, elevándonos y espiritualizándonos♁**.** Pero es menester recordar que nos encontramos aquí en el terreno de la universalidad, es decir en las esferas más altas del pensamiento que domina al mundo. Nos encontramos efectivamente en ***Binah*** (Inteligencia o Comprensión), que corresponde al tercer término del primer ternario del árbol de los Sefiroth, o números cabalísticos. La Mujer, celestial a causa de su ascensión, se identifica con la Venus Urania o la Ishtar babilónica en su condición de generadora de las formas ideales o de las ideas-tipos que ordenan la creación. Reina en las regiones sublimes de la intelectualidad pura, por encima del mundo cambiante o sublunar, que sin embargo está destinado a sometérsele[3].

Debe observarse que, en su condición de mediador universal, el mercurio ☿ sirve de vínculo entre los otros metales o planetas sin manifestar ninguna afinidad particular; de aquí su carácter neutro, o más exactamente andrógino, indicado por la posición central que ocupa en el septenario siguiente: (Ver página siguiente).

Esto significa que el Mercurio ☿ participa de todas las cualidades o es el principio sobre el cual se engendran en sus variedades y sus oposiciones. Se cumple esto especialmente en lo que los hermetistas han decidido llamar ázoe ☿, ideograma formado por el Signo de Venus ♀ (la Cruz de los egipcios ☥) coronada por la Media Luna de la Isis ◠.

Ahora bien, la Media Luna, que recuerda a los cuernos de la Vaca Sagrada o del toro del Zodíaco, se reemplaza a veces por el signo de Aries ♈, que es su contrario, pues la Media Luna ◡, traza un vaso o un recipiente abierto, es receptiva y, en consecuencia, pasiva o femenina: alude a la fecundidad y a las transformaciones que ella entraña. El signo del equinoccio de primavera ♈ evoca, por contraste, la idea de una punta de flecha que se clava en la tierra o, inversamente, un brote vegetal que se expande al salir del suelo. De cualquier manera que se lo considere, es un símbolo del poder generador masculino.

[3] **Victoria final de la Mujer que aplastará la cabeza de la Serpiente.**



En esas condiciones, el ***Mercurio de los Sabios*** ☿ representa por excelencia el estímulo de toda vitalidad, el fluido universal que penetra en todas las cosas y une a todos los seres con los lazos de una secreta simpatía. Es por su intermedio como se realizan las operaciones mágicas y más especialmente los milagros de la medicina oculta.

EL TRIÁNGULO

En el orden de las figuras cerradas ○ ▽ □ el triángulo △ se encuentra situado entre el Círculo ○ y el cuadrado □. Se puede deducir que representa una entidad intermedia entre la sustancia casi abstracta, que podría llamarse espiritual ○ y la materia perceptible por nuestros sentidos □. En la práctica el Triángulo es el símbolo de los ***elementos ocultos,*** a saber: ***fuego*** △, ***agua*** ▽, ***aire*** 🜁 y ***tierra*** 🜃. No son éstos cuerpos simples, sino modalidades de la sustancia única ○, que determinan en el seno de ésta las particularidades corporizadoras. Los elementos herméticos son abstracciones inteligibles que

escapan enteramente a nuestras percepciones físicas. No hay que confundirlos con las cosas elementales, que son los efectos de los cuales los elementos son ***la causa.*** Por otra parte, toda materialidad no puede ser más que la resultante de un equilibrio realizado entre los elementos, que se oponen de dos en dos, como muestra el siguiente esquema:



Es necesario entender aquí que el aire 🜁, ligero y sutil, aligera, contrabalanceando la acción de la Tierra 🜃, espesa y pesada, que densifica. El agua ▽, fría y húmeda, contrae, por otra parte, lo que dilata el Fuego △, seco y caliente.

El símbolo del Fuego △ recuerda la llama que asciende y termina en punta. Por lo tanto, hace alusión a un movimiento ascendente, de crecimiento o de dilatación, a una acción centrífuga, invasora y conquistadora. Por otra parte, el Fuego △, en sí mismo tiene las tendencias impetuosas de la energía masculina; incita a la cólera y sería destructor si no estuviera compensado por los otros Elementos combinados.

A la fuerza ascendente del Fuego △ se opone, en primer lugar, el Agua ▽, que corre hacia abajo y llena todo espacio vacío o hueco. El Agua aprieta lo que el Fuego distiende. Por lo tanto su acción es centrípeta o constrictiva. En vez de elevarse verticalmente como el Fuego, se extiende horizontalmente. El Agua tiende así al reposo, a la calma, lo que permite establecer un acercamiento entre su pasividad y la suavidad femenina.

Ideogramas Alquímicos	🜃	🜂	🜁	🜄
Elementos	Tierra	Fuego	Aire	Agua
Estaciones	Primavera	Verano	Otoño	Invierno
Animales Apocalípticos	Buey	León	Aguila	Angel
Signos Zodiacales	♉	♌	♏	♒
Evangelistas	Lucas	Marcos	Juan	Mateo
Colores	Negro	Rojo	Azul	Verde
Planetas	Saturno	Marte	Júpiter	Venus
Signos Planetarios	♄	♂	♃	♀
Metales	Plomo	Hierro	Estaño	Cobre

Si juzgamos por su ideograma 🜁, el ***Aire*** no es más que Fuego detenido en su ascenso, sofocado, apagado por la línea horizontal que atraviesa y decapita al triángulo ígneo. No queda más que humo, vapor o gas, una sustancia que se diluye y se extiende en todos sentidos, a la manera del Agua.

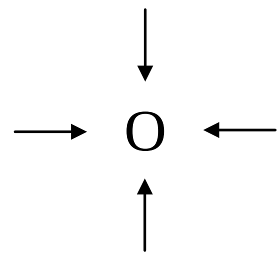
En cuanto a la Tierra 🜃, es un Agua densificada, que no circula ya y ha realizado la inercia completa en la solidez.

Sin extendernos aquí sobre la teoría del antagonismo conjugado de los Elementos, nos limitaremos a resumir sus correspondencias con la ayuda del cuadro analógico de la página anterior.

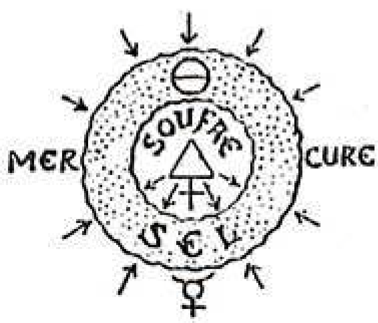
EL AZUFRE

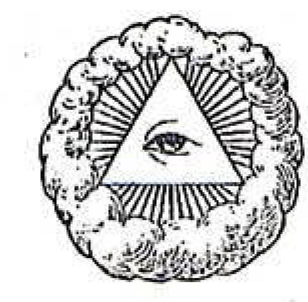
A cualquier reino que pertenezca, un individuo procede siempre de un centro interno de iniciativa y de acción expansiva. La existencia individual toma, efectivamente, su origen en esta rebelión original, inspirada por el egoísmo radical que opone la parte al todo del cual participa, sin embargo, por su vida.

Si partimos de esta vitalidad general, debemos representarnos que ésta comunica por todas partes sus vibraciones a la sustancia, aún pasiva, que se despertará luego, a la vida individual. Es lo que representamos, esquemáticamente, de la manera siguiente:



El círculo central representa una sustancia salina **O**, o pasiva ⊖ o neutra en consecuencia, hacia la cual converge, en el sentido de las flechas, un rayo de luz y de calor vitales que parte del ambiente.





Supongamos ahora que, después de refractarse en el centro del glóbulo salino, la radiación vital se da vuelta contra sí misma, en cierto sentido. Así habremos concebido la génesis de lo que los alquimistas llamaban el ***Azufre*** 🜍.

Como nos revela el ideograma 🜍, con este término designaban ellos al ***Fuego realizador*** encerrado en el centro de cada ser. Este ardor vital, que se manifiesta de dentro hacia fuera por los fenómenos de desarrollo y crecimiento, es en realidad el ***principio constructor*** de todo organismo. Es el obrero al cual rinden homenaje los francmasones por medio del emblema del Delta luminoso.

En efecto, ellos piensan que el ***Fuego Interior,*** del cual depende la fijeza individual, no es más que una particularización de la Luz creadora ☉. El masón puede considerar así que él mismo es una emanación directa o una encarnación del Gran Arquitecto del Universo. Por otra parte, no debe olvidar que, en la escala de los seres, no ocupa un lugar privilegiado, pues toda individualidad microcósmica, en la cual se manifiesta un centro de vida

autónoma, proviene, como él, de la única e idéntica esencia luminosa, cuya tri-unidad se traduce por el ternario alquímico: ***Azufre*** 🜍, ***Sal*** ⊖ y ***Mercurio*** ☿.

Efectivamente, para el hermetismo ***todo es luz.*** Esto se comprende fácilmente en lo referente al azufre y al mercurio, pues estos dos principios representan la luz interior o microcósmica 🜍, opuesta a la luz exterior o macrocósmica ☿. ahora bien, la Sal ⊖ proviene de la interferencia de dos radiaciones contrarias que se neutralizan en una zona relativamente estable de la luz condensada o corporizada. La Sal ⊖ se vuelve así el receptáculo sustancial, expandido por la expansión sulfurosa interna 🜍, que contrarresta la compresión mercurial exterior ☿.

He aquí, también, cómo los tres principios alquímicos pueden interpretarse los unos con relación a los otros.

🜍	⊖	☿
Azufre	**Sal**	**Mercurio**
Arca	Hyle	Azoth
Principio	Sustancia	Verbo
Espíritu	Cuerpo	Alma
Interior	Medio	Exterior
Contenido	Continente	Ambiente
Expansión	Neutralidad	Compresión
Movimiento centrífugo	Estabilidad, reposo	Movimiento centrípeto
Salir	Quedar	Entrar

Si el signo del Azufre 🜍 es el símbolo de un Fuego constructor, encerrado en el germen que ha de desarrollarse, al invertirlo obtenemos el ideograma de un Agua que ha sufrido la serie completa de destilaciones purificadoras, por lo cual sus cualidades propias han sido exaltadas. Desde el punto de vista iniciático, se trata de un alma integralmente purificada, fortificada por las pruebas de la existencia y que ha alcanzado un estado de santidad que le permite realizar milagros. Se concibe que, en estas condiciones, el signo que nos ocupa haya sido asociado, en el hermetismo, al ***Cumplimiento de la Gran Obra*** 🜏 . En el Tarot esto está representado por la

figura del Ahorcado (Arcano XII) del mismo modo que la del Emperador (Arcano IV) se vincula con el signo plutónico del Azufre 🜍.

EL CUADRADO

La materia concreta, en otras palabras lo perceptible por los sentidos, tiene como símbolo el rectángulo, cuyos lados corresponden al cuaternario de los Elementos.

Cuando esta figura toma la forma de un Cuadrado perfecto □, representa la ***Piedra Cúbica,*** es decir el individuo perfectamente equilibrado, en plena posesión de sí mismo, y cuyo organismo se adapta precisamente en todo a las exigencias del espíritu. Este ideal debe ser realizado por el artista en la fase más genial de su producción, mientras que el vigor físico está todavía unido en él a la delicadeza primera de las impresiones. En el programa iniciático de la masonería, la condición de ***Compañero*** corresponde a este período, más favorable que otro al trabajo y a la acción. Es así como el ***Compañero*** ha de transformarse alegóricamente en un cubo impecable, cuyas aristas tienen una longitud absolutamente idéntica, y cuyas superficies forman entre ellas los ángulos de una absoluta rectitud.

Estas exigencias geométricas no pueden dejar de adquirir un alto sentido moral ante los ojos de los Obreros simbólicos, que se consideran a sí mismos como los materiales vivientes del Templo que construyen. Además indican con cuánta minuciosidad hay que trabajar la materia que ha de servir a la Gran Obra.

Nada arbitrario o aproximativo puede subsistir: todo debe ser regulado y coordinado en proporciones y números, de acuerdo con las leyes de esta ***Geometría filosofal,*** de la cual nos hemos ocupado al comienzo del capítulo, y que es el Conocimiento fundamental (Gnosis) de los Iniciados.

LA ESCUADRA

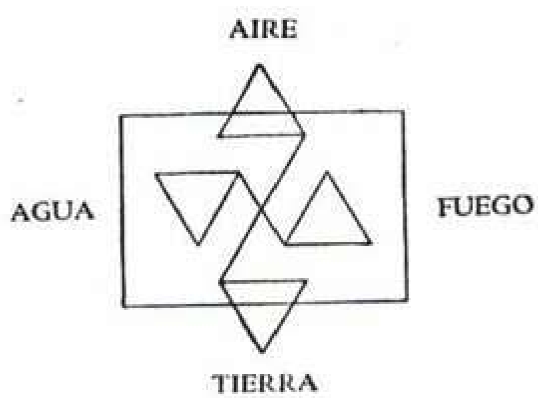
Como ya hemos hecho notar, la Cruz + y el Cuadrado □ pueden considerarse formados por dos escuadras de brazos iguales, que se han reunido por sus vértices ┐└ o por sus extremos └┐.

Estas indicaciones bastan a dar una idea del papel constructivo que desempeña el ángulo recto en las combinaciones del simbolismo geométrico. Toda construcción deriva, en efecto, de la asociación de dos contrarios, representados por la línea vertical (energía, acción, fuerza) y la horizontal (extensión, inercia, resistencia). El constructor está llamado a poner en movimiento lo que, por naturaleza, es inmóvil. Reúne lo que está disperso y, a fin de constituir un todo estable y sólido, combina y trabaja sus materiales. Ahora bien, para responder plenamente a su propósito, éstos deben dar satisfacción al control de la ***Escuadra,*** que determina la configuración indispensable para que las piedras puedan ajustarse exactamente entre ellas. Sin este instrumento, los masones consideran que no habría masonería posible. La han convertido en la insignia del Maestro que dirige sus trabajos, pues éste tiene por misión esencial mantener una buena armonía entre todos sus colaboradores. A este fin, debe tener habilidad para conciliar los antagonismos, según las enseñanzas que se derivan de la Escuadra, combinación de la horizontal y la vertical. Además, debe hacer que se observe la disciplina, base de toda asociación. Aquí, la Escuadra es un emblema que habla, puesto que, fuera de ella, no puede haber ninguna coordinación. Regla, ley, orden, equidad, justicia, organización, todo se relaciona, efectivamente, con la alegoría constructiva de la necesidad de encuadrar correctamente las piedras destinadas a juntarse sin solución de continuidad, para realizar una construcción perfecta.

LA SVASTICA

El simbolismo de la Escuadra arroja una luz insospechada sobre el misterio del más antiguo signo sagrado de la raza indoeuropea. Nos referimos a la ***Cruz gamada*** 卐, llamada ***Svástica*** en la India y ***Fyrfos*** en la antigua Escandinavia. Está formada por dos escuadras que parecen emanar de un centro común para formar una rueda, la de la Creación o del Devenir, pues estamos frente a un emblema conocido que representa el ***Fuego creador de todas las cosas.*** Nuestros antepasados prehistóricos identifican a ese fuego, animador y constructor a la vez, con su Divinidad suprema, que los francmasones debían honrar con el nombre de Gran Arquitecto del Universo. Principio de inteligencia y de actividad fecunda, informa al Caos original, llevando de la potencia al acto al cuaternario de los Elementos. Estos, que son

las emanaciones directas de la Causa productora, corresponden a las escuadras de la Svástica, cuyo brazo vertical ⌐ engendra a la vez el Aire 🜁 y la Tierra 🜃, mientras que del brazo horizontal └┐, se desprende el Fuego 🜂 y el Agua 🜄.



Estos dos últimos Elementos ocultos actúan, uno en el sentido ascendente y expansivo ⊓ 🜂, y el otro a la inversa, por derramamiento y constricción ⊏ 🜄. Los dos se aplican a la pasividad (trazo horizontal de la Cruz), para determinar las alternativas del movimiento vital.

Los otros dos elementos (Aire 🜁 y Tierra 🜃) son, por el contrario, los resultados pasivos de una intervención activa: uno corresponde a la volatilidad, a la ligereza, que ha alcanzado las alturas, donde se mantiene ⧗; el otro es engendrado por el depósito de sedimentos pesados que, al volverse más densos, se han solidificado ⊥.

EL TÁRTARO

La teoría de los Elementos, tal como acabamos de presentarla se completa con las aproximaciones que podrían establecerse entre la Cruz +, la Svástica 卐 y el Cuadrado □.

A esta última figura está vinculado el rectángulo alargado ▭ que, con el nombre de ***Cuadrado largo,*** representa para los francmasones el plan de la

habitación en que se realizan sus trabajos. Es la imagen del espacio limitado, en el seno del cual se tienen las percepciones. Se extiende de oeste a este y de norte a sur. El universo infinito se refleja en él en pequeño, reducido a las proporciones artificiales del Mundo que podemos conocer. Cuando el Iniciado, partiendo del Occidente, aprende a marchar por un rectángulo, recibe una lección de sana filosofía positiva. Para avanzar hacia la luz, debe abstenerse de toda precipitación y quedarse prudentemente en la zona angosta de las cosas que puede comprobar.

El rectángulo más ancho que alto indica, por otra parte, un predominio de la pasividad. Y se encuentra en el signo del Tártaro 🖳, materia que los Filósofos saben extraer de su Magisterio. En masonería, es la ***Piedra bruta,*** que los aprendices deben pulir. Se ofrece en el estado de naturaleza, ruda y grosera exteriormente, pero en el interior de tesitura compacta, apreciada por el artista que deberá tallar el bloque informe, quitándole sus asperezas, para pulirlo después y transformarlo por fin en una ***Piedra cúbica* perfecta** □.

LA PIEDRA DE LOS SABIOS

El cuadrado perfecto □ es la imagen del individuo realizando la perfección de su especie, porque la armonía reina para él entre el espíritu y la materia, si bien el obrero espiritual esté en plena posesión de su instrumento físico.

Se trata, sin embargo, de un estado de perfección esencialmente efímero, porque nuestra declinación empieza en el momento mismo en que llegamos al apogeo de la fuerza de acción. Estrictamente hablando, nuestra vida se divide, en un primer período de crecimiento o de corporización gradual del espíritu, seguido inmediatamente por la fase contraria de decrepitud material, consecutiva a la desencarnación progresiva del principio espiritual. En verdad distinguimos tres fases en la vida humana, pero la edad adulta comprende en realidad el fin del período de crecimiento, que se demora cada vez más, y el comienzo de la decrepitud, aunque ésta todavía no se manifieste demasiado claramente.

A medida que el espíritu se libera de los vínculos de la carne empieza a desarrollar los poderes propios. Los ascetas conocen un estado de desprendimiento favorable a todas las energías del pensamiento y de la

voluntad. El intelecto puede volverse cada vez más fuerte, en proporción a la debilidad del cuerpo. ¿No hemos visto acaso viejos, y especialmente moribundos, que dan pruebas de una lucidez de espíritu extraordinaria?. Por un entrenamiento apropiado, las facultades extraordinarias han sido desarrolladas frecuentemente. Los individuos que logran adquirirlas obran maravillas. Pueden sorprender a la multitud con hechos que se ha convenido en llamar milagros. No se trata siempre de ***Sabios,*** porque el verdadero ***Iniciado*** no se dirige a las masas, cuya admiración no solicita jamás: es en medio del silencio y el recogimiento como trabaja en la preparación de la ***Piedra filosofal.***

Ésta tiene como ideograma el Cuadrado coronado por la Cruz ⛼ , signo que indica claramente, después de lo que ya se ha dicho sobre el signo de Saturno ♄, el del Antimonio y el de la Realización de la Gran Obra 🜍 . El lector verá el esquema de la materialidad a tal punto sublimada, depurada y superada, que ya no es más que el apoyo estrictamente indispensable para la manifestación del espíritu, el cual desde este vínculo, que lo retiene aún en el plano físico, toma empuje definitivo hacia el reino de la emancipación absoluta.

Resumiremos como sigue las principales correspondencias de los tres aspectos de la Piedra:

⛻	□	⛼
Piedra Bruta	**Piedra Cúbica**	**Piedra Filosofal**
Aprendiz	Compañero	Maestro
J	B	M
Juventud	Virilidad	Vejez
Aprender	Practicar	Enseñar
Adquirir	Administrar	Restituir
Llegar	Actuar	Partir
Nacer	Vivir	Morir
Brahma	Vishnou	Shiva
♃	♂	♄

LA INICIACIÓN HERMÉTICA

No pretendemos dar la clave de todas las interpretaciones posibles en el simbolismo hermético. Un símbolo puede siempre ser considerado desde infinitos puntos de vista, y todo pensador está autorizado a descubrirle un sentido según la lógica de sus propias concepciones.

Los símbolos, en efecto, están destinados a despertar las ideas que dormitan en nuestro entendimiento. Estimulan el pensamiento por vía de la sugestión y nos hacen descubrir así las verdades enterradas en las profundidades de nuestro espíritu.

Por consiguiente, para que los símbolos puedan hablar, es indispensable que exista en nosotros el germen de las ideas que los símbolos tienen como misión hacer surgir. Ningún surgimiento sería posible si el espíritu estuviera vacío, inerte o estéril.

Los símbolos no se dirigen a no importa quién. Desorientan, especialmente, a esos supuestos espíritus ***positivos,*** que se han acostumbrado a fundar sus razonamientos en la rigidez de fórmulas dogmáticas o científicas. No discutimos la utilidad práctica de esas fórmulas, que nos han permitido levantar, piedra a piedra, todo el edificio de la ciencia moderna: a ellas debemos todas las comprobaciones del experimentalismo científico y todos los descubrimientos maravillosos que son gloria de nuestra época. Pero, desde el punto de vista filosófico, las fórmulas precisas corresponden de todos modos al pensamiento fijado, artificialmente delimitado, demorado, inmovilizado, que aparece como muerto frente al pensamiento vivo, indefinido, complejo y móvil que se refleja en los símbolos.

Estos no están evidentemente hechos para traducir lo que nosotros llamamos verdades científicas. Por su naturaleza deben ser elásticos, vagos y ambiguos como las sentencias de los oráculos, cuyo papel consistía en ***revelar los misterios,*** dejando al espíritu toda su libertad.

En este sentido, un abismo separa al ***símbolo*** **del** ***dogma.*** Este se presta al adoctrinamiento tiránico, es el instrumento de una disciplina intelectual rígida y absoluta, tal como la comprenden las iglesias, las escuelas y las sectas. El símbolo, por el contrario, favorece la independencia en detrimento de las ortodoxias despóticas. Por lo tanto, no es extraño que todas las iniciaciones los hayan utilizado, porque sólo los símbolos permiten llegar a una liberación real del pensamiento. Y no puede ser de otra manera si se quiere penetrar en los ***misterios,*** es decir, en esas verdades rodeadas de

oscuridad, que se transforman demasiado fácilmente en errores monstruosos cuando se procura expresarlas en un lenguaje que no sea el de las alegorías simbólicas. Se justifica así el silencio impuesto a los iniciados. Los arcanos, efectivamente, requieren ser concebidos por un esfuerzo de la inteligencia: aclaran interiormente el espíritu del verdadero ***iluminado;*** pero no podrían servir de tema a las disertaciones de un profesor. El conocimiento oculto no se comunica ni por discurso ni por escrito. Sólo puede conquistarse en la meditación: es necesario penetrar hasta el fondo de nosotros mismos para descubrirla, y se equivocan de camino quienes la buscan fuera. Es en este sentido cómo debemos entender el **Γνωθι σε- αυτον** de Sócrates.

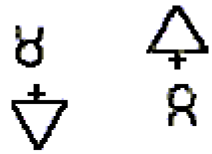
* * *

Estas consideraciones bastarán, sin duda, para aclarar las cosas. Interpretando de la manera que nos ha parecido más racional los símbolos fundamentales del Hermetismo, sólo hemos buscado orientar los espíritus, mostrando cómo es posible hacer hablar a una serie de figuras geométricas. Pero, lejos de hacerles decir todo lo que son susceptibles de revelarnos, sólo les hemos solicitado las indicaciones más indispensables, para darnos cuenta del lenguaje gráfico que usaban, entre ellos, los discípulos de Hermes.

Es evidente que al espíritu de nuestros lectores se han presentado otras interpretaciones y, siempre que estén construidas con lógica, se justifican plenamente. El Sr. Limousin, ex director de la revista masónica ***L'Acacia,*** ha hecho observaciones muy interesantes sobre el signo del Mercurio, visto bajo sus dos aspectos ☿ y ⯿. Nuestro ilustre corresponsal considera que los dos signos son andróginos. "A lo sumo — nos escribe — la ***Emperatriz*** es un recuerdo de la ***ctonolatría,*** de los tiempos en que se creía que la mujer concebía por inmanencia, por una virtud prolífica que en ella estaba: la capacidad de parir por partenogénesis. Mercurio simboliza la creación intelectual. El recipiente, vuelto hacia arriba, recibe las aguas del cielo, que caen en la cavidad generadora o conceptiva, para realizarse en abstracciones y entidades (la cruz, símbolo de la creación para el contacto de los planos). La ***Emperatriz*** tiene el recipiente vuelto hacia abajo para recibir el rocío que sale de la Tierra: ésta pasa a la cavidad infernal y se resuelve en ideas por medio de la cruz. Los dos símbolos se sintetizan en la fórmula de la Mesa de Esmeralda: "Lo que está arriba es igual a lo que está abajo".

Observemos aquí que los signos alquímicos se prestan a la composición de ***pentáculos,*** es decir, de figuras evocadoras de concepciones complejas.

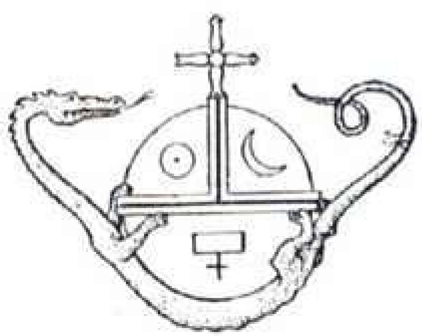
Superponiendo ☿ a △ y ▽ a ♀ obtenemos dos figuras, de las cuales una es inversión de la otra:



La primera hace pensar en el Espíritu divino llevado sobre las aguas, cuya influencia se ejerce desde arriba sobre el alma; el segundo exalta al fuego activo, al Azufre purificado 🜍, dominador de la Sal Gema ☊.

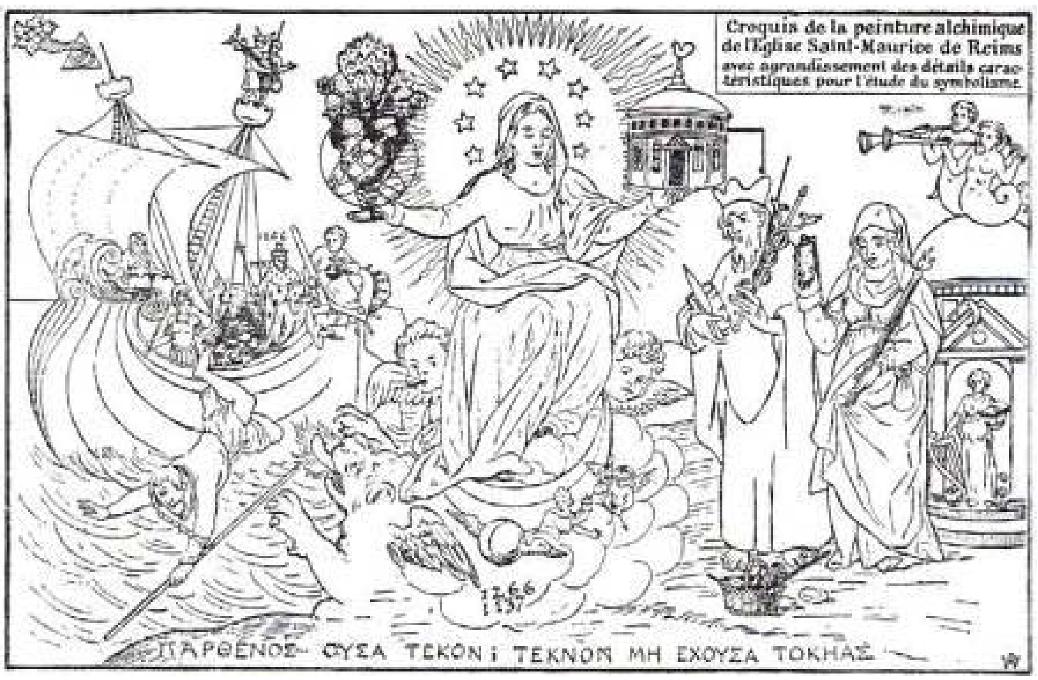
Por una parte, la Materia primera ♉ se glorifica por el cumplimiento de la Gran Obra 🜄; por la otra, la Virgen celeste ♀ inspira el santo ardor del amor supremo △.

Es menester que se medite sobre estas dos figuras, jeroglíficos del descenso de lo Divino en el alma purificada y del ascenso del Fuego infernal divinizado por el cumplimiento de su obra de purificación.



UN SIMBOLISMO INQUIETANTE

Investigación en torno a un cuadro alquímico, expuesto por mucho tiempo en una iglesia para edificación de los creyentes, y que más adelante inspiró temores de ser una obra perversa, hecha por los francmasones.



EL ***Courrier de la Champagne*** era un periódico que atacaba la francmasonería de la provincia, y el 26 de enero de 1907 recibió la siguiente carta, que publicó sin demoras:

"Señor Director:

Me considero en el deber de llamar la atención de su colaborador, el padre Curieux, sobre un cuadro que tiene un gran interés a los fines de probar la hipocresía de la francmasonería y la persistencia de sus propósitos antirreligiosos, bajo la pantalla de la religión más ferviente.

Hace varios años que este cuadro se exhibía aún en la iglesia Saint Maurice de Reims. El canónigo Cerf lo ha descrito en el tomo III, pág. 85 del “Boletín de la Diócesis”, y hace grandes esfuerzos para descubrir en él una inspiración cristiana. Hace poco más de dos años, el abate X..., transmitió a la parroquia el resultado de sus largos estudios sobre ese mismo cuadro. Y llegaba a la conclusión de que hasta los menores detalles del cuadro eran símbolos francmasones. Su explicación fue tan plausible que, a partir de ese momento, el cuadro fue retirado de la iglesia y guardado en la sacristía. El Sr. Malhomme, fotógrafo, calle des Moulins, publicó una fotografía, creo.

Espero que estas indicaciones tengan alguna utilidad para documentar a su corresponsal.

Con la seguridad de mi respeto y consideración, me despido del señor Director.

EMILE PECK
Cura de Fligny

Al día siguiente, 27 de enero, el Sr. Henri Jadart, bibliotecario y conservador de los museos de pintura y arqueología de la ciudad de Reims, se creyó en el deber de tomar la defensa del cuadro incriminado, que le interesaba especialmente en su condición de antiguo técnico de la iglesia de San Mauricio.

Este cuadro, afirmó, procedía de los jesuitas que salieron de la iglesia en 1762; ateniéndose a su composición y a la decoración de sus elementos se remontaba a principios del siglo XVII. Un cuadro del mismo género, que puede verse en el Museo, lleva la fecha de 1624, y ésta debe ser también aproximadamente la fecha del cuadro de los jesuitas.

“Esta proveniencia y esta fecha sirven para descartar absolutamente y a ***priori*** el pretendido carácter masónico, que tampoco surge ante un examen atento y sin idea preconcebida de la obra en sí misma”.

Esta obra, según M. Jadart, está netamente consagrada a la glorificación de la ***Virgen que ha concebido al Cristo.*** Es verdad que algunos atributos simbólicos siguen siendo enigmáticos, pero esto se debe únicamente a la

"mística singular de los jesuitas", cuyas imaginaciones se complacen a veces en las más extrañas complicaciones.

Sabemos que, bajo la iniciativa del abad Nanquette, se trató el tema de esta mística desconcertante en el Congreso científico de Reims en 1845, sin que se llegara precisar ningún punto.

Después, M. Lacatte-Joltrois y el señor abad Cerf han dado algunas explicaciones; otras han sido recopiladas por el ***Repertorio arqueológico de las parroquias de Reims*** (1889), pero el sentido exacto del cuadro no ha sido todavía revelado.

Para interpretar el simbolismo del cuadro de San Mauricio de Reims sería quizás interesante estudiar simultáneamente otra pintura de la misma factura, de la misma época y, sin duda, del mismo origen que la expuesta en la iglesia de Sillery.

M. A. C. de la Rive, director de ***Francia Cristiana,*** intervino en el debate para declarar que los símbolos del cuadro de San Mauricio son los del Martinismo, y que el pintor ha querido representar ***el triunfo de Isis, que concibió a Horus.***

Es evidente que este hombre, que combate diariamente la masonería, la conoce muy bien.

M. Jadard explica que no puede tratarse de Martinismo, ya que el cuadro sospechoso es manifiestamente anterior a la época en que se hicieron conocer Martinez Pasqualis y Claude de Saint Martin, llamado el ***filósofo desconocido.***

Un archivista, M. L. Demaison, ha testimoniado además que el cuadro de la iglesia de San Mauricio tiene, para todo experto, el carácter de una obra de fines del reinado de Enrique IV, o del tiempo de Luis XIII. Añade que algunos artistas de esa época nos sorprenden por las alegorías sutiles, refinadas y oscuras.

Sin embargo, otro sacerdote que interviene igualmente en el debate pregunta si estamos ante una pintura del siglo XVII, afirmando que la figura principal está inspirada en la Virgen de San Sulpicio. Al igual que un arqueólogo tan competente como M. Didron, este sacerdote opina en consecuencia que la obra puede ser del siglo XVIII, no viendo ninguna imposibilidad de que sea masónica.

Hay para él un punto que no puede discutirse: la Virgen representada allí no es la madre de Cristo. El artista, en efecto, le hace decir: ***He concebido siendo virgen, teniendo un hijo no tengo padres.*** La segunda parte del verso

griego se presta a la ambigüedad, pero parecería afirmar que la virgen que ha concebido carece de padres, lo cual no es el caso en la madre de Jesús, hija de San Joaquín y de Santa Ana. Por lo tanto se trata de Isis, personificación de la Naturaleza eterna, que jamás ha sido adorada por los reverendos padres jesuitas. De ahí la necesidad de atribuir la tela a un artista pagano, Martinista o francmasón.

La polémica sobre el carácter masónico del cuadro de la iglesia de San Mauricio de Reims se enardeció y ***L'Acacia,*** en su número 51 (1er. Volumen, 1907, pagina 224) se sorprendió de que los masones no hubieran sido llamados para pronunciarse sobre la cuestión.

M. de la Rive quiso entonces recurrir a nuestra experiencia e hizo llegar a la dirección de ***L'Acacia*** una serie de fotografías del conjunto y de los detalles del cuadro tan discutido. Adjuntaba también un manuscrito en el que procuraba demostrar que todo era masónico en esa composición, tenida hasta entonces por una pintura religiosa.

Estamos dispuestos a conceder inmediatamente a M. de la Rive que no se trata de un vulgar cuadro piadoso. Estamos realmente ante una pintura ***esotérica*** y hasta ***iniciática,*** pero la Francmasonería no aparece por ninguna parte.

El simbolismo en cuestión no es el nuestro, sino el de la Alquimia. Es sorprendente que los eruditos que se han ocupado del cuadro de la iglesia de San Mauricio no se hayan dado cuenta inmediatamente.

Ninguno de ellos tuvo la curiosidad de hojear tratados de arte espagírico, o de filosofía hermética, como las ***Doce Claves*** de Basilio Valentín, cuyas ediciones se multiplicaron precisamente en el curso del siglo XVII. Es en esta literatura especial que debemos buscar la explicación de un cuadro que los jesuitas han podido fácilmente aceptar, ya que la Alquimia no fue nunca castigada con la excomunión.

Esta difícil filosofía, que solamente se enseñaba bajo el velo de un simbolismo muy complicado, contó con un buen número de dignatarios de la iglesia entre sus adeptos. Cierto es que todo no prueba gran cosa, pues lo mismo puede decirse de la francmasonería del siglo XVIII. Sin embargo, una cosa sigue siendo cierta: el clero no siempre ha sido lo que es actualmente. En otro tiempo, había sacerdotes muy sabios, que conocían mejor que los laicos las ciencias de su época. Ahora bien, al comienzo del siglo XVII los espíritus estaban preocupados por especulaciones de las cuales, actualmente, nos resulta difícil hacernos una idea. Un misticismo especial, desarrollado bajo la

influencia de la cábala y de la alquimia, había creado un ***Cristianismo esotérico*** de un interés muy grande. La razón se conciliaba en él con la fe, gracias a las interpretaciones trascendentes que se atribuía entonces a los símbolos tradicionales y populares del catolicismo. Las inteligencias sin excepción no se sentían entonces chocadas por las puerilidades del catecismo, se mantenían en el seno de la santa Iglesia, cuyas doctrinas parecían entonces racionales a muchos incrédulos y herejes. En ese momento los jesuitas quisieron sacar partido del hermetismo para convertir a protestantes, judíos y musulmanes, por poco interés que tuvieran por las ciencias secretas, que en esa época estaban en boga.

La doctrina secreta esotérica, que atrajo a algunos miembros de la Compañía de Jesús — no de los menos ilustres — no era por cierto de una ortodoxia muy rigurosa. Esto no importaba, pues no se la predicaba públicamente[4]**.** El esoterismo no podía dirigirse a las multitudes, que exigen un alimento espiritual mucho más grosero. Pero hay una aristocracia intelectual a la cual es posible satisfacer, sin ceder en nada, gracias a los admirables recursos del simbolismo. "No hablemos inútilmente, observemos el silencio preferido por los Iniciados y tracemos las figuras, que son enigmas que se proponen a la sagacidad del observador". Este fue el método tradicional que los jesuitas decidieron aplicar.

En rigor, el método sirve para la propagación de las verdades trascendentes. Los que tienen ojos para ver, las perciben. Los otros contemplan beatamente, sin entender nada. Cada uno percibe, en realidad, de acuerdo con su grado de iniciación. Esta es la pura iniciación, la iniciación isíaca o natural, independiente de toda organización concreta.

Esta iniciación está en la naturaleza misma de las cosas. Siempre ha existido, por encima de las iglesias y las asociaciones iniciáticas, necesariamente incapaces de realizar el ideal supremo de iniciación.

En otro tiempo se creía que — sobre el esoterismo y la libertad de interpretación — debía basarse un día una ***Iglesia del Espíritu Santo,*** vinculada a San Juan Evangelista, del mismo modo que la Iglesia de Jesucristo, conservadora del esoterismo y de la disciplina dogmática, está

[4] Cuando los intereses superiores de la Iglesia parecían estar en juego, los jesuitas podían ser muy flexibles. Así fue que, para conquistar la China, no vacilaron en catolizar el culto de los antepasados.

construida sobre el nombre de San Pedro[5]. Ahora bien, algunos jesuitas, al parecer, concibieron el audaz proyecto de ponerse a la cabeza de una Iglesia ampliada, una Iglesia que realizara el catolicismo integral, es decir, el verdaderamente universal.

Si han fracasado en su intento, es porque no supieron ponerse en las condiciones indispensables para trabajar útilmente en pro de la realización de la Gran Obra. Han debido pasar el estandarte a otros, que tal vez tengan mejor fortuna.

Examinemos ahora el famoso cuadro que el Sr. de la Rive se apresuró a tildar de ***masónico,*** empleando una palabra poco apropiada.

En efecto, un símbolo no es necesariamente ***masónico*** por el hecho de que los francmasones lo hayan empleado. Lo que hemos tomado de otros no se convierte, por eso, en propiedad nuestra. Hay que tratar de ser honrados y de dar a cada uno lo que es suyo.

A este respecto, no contamos con un patrimonio muy grande. Enteramente nuestros tenemos tan sólo a nuestros útiles de constructores: las columnas J∴ y B∴, la Estrella Resplandeciente y eso es todo. El Triángulo equilátero, con ojo o sin él, no nos pertenece especialmente, del mismo modo que la Acacia, nuestra planta sagrada, que también lo es de los judíos de oriente.

Ahora bien, entre todos los símbolos acumulados en la tela de la iglesia de San Mauricio, no hay uno solo que sea ***masónico*** en el sentido preciso de la palabra. A lo sumo, podría atribuirse este carácter al templo que la Virgen sostiene con su mano izquierda. De una de sus ventanas sale un largo palo horizontal, de cuyo extremo cuelga una plomada. Es poca cosa para excomulgar por esto a toda la composición.

Sin embargo, el Sr. de la Rive ha encontrado casi todos los otros símbolos en los documentos masónicos. De acuerdo, pero también los hubiera podido encontrar en otra parte, por poco trabajo que se hubiera tomado.

Aclarado este punto, ocupémonos del enigma gráfico que se nos propone. No tenemos la pretensión de explicar todo, y nuestra ambición se limita a despejar el terreno para los que, por venir después de nosotros, podrán ir más allá con sus investigaciones.

---

[5] Para prestigiar esta iglesia ante la posteridad el fundador hizo uso de un juego de palabras, muy ingenioso sin duda, pero poco serio dadas las circunstancias. Después se ha supuesto que la Iglesia de San Pedro era una buena concesión hecha a la estulticia humana, y que la verdadera tradición había sido confiada a Juan, el discípulo preferido.

Como observa acertadamente el Sr. de la Rive, el pintor debe haberse inspirado en la IV égloga de Virgilio, que anuncia el próximo advenimiento de la Edad de Oro, profetizada por la Sibila de Cumas. El poeta tiene la intuición de que el siglo de hierro va a terminar, gracias a la intervención de una nueva raza que bajará de los altos cielos. Astrea, la Virgen, ha de concebir al Salvador, que establecerá en todo el mundo el reino bendito de Saturno.

Ese reino corresponde, según el Sr. de la Rive, al Dios de los Cristianos, y a él se hace alusión en el ***adveniat regnum tuum*** del Padre Nuestro.

También los filósofos herméticos, en su condición de iniciados, creían en la posibilidad de que reinara la felicidad sobre la Tierra, por medio de la inteligencia, la justicia y la virtud. Su ***Gran Obra*** no buscaba otra cosa, pues la transmutación del plomo en oro era para ellos un símbolo, que tan sólo los ignorantes y los avarientos tomaban al pie de la letra.

En estas condiciones, no es sorprendente que figure, en el cuadro de San Mauricio de Reims, a la derecha del espectador, el templo de la sibila de Cumas. Este edificio circular es el dominio de Saturno, como lo indica el atributo del Dios, la guadaña, que pasa por una ventanita. Saturno ciega lo que ya ha vivido; provoca la descomposición de lo que ya no tiene razón de ser, y se convierte así en el gran transformador.

La Sibila está en el umbral del templo, con la derecha puesta sobre un arpa, mientras que con la mano izquierda sostiene un libro abierto marcado con la cifra 9.

Ese número también es el número de Saturno, al cual se refiere el Arcano IX del Tarot[6], lo mismo que la novena de las sephirot, Jesod el Fundamento[7]**.**

Este es, por excelencia, el número del misterio que nuestra inteligencia está llamada a penetrar. El libro de la Sibila, por consiguiente, es el libro de la ciencia de las cosas ocultas. Es posible que su arte adivinatorio se base en la percepción de la música de las nueve esferas celestes, de la cual el arpa recibe los acordes.

Las monedas de oro, que caen a los pies de la Sibila, aluden a los oráculos que fueron vendidos a Tarquino el soberbio. ¿O son, como en el

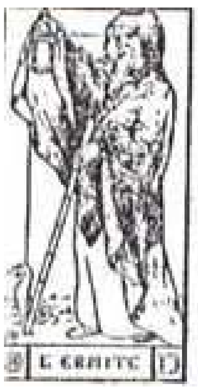
---

[6] La novena clave del Tarot representa un ermitaño de barba blanca, que personifica la experiencia y la tradición. Es el pensador que, profundizando en sí mismo, ha llegado a descubrir los misterios más inalcanzables.

[7] Es la trama invisible de las cosas, el plan oculto de acuerdo al cual los organismos se construyen.

Arcano XII del Tarot, un símbolo de desinterés? No olvidemos que la condición indispensable para dedicarse a la adivinación es saber despojarse de las materias valiosas.

Es sorprendente ver a los tritones, que soplan trompetas, trepados a la cúspide de la cúpula que forma el techo del templo sibilino. ¿Cómo es posible que esos monstruos acuáticos hayan buscado una posición tan aérea? Es menester admitir que son habitantes de ese Océano que forman las aguas superiores del firmamento, representado por el techo del templo.



La misión de ellos consiste en susurrar a las almas sensibles la premonición de lo que se preparan a realizar. Por otra parte, las trompetas se dirigen hacia un navío que boga sobre un mar agitado, cuyas velas parecen estar henchidas por el soplido de los tritones.

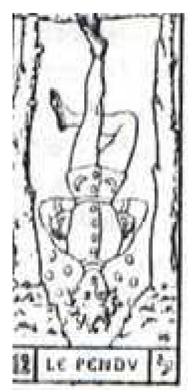
Volveremos a ocuparnos de esta nave y de su equipaje, después de indicar el sentido de la figura principal del cuadro que nos interesa.

Esta vez el pintor debe haberse inspirado en el Apocalipsis, que en el Capítulo XII reza así: “Y una grande señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.

“Y estando preñada, clamaba con dolores de parto, y sufría tormentos por parir”.

Se habla luego de un gran dragón rojo, cuya cola barre la tercera parte de las estrellas del cielo y las tira a la tierra. Este monstruo se detuvo delante de la mujer que debía parir, con la intención de devorar a su hijo en cuanto lo hubiera dado a luz.

Pero hubo una batalla en el cielo “y fue lanzado fuera aquel gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo; fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.



"Y cuando vio el dragón que él había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había parido al hijo varón.

"Y fueron dadas a la mujer dos alas de grande águila, para que de la presencia de la serpiente volase al desierto..."

Para los iniciados, esta mujer representa la ***sustancia sublimada en la cual se encarna el pensamiento divino.***

Esta emana de ***Dios Padre,*** visto como el punto de partida eterno y omnipotente de toda actividad y, en consecuencia, como el ***Principio universal de pensamiento.***

Su ***Hijo*** es la irradiación inmediata de sí mismo, de donde sale su ***Pensamiento en tanto que acto,*** su ***Palabra*** o ***Verbo,*** que es la acción misma de la divinidad.

Del ***Padre*** y del ***Hijo*** procede simultáneamente el Espíritu Santo, resultado directo del pensamiento divino, todavía no expresado o formulado, pero concebido espiritualmente por la mentalidad divina, si así puede decirse.

Este pensamiento trascendente, inaccesible en su esencia propia, sólo puede manifestarse a condición de tomar cuerpo en un entendimiento que se ha vuelto receptivo en virtud de su pureza excepcional. De este modo se explica la operación del Espíritu Santo, que fecunda a la Virgen inmaculada del catolicismo.

Si esta Virgen presenta esotéricamente analogías con Isis y muchas otras divinidades paganas, la causa es que, en el fondo, hay un solo esoterismo[8], que se manifiesta de diversas maneras, de acuerdo con la fantasía de los poetas-filósofos, creadores de los mitos primitivos. En esas condiciones, los católicos actuales carecen de sincretismo, cuando se niegan a reconocer a su propia Virgen en la Reina del Cielo glorificada en el cuadro de San Mauricio de Reims, pues es sin duda la ***Madre del Cristo*** que el artista ha querido representar. Es verdad que el Cristo de los reverendos padres del siglo XVII no coincidía, tal vez, con el Niño Jesús de nuestras devotas: correspondía a una concepción infinitamente más elevada.

En definitiva, si la imagen sospechada peca en algún sentido desde el punto de vista religioso, es precisamente por su exceso de catolicismo, en el sentido propio de la palabra. Se ha querido catolizar o universalizar más allá

[8] **En el cual reside el catolicismo (universalismo) de la comprensión y de la gnosis, dicho de otro modo, del *espíritu vivificador,* opuesto al sectarismo estrecho, esclavo de la letra muerta.**

de lo que puede admitir la fe poco iluminada de un rebaño, que no hace honor a su pastor divino.

Para interpretar con cierta precisión el simbolismo iniciático de la Edad Media y del Renacimiento, nada puede servirnos mejor que las veintidós claves cabalísticas del Tarot. Hay que ver en ellas al verdadero ***Alfabeto de los iniciados,*** mediante el cual un espíritu sagaz puede aprender a descifrar ciertos enigmas gráficos que tienen la misión de traducir secretos que sería peligroso difundir sin discernimiento.

Despleguemos ante nosotros, pues, las figuras de este misterioso tratado de alta filosofía, y busquemos en él a nuestra Virgen del cuadro de San Mauricio.

La reconoceremos inmediatamente en la ***Emperatriz*** del Arcano III. Esta Reina del Cielo nos es presentada como la Madre virginal de todas las cosas. Lleva el cetro de la fecundidad universal, y se vincula así a la Venus-Uranis y a la Ishtar babilónica, considerada como la generadora de las formas ideales o de las ideas tipos de acuerdo con las cuales todo se crea.



Su dominio es el océano luminoso en el cual se refleja el pensamiento creador, y cuyas ondas corresponden a las Aguas superiores del Génesis, separadas de las aguas inferiores del firmamento. Tiene las alas que le atribuye el vidente de Patmos, doce estrellas que forman una corona resplandeciente, mientras que su pie descansa sobre una media luna. Efectivamente, se trata de un personaje etéreo, que reside en las regiones sublimes de la intelectualidad pura, por encima del mundo cambiante o sublunar.

Poco al corriente de los refinamientos simbólicos, la mayor parte de los artistas se permiten colocar el pie de la Madona en el hueco de la media luna, con las puntas vueltas hacia arriba. Sin embargo, se encuentran vírgenes que apoyan el pie en la convexidad de una media luna con las puntas hacia abajo.

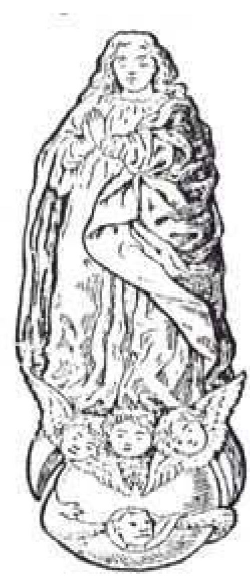
Desde el punto de vista hermético, esto es mucho más correcto, pues el conjunto del Arcano III, simplificado en la sequedad del ideograma, se sintetiza en el signo del Mercurio con puntas hacia abajo ☿.

El elemento central de este signo, el círculo vacío, representa la sustancia primordial, universal y necesariamente una. Según Pernéty es el Alumbre, “principio salino de las otras sales, de los minerales y de los metales”.

Según esté la media luna situada por abajo o por arriba de este círculo, se obtiene la ***Sal Alcali*** o la Sal Gema ☋ , que participan igualmente de la sustancia caótica universal. Pero la primera es una sustancia dominada por la luna, y por lo tanto transformable al infinito; es la materia primera de la Gran Obra, el terreno de todas las metamorfosis de la naturaleza y del arte. En cuanto a la segunda, representa una sustancia que se ha vuelto inmóvil, porque toda clase de posible elaboración en ella se ha realizado, en el sentido que escapa a todas las influencias exteriores, volviéndose apta para ejercer una poderosa acción modificadora sobre todo lo que está sujeto a cambio.

Ahora bien, ¿en qué sentido se agrega la cruz junto a estos elementos, tan significativos ya? Lejos de aludir a la muerte, como podría imaginarse, ésta es el símbolo de la vida. Pero surge de la interferencia de dos contrarios: el ***Agente,*** representado por el trazo ⊤ vertical y el ***Paciente,*** al cual corresponde el trazo horizontal. No hay vida sin trabajo, sin una elaboración del pasivo por el activo, de la materia inerte por una fuerza inteligente.

Del mismo modo que la media luna, la cruz se dibuja tanto arriba como debajo de un elemento de signo alquímico. En el primer caso, indica un trabajo realizado una perfección adquirida definitivamente. En el segundo, se trata, por el contrario, de una acción vital que quiere ejercerse, de virtualidades latentes, concretadas como en un germen, a la espera de que puedan desarrollarse.



Virgen de la Sacristía de la Iglesia de Santo Tomás de Aquino, en París. Escultura en madera del siglo XVII. El artista español se ha

El signo ♁ no puede referirse nada más que a una entidad sutil, que ha llegado a su supremo grado de evolución, de pureza y de poder activo. Los hermetistas han atribuido este símbolo a su ***Antimonio,*** que designa

el Agua permanente, el agua celestial, por medio de la cual purifican el oro filosófico y lo limpian de toda impureza.

mostrado juicioso en la aplicación del simbolismo tradicional

Si buscamos este principio en nuestra personalidad, reconoceremos lo que nuestros padres llamaban el ***Alma Intelectual,*** que tiende a separarnos de la materia[9]**,** elevándonos y espiritualizándonos.

A este principio de ascenso desmaterializado se opone ***Venus*** ♀, el ***Alma instintiva,*** que solicita continuamente al espíritu a que descienda a la materia para encarnarse.



En resumen, los signos ♁ y ☊ se combinan en ♁☊, ideograma de la virgen celeste, que personifica la espiritualidad más alta, la Inteligencia (Binah) o la comprensión (Gnosis), en oposición a la brutalidad, a la ininteligencia, a la no-comprensión o a la tontería, representadas por la Bestia del Apocalipsis, por la Serpiente Pitón o el Dragón, cuya rabia ciega resulta impotente contra la serenidad de la Soberana del reino del espíritu.

Este monstruo es una especie de esfinge surgida de los cuatro elementos. La parte anterior de su cuerpo es un león que echa fuego por la boca (Tierra y Fuego); pero tiene alas (Aire) y el resto es un animal acuático (Agua). Representa la materia elemental, que debe ser vencida, dominada y domesticada por la Inteligencia.

En el Arcano XI del Tarot encontramos a la mujer del Arcano III, que mantiene abiertas, sin ningún esfuerzo, las fauces de un león furioso. Es la Fuerza, no la energía física, sino el poder irresistible del pensamiento, que ha sabido triunfar sobre toda brutalidad.

---

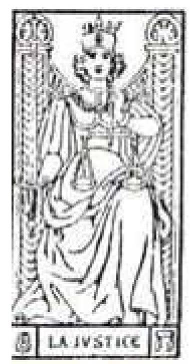
[9] Se observará que la posición de los brazos de la Virgen del cuadro de San Mauricio forman una cruz, por encima del círculo indicado por el drapeado que envuelve la parte inferior del cuerpo, en forma intencional o no, el signo ha sido insinuado por el pintor.

Esta misma mujer está en el Arcano VIII, bajo el aspecto de la Justicia[10]. Aquí personifica la lógica necesaria, la razón ineluctable que formula la ley universal según la cual todo se realiza en la naturaleza. Es el principio director de toda la vida orgánica, por el cual se aclara el caos primitivo, y del cual surge ese orden admirable que vale a la octava sephira el nombre de Hod, significando ***Esplendor, Gloria.***

Es posible preguntarse si esta sephira no está aludida en las ocho estrellas que, en el cuadro de San Mauricio, rodean la cabeza de la Virgen.

En contraste con esa coronación de pentagramas, vemos a los pies de la Virgen, y en el ángulo justo de la figura, un globo alado, que un gran círculo divide lateralmente en dos hemisferios. Este detalle tiene su importancia, pues nos vuelve al ***Nitro*** ⦶, también llamado ***Cerbero*** o ***Sal Infernal*** por los alquimistas.

A este respecto no olvidemos que una de las interpretaciones más misteriosas de las iniciales INRI: ***Igne Nitrium Roris Invenitur — Por medio del fuego se descubre el nitro del rocío —*** supone que el rocío es el agua celestial que se condensa en la superficie de los cuerpos. Es el depósito del espíritu universal de la naturaleza, que se concentra en el nitro, que se nos presenta así como una sustancia esencialmente activa, vehículo de las energías más activas. En la entidad humana, es lo que podría llamarse el ***Alma Motriz,*** que estimula todos los impulsos irresistibles.



El ***Nitro del Rocío*** es el Diablo que tenemos en el cuerpo y que hemos puesto al servicio de la idealidad celestial: es la acción impaciente que obedece a la inspiración.

El ardor impulsivo se manifiesta especialmente bajo el influjo de ***Venus,*** la mujer que, con un corazón inflamado en la mano, se escapa, por así decirlo, del globo alado. Es la pasión que se exterioriza, dando nacimiento al ***Amor,*** es decir a una fuerza ciega — Cupido tiene los ojos vendados — sometida a leyes rigurosas. Esta sentimentalidad, de orden más bien

[10] Los Arcanos III, VIII y IX del Tarot muestran a la Virgen del Zodíaco, representada aisladamente en el Arcano III (mes de agosto), con la balanza, equinoccial (septiembre) en el Arcano VIII, y calmando los ardores del León de julio en el Arcano XI.

fisiológico, está contenida en el dominio sublunar por encima del cual se eleva la pura espiritualidad.

Esta tiene por mensajeros a dos ángeles mofletudos cuyas cabezas aparecen a ambos lados de la cabeza de la Virgen. Estos soplan el viento del Espíritu. El de la derecha tiene un ala roja, el de la izquierda un ala blanca. Estos colores corresponden respectivamente a las columnas Jakin y Bohas, pues la inspiración puede incitar a los actos (rojo) o iluminar el entendimiento (blanco).

El conjunto del cuadro de San Mauricio toma en cuenta, por otra parte, a este dualismo. Todo lo que está a la derecha de la Virgen se vincula a la ***práctica*** de la Gran Obra, a su realización por el ***camino húmedo*** o ***místico,*** representado por el navío que mueven las olas del Océano cósmico. La izquierda, por el contrario, está reservada a la teoría, a la contemplación por la cual el adepto conquista los secretos de una Sabiduría que le basta por sí misma[11]. En este sentido, obra de acuerdo con la ***vía seca*** o ***racional,*** sin abandonar la tierra firme, cuya solidez ofrece las bases de un positivismo trascendente.

* * *

Quedémonos, por el momento, sobre el terreno de la ***Gnosis*** o de la ***iluminación espiritual,*** cuyo templo nos presenta la Virgen.

Este edificio circular muestra cuatro ventanas en medio de las cuales están los emblemas de los cuatro elementos: la hoz de Saturno (Tierra), el tridente de Neptuno (Agua), el rayo de Júpiter (Fuego) y el caduceo de Mercurio (Aire). Pero este cuaternario está unificado por el ***Gallo,*** encima de la cúpula del santuario. Este pájaro, dedicado a Mercurio e su condición de dios de la sutileza, de la inteligencia, anuncia el alba del día que debe apuntar en los espíritus. Hace alusión aquí a la misteriosa ***Quintaesencia*** que se sustrae a toda percepción sensible y que sólo podemos concebir profundizando cada vez más. La necesidad de descender en sí mismo y de penetrar hasta el centro del cual surge la luz interior, la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, está indicada por la plomada suspendida de un palo horizontal

[11] Conocida de quienes han visto la Estrella Resplandeciente y han profundizado el sentido de la letra G.

que sale de una de las nueve ventanas superiores del lado derecho del templo, como el brazo de una horca.

Inmediatamente debajo del templo y bajo la plomada está un personaje vestido de rojo, en el cual es difícil reconocer a San Joaquín, el abuelo materno de Jesús. ¿Por qué razón habría de tener un gorro de doctor el marido de Santa Ana? ¿Por qué figura el caduceo entre sus atributos?

El Sr. de la Rive se ha preguntado si no estábamos frente al arquitecto del templo de Salomón; pero como nada abona esta hipótesis, el director de la ***France Chretienne*** pone a un sacerdote de Isis en lugar de Hiram. En esto nos parece que ha acertado, pues aquí debe tratarse de un ***adepto,*** instruido en la ciencia de Hermes y armado de los poderes que confiere la alta iniciación. Los instrumentos del personaje no dejan ninguna duda a este respecto.

Lo más notable es el ***caduceo,*** varita de oro alrededor de la cual se enroscan dos serpientes que representan las corrientes de polaridad contraria del gran agente mágico, conocido por los ocultistas con el nombre de ***Luz Astral.*** El iniciado tiene que saber captar las fuerzas, a fin de aplicarlas[12] a la producción de efectos considerados milagrosos por el vulgo, que ignora la causa natural, aunque misteriosa.

El que es a la vez hijo y amante de Isis, en otras palabras, discípulo y confidente de la naturaleza, une al caduceo la ***varita mágica*** y el ***anillo de Hermes.***

La ***varita*** es la imagen del conductor sutil, que establece la relación con el mundo suprasensible. El que la posee está dotado de una especie de sexto sentido, guía indispensable de las operaciones mágicas.

En cuanto al ***anillo*** provisto del Sello hermético, implica la participación en la alianza universal de quienes conocen los secretos de la eterna tradición, o Cábala.

A esos instrumentos, reunidos en la mano izquierda, lado pasivo o receptivo, se agregan el libro cerrado y el cuchillo de sacrificador, que están en la mano derecha, lado activo.

El ***libro*** encierra la obra personal del iniciado, que ha consignado en este resumen la suma de su fe secreta, las verdades que han llegado a discernir por sus propios esfuerzos de meditación.

---

[12] Cuando nos ponemos a la orden de Comp. (Rito Ec.) atraemos hacia nosotros, con la mano izquierda, las fuerzas difusas en el ambiente (Éter, Mercurio de los Filósofos) y, con la mano derecha, las concentramos en nosotros (coagulación y fijación de Mercurio).

El ***cuchillo*** sirve para disolver, del mismo modo que el caduceo permite coagular y fijar. El adepto debe, en efecto, saber intervenir a tiempo para dispersar las acumulaciones de energías inconscientes cuya explosión traería las peores catástrofes.

La espada mágica desempeña un papel análogo, apartando a los fantasmas, pues amenaza con atravesar la envoltura que los rodea, una película semejante a una pompa de jabón. El gladio Verbo (Razón) es el arma del Sabio.

Si el adepto está representado con los pies descalzos, es porque se lo ha admitido en el Santo de los Santos: se le permite pisar suelo santificado, mortal para los profanos, pero con la condición de que se ponga en comunicación directa con la materialidad divinizada, con lo divino traducido en imágenes y en símbolos. El calzado hace insensible a lo que emana de las profundidades, desde el interior de la (Tierra) Isis inspiradora.

Delante del adepto hay una canasta con unos útiles de escriba o de grabador. Se ve, entre otras cosas, un haz difícil de describir, en el cual el señor de la Rive reconoce a unas espigas de trigo. El pintor, que en general sabe caracterizar a los objetos, debe haber representado otra cosa aquí. No creemos que haya una alusión a la contraseña de los Compañeros[13]**.** Probablemente se trata de unos lápices, una regla, un borrador y un cálamo. Las dos piedras que están al lado pueden ser materia de piedra filosofal, materia vil y común en apariencia, que sólo el Sabio sabe descubrir y apreciar.

A la izquierda del adepto, vestido con una especie de hábito rojo (actividad masculina, Jakin) hay una mujer enteramente vestida de blanco (receptividad femenina, Bohas). Es la sacerdotisa de Isis, compañera inseparable del adepto, puesto que representa sus facultades intuitivas. La llama que brilla a la altura del hombro izquierdo ilumina al espíritu con su luz filosofal, dirigiéndose al sentimiento más que a la fría razón. Hay verdades, en efecto, que exigen ser sentidas, pues si bien escapan al control de la lógica estricta, no por eso dejan de imponerse al corazón con un poder irresistible. Son las verdades que nos protegen del escepticismo estéril, destructor de toda convicción. Al lado izquierdo de la sacerdotisa cuelga una bolsa, alusión a las limosnas, a la caridad, al sentimiento de conmiseración por el prójimo, sin el cual los iniciados más brillantes no serían más que bronce resonante y címbalos atronadores.

---

[13] ***Schibboleth* significa *espiga.***

La compañera del adepto tiene finalmente un espejo en la mano derecha, en el cual se reflejan las imágenes de la luz astral. Esas imágenes son vivas: rondan las imaginaciones, provocan los sueños, se alimentan de los pensamientos que sugieren, de los deseos que excitan y las aspiraciones que fomentan. Se renuevan sin cesar a través de las edades, fantasmas mentales que sirven de vehículo a esta Tradición imperecedera, independiente de la memoria, de los hombres o de los documentos materiales, que está escrita en caracteres etéreos en el libro misterioso de la gran Reveladora.

Los símbolos que quedan por examinar son más típicamente alquímicos, como por ejemplo, el vaso ovoide que la Virgen sostiene en su mano derecha. Este es el ***huevo de los filósofos,*** dicho de otro modo el vaso de la naturaleza, en el cual se cumplen las operaciones de la Gran Obra, que llevan al nacimiento del Niño Filosófico, destinado a “enriquecer y perfeccionar a sus hermanos”.

Este Huevo encierra el Sujeto de la Obra, que se introduce después de haber sido elegido cuidadosamente, limpiado de todo cuerpo extraño que hubiera adherido accidentalmente a su superficie. Se trata en otros términos, de la elección del ***prof***… que se despoja de sus metales antes de ser encerrado en la Cámara de las reflexiones.

La muerte simbólica del recipiendario corresponde a la putrefacción de la materia, que ha tomado color negro (Prueba de la Tierra).

La descomposición pútrida, fase indispensable de toda regeneración, tiene por fin separar lo sutil de lo denso. Lo que es inerte y pesado cae al fondo y se convierte en presa del Cuervo de Saturno, pájaro voraz, símbolo de una energía ávida y constrictiva, base del egoísmo individual. En cambio, los principios etéreos se desprenden para alcanzar las alturas (Prueba del Aire).

Este desdoblamiento no es definitivo, pues al elevarse las partes evaporadas se condensan para recaer en forma de lluvias sucesivas, que lavan progresivamente la materia, haciéndola pasar del negro al blanco, pasando por los matices intermediarios del gris (Prueba del Agua).

La materia que ha alcanzado el grado de pureza que señala una blancura perfecta, sólo le falta alcanzar el rojo, por medio de la exaltación del ardor sulfúrico (Prueba del Fuego).

La obtención de este color indica el cumplimiento de la ***Obra Simple,*** que corresponde a la ***medicina del primer orden*** o a la iniciación al grado de aprendiz.

El recipiente filosófico termina en un tubo que se ensancha y del cual salen unos claveles que recuerdan con sus colores las transformaciones que han ocurrido en la materia de la Gran Obra. Los matices cambiantes que se producen en forma efímera entre el negro y el blanco, están caracterizados por la ***cola de pavo real,*** cuyo despliegue corona al Huevo de los Sabios. Como manijas, éste tiene cuatro cabezas de águila en forma de Cruz, que indican la fijación cuaternaria, por la cual el mercurio más sublimado toma cuerpo con la materia elemental íntegramente purificado (Iluminación del Compañero) que, después de ver la luz, la ha atraído a sí para saturarse y transformarse en Estrella Resplandeciente.





El Huevo está rodeado de una especie de esfera celeste, oblicuamente atravesada por una banda horizontal, en la cual hay sólo cuatro signos que se suceden en orden anormal. Al Cáncer y al León sucede, en efecto, la Balanza, y ésta es seguida por los Peces.

Las operaciones de la Gran Obra que corresponden a estos signos son la disolución, la digestión, la sublimación y la proyección. Por medio de esta última se realiza la suprema transmutación, objetivo de la medicina del tercer orden (Maestría).

El centro del círculo zodiacal coincide con el del huevo filosófico y este centro está marcado por el signo del alun ○, como si se quisiera decir que el punto matemático central de cada ser se confunde con el infinito ○. Un segundo círculo dorado interfiere sobre el primero y lo domina. Esta es una alusión al resultado de su sublimación de la personalidad.

Nuestra tarea se vuelve sumamente difícil al tener que aclarar los misterios del navío que boga a la derecha de la Virgen. Este es el barco de Isis, que hace posible la travesía del Océano vital; sus velas henchidas por el soplo del Espíritu Universal recogen el entusiasmo propulsor, que provocó la caída del cíclope al mar.

Este personaje, que debía ocupar el mirador del palo mayor, ha perdido el equilibrio, por influencia de la embriaguez astral.



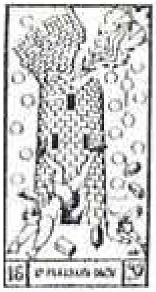
Del mismo modo que el ***loco*** del Tarot, se convierte en el instrumento pasivo de la fuerza que se apodera de él. No se controla y se abandona con tanta menos reserva a sus impulsos, sin razonar. Su único ojo, en efecto, sólo le permite distinguir a medias, pero lo que pierde en clarividencia lo gana en fuerza bruta; dispone de un tremendo poder a medias ciego, cuya insignia es el bastón que tiene en la mano izquierda (Poder del Creyente incapaz de dudar). La flauta que lleva, colgada del cuello le permite desempeñar su papel en la orquesta del dios Pan (talento del encantador de animales salvajes).

Este impulsivo inquietante tiene que ser arrojado fuera del navío místico: su presencia a bordo hace peligrar la travesía. Para que ésta pueda realizarse con seguridad, es menester que el vigía sea un hombre sensible y en posesión plena de sí mismo. Es lo que ocurre con el hombre que está trepado al segundo mástil, ligado por una cuerda que Mercurio desata, mientras sigue con la mirada al Cíclope en su caída, destino que sólo podrá evitar para sí mismo mediante un desinterés absoluto. Sin embargo, la tiranía de los apetitos instintivos se opone, como contrapeso necesario, al total olvido de sí mismo. De aquí resulta un conflicto doloroso, al cual alude el cuervo que picotea el pecho del iluminado, para castigarlo por haber imitado a Prometeo, robando el fuego celestial.

Este fuego, por otra parte, es el que hace precipitar al Cíclope, del mismo modo que provoca en el Tarot la catástrofe del Arcano XVI. La silueta del Cíclope coincide, además, con la del rey que cae de lo alto de la torre fulminada, la llamada ***Casa-Dios.*** En el cuadro de Reims el rayo es reemplazado por una especie de cometa, que tiene en la cola un cuerno de abundancia, que surge en el centro de un círculo luminoso, inscrito en un triángulo que tiene el signo alquímico del Fuego △. El conjunto tiene por objeto recordarnos que la felicidad perfecta, que confiere la suprema riqueza y la verdadera prosperidad, encuentra su origen en el fuego celestial que abrasa a las almas puras. ***Igne Natura Renovatur Integra***[14]**.**

---

[14] *Integra* (íntegra, pura), es adjetivo, vinculado a Natura y no debe traducirse por íntegramente. La naturaleza purificada es renovada por el fuego.



En la popa del navío sagrado, junto a un tercer mástil roto, está el ***Niño filosófico*** sentado sobre un corazón irradiante. Este timonel es la ***Razón*** (Verbo encarnado Hijo de Dios de los cristianos, Buddhi de los teósofos), que se apoya sobre el sentimiento y la luz que de él se desprende para manifestarse como principio de la ***conciencia,*** directora de las acciones humanas.

El ***Globo del mundo,*** que el Redentor tiene sobre las rodillas, es el símbolo del alma universal de las cosas, cuyo destino es evolucionar para alcanzar finalmente la perfección. Ese es el sentido del signo alquímico ♁, en el cual la cruz domina al ideograma de la mineralidad, de la Tierra como ser animado.

A bordo del navío la responsabilidad del mando corresponde al ***Rey,*** que representa a la ***Voluntad,*** cuyas órdenes son terminantes. Por encima de su corona se lee el número 1266, y entre su cetro y el hombro derecho el número 1137.

Hemos renunciado a aclarar el alcance de estas dos cifras, que se inscriben de nuevo en el globo alado que está a los pies de la Virgen. Puede ser que tengan un valor convencional de contraseñas, que el primero se refiera al acto que formula teóricamente las voliciones y el segundo a su ejecución práctica. Estas hipótesis interpretativas carecen de base sólida. Cuando hayamos comprobado que 1 + 2 + 6 + 6 = 15 y que 1 + 1 + 3 + 7 = 12, no habremos avanzado mucho: el enigma subsiste.

Ante el Rey y el Niño-Timonel, un anciano vestido con una especie de túnica se inclina sobre la borda. En la mano derecha tiene una rama florida de avellano y en la izquierda dos avellanas verdes, que ofrece sin duda al dragón de la vida elemental. Es el Maestro de la ***Vitalidad*** (***Prana*** o ***Jiva*** de los budistas) y, en su condición de tal, domina al ***Alma corporal*** (Venus ₙ). Tiene el arte de expandir la vida (rama florecida) o de concentrarla (frutos).

En la mitad del barco hay otro anciano vestido de negro. En su mano izquierda hay un libro abierto, sobre el cual se eleva una minúscula cabaña. Estamos aquí ante ese nudo de la personalidad, sobre el cual todo se apoya, llamado ***Cuerpo astral*** por los ocultistas occidentales y Linga Sharira por los budistas. Por otra parte, el personaje no es otro que el Ermitaño del Tarot (Arcano IX), que equivale a Twashtri, el Carpintero de los Vedas, a quien

corresponde la tarea de construir la forma astral, el ***Fundamento*** (Jesod, 9ª. Sephira) del organismo material.

Los dos mástiles que sostienen las velas se unen, por la base, detrás de un guerrero con casco y coraza, que tiene en la mano un bastón simple, y en la izquierda presenta una estatua de Minerva al viejo ya citado. Este es ***Marte,*** el entusiasmo activo, que pone su energía al servicio de una voluntad sabiamente equilibrada.

Como último de los navegantes, citaremos al joven Hércules identificado por su maza y la piel de león que le sirve de tocado. Las patas delanteras del animal se cruzan sobre el pecho del adolescente, que recuerda así al ***Enamorado*** del Tarot (Arcano VI), que está a las órdenes del Buen Pastor. Por otra parte ¿Cómo explicar, sin la ayuda de esta figura, la **Y** dada vuelta ⅄ , que se destaca claramente en la borda del navío, frente a nuestro personaje?. Esta letra indica la bifurcación de la ruta, ante la cual el Enamorado se detiene, perplejo, sin saber si debe tomar a la izquierda o a la derecha, dado que se ve solicitado por dos mujeres igualmente bellas que simbolizan, una: Goce, Complacencia, Molicie, y la otra: Trabajo, Austeridad, Virtud. Hércules, al comienzo de su carrera, tuvo que elegir entre dos maneras de ver la vida. Por lo tanto, el joven héroe representa el ***libre arbitrio,*** y está situado, apropiadamente, en la parte delantera del barco, arriba de Marte, pues éste sólo ejerce su energía por medio del determinismo voluntario.

Ese barco representa al organismo que transporta el septenario de la personalidad consciente, liberada de sus instintos primitivos (el Cíclope que cae al mar). En realidad, hay ocho personajes que quedan a bordo, y uno de ellos es un rey coronado y con el cetro en la mano. Es el capitán que manda la tripulación, es decir el ***espíritu individual,*** señor del conglomerado personal. Está cerca del timonel, que es la ***conciencia,*** que se basa en el sentimiento de piedad que la liga a lo Universal (religión en el sentido más elevado de la palabra). Un anciano vestido de blanco forma un triángulo con los dos primeros personajes. Se inclina sobre el océano, depósito de vida, y hacia el dragón, condensador de la energía vital. Tiene en la mano una rama florida, ofrece frutos, como si quisiera mantener a bordo una ***vitalidad*** que florece en la castidad. El segundo anciano vestido de oscuro es la ***experiencia constructiva.*** Tiene la tradición (el libro), que representa la protección orgánica. Marte defiende la personalidad contra el enemigo exterior. Es el ejecutor de las órdenes del rey, que le comunica el ***libre arbitrio,*** simbolizado por el joven Hércules, en la proa, bajo la mirada de la conciencia-timonel.

Queda el vigía, atado por Mercurio a la parte alta del gran mástil, con el cual forma unidad, a fin de estar atentos al canto de las sirenas. Es la ***intuición,*** que presiente y adivina con una juiciosa sutileza mercurial. Las velas se hinchan con el soplo intrépido del Espíritu.

De lo que precede, resulta que el cuadro que hemos analizado revela un simbolismo que, si bien no es el de la mística cristiana corriente, no deja de ser religioso. Es ***iniciático,*** pero se inspira en el hermetismo más elevado, sin relacionarse directamente con las alegorías masónicas. Estamos en presencia de un ejemplo de arte católico que no debería escandalizar a los creyentes.

UN CUADRO ALQUÍMICO

Bajo este título, el ***Vrijmetselaar***[15] de febrero de 1908 se ocupa, en forma extensa, de nuestro estudio: ***"Un simbolismo inquietante".*** (Véase el capítulo anterior).

Algunas de nuestras interpretaciones han determinado comentarios, de los cuales queremos hacer un rápido análisis.

La atención del crítico holandés se dirige todo al templo de Saturno, que está a la derecha del cuadro de la iglesia de San Mauricio de Reims.

La hoz y el reloj de arena no siempre han sido atributos de Saturno, que los latinos representaban primitivamente sin alas y con una simple sierpe. Dios de los campos, Saturno enseñaba el arte de la jardinería, sin desdeñar la poda de los viñedos y de los árboles frutales. Como siempre, la mitología popular servía de velo a un profundo esoterismo. Gobernar la savia vital, ser económico en su uso, dirigirla tan sólo a las ramas que deben fructificar, es la misión del dios, que es implacable con la madera muerta y los brotes improductivos. Ya no es el destructor ciego que siega sin discernimiento, sino el agente del progreso por selección, principio regulador de la producción vital. Esto quiere decir que la muerte solo sirve para reforzar la vida fecunda y productiva, que es la ley universal.

La Sibila es la sacerdotisa del Templo de Saturno, porque la adivinación se basa en la comprensión de las causas ocultas en las profundidades que son el dominio de ese dios. La unidad fundamental de las cosas se revelaría a nosotros si pudiéramos penetrar hasta la causa de las causas, clave de todos los

[15] **Revista masónica trimestral publicada en Ámsterdam.**

misterios. Pero éstos no podrían ser revelados si las cuerdas del arpa en que se apoya la sibila no se pusieran a vibrar. Esto significa que no basta al adivino con desarrollar su penetración de espíritu, su facultad de razonar y de comprender. Pues, ¿En dónde estaría el adivino si no tuviera esa sensibilidad musical que percibe los acordes de la sutil armonía de las cosas?. Para ser más sensibles, seamos desinteresados como la Sibila, indiferentes a las monedas de oro que caen a sus pies; sepamos despojarnos de nuestros metales, como lo exige el ritual masónico. El egoísmo, el amor a las riquezas y la sed de honores paralizan la lucidez y se yerguen como un biombo ante nuestra visión espiritual. Es la venda simbólica puesta sobre los ojos del profano que no ha podido conquistar la luz.

Los dos tritones que tocan la trompeta sobre la cúpula del templo de Saturno han inspirado a nuestro colega una extensa disertación sobre los Elementos, asimilados a los Cuatro Vientos del Espíritu. Al respecto, nunca se podrá deplorar bastante las modificaciones que se han hecho en los antiguos rituales masónicos. Se ha perdido, dice nuestro comentarista, lo que no se comprendía, y — algo más desastroso aún — lo que se creía comprender. Empecinándose en confundir los Elementos de los antiguos con los cuerpos simples de la química moderna, no han sabido remontarse a la noción del Cuaternario elemental, agente de diferenciación de la sustancia primordial, una en su esencia. ***Tierra, Agua, Aire, Fuego,*** representan lo que provoca el estado sólido, líquido, gaseoso y etéreo. Además, se han establecido relaciones de analogía entre la Tierra y el Cuerpo, el Agua y el Alma, el Aire y el Espíritu, el Fuego y el Principio Motor universal.

Estas equivalencias permiten examinar la prueba del Agua, en la forma en que se la empleaba en todas las iniciaciones, como la imagen del pasaje de la vida sensual a la vida espiritual. El hombre animal, sumido en las corrientes de la objetividad, no logra liberarse si no vence su animalidad. Surge del Agua al estado de hombre propiamente dicho, de hombre plenamente Hombre.

Al atravesar los elementos, les dejamos lo que a ellos pertenece, es decir, lo que en nosotros hay de inferior; sacrificando nuestro egoísmo nos dejamos penetrar cada vez más por lo divino que nos acerca a la Unidad. Un sentimiento nuevo se desarrolla entonces en nosotros: el del amor universal. Mientras no lo experimentemos, no seremos más que falsos iniciados, pese a nuestra sabiduría y a nuestros talentos adquiridos.

Si nos preguntamos ahora cuál es esa agua en la cual nadan los tritones más aéreos que acuáticos, nos conviene referirnos a la mitología india. Esta

nos muestra a Varuna, que ya no es un simple Neptuno “señor de las aguas”, como dice el Purana, sino el Rey primitivo de todas las cosas, cuyo dominio, como el de Uranus, es la totalidad del mundo extenso. Es él quien, al concretizar la sustancia fluida universal — el Agua simbólica — ha hecho surgir del caos el Cielo y la Tierra.

Esta Agua, que es el medio natural de los tritones, corresponde a la materia independiente de todas las formas y de todos los aspectos que es capaz de revestir. En sí misma encierra todas las posibilidades de formación y de transformación; pero ninguna arbitrariedad determina sus formas o las modificaciones de las mismas. El futuro está encerrado en esta materia, de tal modo que basta con conocer la ley que la gobierna para poseer el don de adivinación y de profecía.

Al soplo de Varuna corresponde el viento que aviva el fuego del sol y lo hace arder, del mismo modo que provoca el brillo de las estrellas, que sin él se extinguirían como carbones apagados. Este soplo gobierna hasta el menor acto de las criaturas, pues ninguna puede, sin él, cerrar los ojos una vez. Se trata pues del espíritu, que realiza en la naturaleza la ley de la manifestación divina, y por esto se dice de Varuna que conoce todo lo que ha sido y todo lo que ha de ser. Ahora bien, lo que fue, lo que es y lo que será, todo eso es una cosa, pues está comprendido dentro de la unidad de naturaleza misma.

Ahora podemos entender por qué motivo los tritones, desde el seno de la materia, confieren el presentimiento del porvenir a las almas fuertes, que son capaces de no dejarse distraer por lo que la Naturaleza les quiere enseñar. En efecto, la Naturaleza quiere revelar sus secretos — incluso los del futuro — a quien busca fielmente en ella la verdad. El que quiere escuchar, oye su voz, percibe las advertencias de los tritones.

El redactor del ***Vrijmetselaar*** hace algunas observaciones interesantes sobre la plomada suspendida del extremo del palo que emerge de una de las ventanas del pequeño templo que la Virgen del cuadro de Reims levanta en su mano izquierda. Reconoce que nosotros hemos hecho una interpretación inédita hasta ahora de esa plomada, refiriéndola a la necesidad de descender en sí mismo y penetrar hasta el centro de donde surge la luz interior, la cual, según el Evangelio de San Juan, ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En efecto, todos los autores que tratan del simbolismo masónico no consideran a la plomada más que en su carácter de instrumento del arte de construir. Han considerado, en consecuencia, que es el instrumento de la construcción en altura, sin observar que también sirve para el trabajo en

profundidad. Es al ahondamiento de un pozo vertical, que va hasta el fondo de la Tierra, que alude la plomada de la pintura alquímica. Está suspendida por encima de la cabeza del adepto, que ha de recogerse en sí mismo para alcanzar el centro de su personalidad, donde descubrirá la misteriosa quintaesencia, es decir, la esencia de su yo real, librado de toda contingencia en forma. "Conócete a ti mismo" dice la plomada, pues el que, socráticamente, llega a conocerse a sí mismo, aprende a discernir la Unidad fundamental en la identidad del Todo; a fuerza de profundizar, el pensador llega a entender mentalmente algo, a apropiárselo y amarlo, no sólo aisladamente sino también en relación con la universalidad.

El ***Vrijmetselaar*** considera que nuestra interpretación de la plomada merece ser adoptada por la masonería, pues tiene la ventaja de explicar por qué este instrumento es la insignia del segundo Centinela, puesto junto a la Columna del Norte.

Adaptándose maravillosamente, es más profunda esta interpretación que la dada por Klein en un estudio publicado en ***Ars Quator Coronaturum,*** vol. IX.

Nuestra interpretación no contradice la admitida generalmente, pues en la masonería práctica la plomada controla la verticalidad, trátese de excavaciones o de una torre; para ser sólido, un edificio no debe inclinarse a ningún lado.

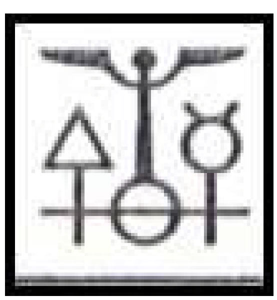
En masonería filosófica o especulativa, la plomada es el símbolo de una fuerza centrípeta, de una acción exterior, penetrante, como la que los alquimistas atribuyen a su Mercurio. En oposición, el nivel, cuya forma recuerda el ideograma del Azufre 🜍, alude al principio de expansión individual, que se traduce por una radiación que parte del centro para propagarse hacia el exterior.

Los masones nunca han tenido dudas en cuanto a la atribución de esos juguetes móviles que son la Escuadra del Maestro, el Nivel, insignia del Primer Centinela y la Perpendicular vinculada al Segundo Inspector. Pasar de la Perpendicular al Nivel significa ser ascendido del primer al segundo grado. Los Aprendices se vinculan así al Segundo Inspector y los Compañeros al Primero. Como los Aprendices se establecen en el Norte y los Compañeros en el Sur, la lógica quiere que los Inspectores sean colocados en forma de observar. El Primero a los Compañeros y el Segundo a los Aprendices. Según los ritos, las exigencias se satisfacen de distinta manera. Queda establecido

que el Nivel-Azufre 🜍, iniciativa masculina activa, corresponde al Sol ☉ y la Perpendicular-Mercurio, receptividad femenina pasiva, a la Luna ☾.

Sin embargo, el simbolismo masónico tiene contradicciones que parecen deliberadas. Es así que el Nivel, insignia del Primer Compañero, corresponde al Aprendizaje y a la Columna Jakin, junto a la cual los Aprendices reciben su salario. Estos pasan por las pruebas de la antigua iniciación solar, masculina o dórica. Tienen que concentrarse en sí mismos, descender hasta el centro sulfúrico en el cual arde su fuego interior. Aislado cuidadosamente del exterior, este ardor individual debe ser exaltado en forma progresiva. Sustraído a todas las influencias externas, el Aprendiz se dedica al dorismo, procurando llegar a la posesión de sí mismo. Hijo de Apolo, combate contra las tinieblas que lo rodean y termina por conquistar la luz después de una serie de victorias sobre sí mismo, ganadas con su energía propia. Cuando ha ganado, exaltando al fuego solar que está en él, el Primer Inspector lo recompensa y lo admite al grupo de Compañeros que están bajo la égida del Nivel.

La perpendicular, que tiene el segundo Inspector, invita al neófito a no contar más que consigo mismo, con su energía propia, y a bajar después a su interior, a los lugares infernales en donde los héroes se inician en los secretos de la acción. Pero el Iniciado se levanta después de haber descendido y al elevarse descubre una luz que ya no es la del Azufre 🜍, pues proviene de todas partes, del ambiente infinito, dominio de Mercurio. En su condición de Compañero, a Mercurio corresponde concentrar esa difusa claridad para condensarla en torno a él, como atmósfera luminosa. Coagulando a Mercurio ☿, se transforma finalmente en Estrella Resplandeciente. Entonces, si trabaja bajo la dirección del Primer Inspector, no por eso deja de estar en deuda con el Segundo Inspector, que siempre guiará sus pasos. La atracción de Mercurio es una operación femenina, el Compañerismo es jónico-lunar, y la Columna Bohas también lo es, por oposición al rojo de Jakin.



HERMETISMO Y FRANCMASONERIA

Como continuación de nuestro estudio sobre el cuadro alquímico de la iglesia de San Mauricio de Reims, es oportuno referirnos a un libro alemán, cuyo autor, Wilhelm Höhler, trata de demostrar que la francmasonería se relaciona estrechamente con la alquimia, o, más exactamente, con la filosofía hermética. El trabajo al cual nos referimos fue publicado por Weiss y Hameier, en Ludwigshafen, en 1905, con el título de Hermetische Philosophie und Freimaurerei. En realidad no es más que una selección de textos atinadamente elegidos entre los alquimistas más conocidos, como Basilio Valentín, Miguel Maier (Sendivogius), el abate Juan Tritemo, Raimundo Lulio, Rogerio Bacon, Arnaldo de Villeneuve, Juan d'Espagnet, Roberto Fludd y otros menos conocidos, como Benedictus Figulus, Egidius Gutmann, J. Stellatus, Alex von Suchten, Mylius, Janus Lacinius, Tanck, Leonhardt Thurneiser, etc. Estas citas nos han dado material para los capítulos siguientes: El Universo y el Hombre — Astrología — Teosofía — Magia — Cábala — Alquimia, este último dividido en subcapítulos: Significado de la palabra Alquimia — Los aspirantes — La tradición — Símbolos — La materia — Los trabajos — Colores, fuego, instrumentos — Oro potable — Christus lapis.

El F∴ Höhler no ha querido dirigirse más que a los francmasones. Por lo tanto deja a sus lectores el cuidado de establecer las aproximaciones entre los textos alquímicos que él reproduce y las enseñanzas masónicas que deben serle familiares. Este método puede dejar perplejos a los espíritus perezosos, que jamás se han preocupado de buscar el sentido de todos los enigmas que propone la francmasonería. Por el contrario, el método responde a la exigencia de los pensadores, que, no temiendo el trabajo de reflexionar, prefieren que se les den los elementos de un problema, y no una solución formulada más o menos dogmáticamente. En el dominio del simbolismo no es necesario precisar demasiado, ya que los símbolos iniciáticos corresponden a concepciones poco aprehensibles por naturaleza, y que en modo alguno son reductibles a las definiciones escolásticas.

En último análisis, éstas no conducen más que a las palabras, entidades enteramente falaces, con las que saben jugar los sofistas. La palabra es, esencialmente, el instrumento de la paradoja. Toda tesis es defendible por la argumentación, que puede demostrar el pro tan triunfalmente como el contra. Porque, lejos de referirse a realidades efectivas, concebidas en sí mismas, toda

dialéctica sólo pone en causa las imágenes verbales, fantasmas de nuestro espíritu, que se deja deslumbrar por esta falsa moneda corriente del pensamiento.

No es sorprendente, en estas condiciones, que dos filósofos opuestos se hayan dividido la intelectualidad de los siglos pasados. Un lado tomaba como punto de partida la lógica de Aristóteles y pretendía llegar a la verdad procediendo por razonamientos rigurosos, basados en premisas supuestas incontestables. Era la filosofía oriental, la que se enseñaba públicamente en las escuelas, de ahí su nombre de Escolástica.

Como antagonista tenía una filosofía que, más o menos, fue siempre oculta, porque se rodeaba de misterio y representaba sus enseñanzas bajo el velo de enigmas, de alegorías o de símbolos. A través de Platón y de Pitágoras pretendía remontarse hasta los hierofantes egipcios, y hasta el fundador mismo de la ciencia, Hermes Trismegistos, o sea Tres veces Grande, por quien la ciencia fue llamada Hermética.

Esta segunda filosofía se distinguía por pretender hacer abstracción de las Palabras, por absorberse en la contemplación de las cosas, tomadas en sí mismas, en su propia esencia. El discípulo de Hermes era silencioso: no argumentaba jamás y no buscaba convencer a nadie. Encerrado en sí mismo, reflexionaba profundamente y terminaba por penetrar así en los secretos de la naturaleza.

Se convertía entonces en el confidente de Isis y entraba en la comunión de los verdaderos iniciados: la Gnosis le revelaba los principios de las antiguas ciencias sagradas que, en consecuencia, tomaron cuerpo bajo la forma de Astrología, de Alquimia, de Magia y de Cábala.

Estas ciencias, actualmente consideradas como muertas, se aplican todas a un mismo objeto: el discernimiento de las leyes ocultas que rigen el universo. Se diferencian de la Física, ciencia oficial de la naturaleza, por su carácter a la vez misterioso y más trascendente; así, constituyen todas en su conjunto una especie de Hiper-Física, llamada con más frecuencia Filosofía Hermética.

Lo que distingue además a esta filosofía es que no se contenta con ser puramente especulativa. En efecto, siempre ha perseguido un fin práctico, tenía en cuenta un resultado efectivo, su ambición suprema era lo que se dio en llamar la realización de la Gran Obra.

Aquí se impone una comparación con la Francmasonería, que parece ser una transfiguración moderna del antiguo Hermetismo. El simbolismo

masónico constituye en efecto una extraña mezcla de tradiciones tomadas de las antiguas ciencias iniciáticas. Toma en cuenta el valor cabalístico de los nombres sagrados y rige el ceremonial según los principios mismos de la Magia; por otra parte, dispone del Sol, la Luna y las Estrellas, tal como lo desea la Astrología. Pero es la Alquimia filosófica, tal como la concebían los Rosacruces del siglo XVII, la que presenta las analogías más sorprendentes con la Masonería. Hay, de una y otra parte, identidad de esoterismo, los mismos dominios iniciáticos se traducen por alegorías tomadas, las unas a la metalúrgica, y las otras al arte de construir. La Francmasonería no es, desde este punto de vista, más que una transposición de la Alquimia.

Un lector prevenido encuentra numerosas pruebas en los textos citados por F∴ Höhler. Creemos, sin embargo, que él procedió con demasiada discreción y, para dar un paso adelante en el asunto, abordaremos, en las páginas que siguen, francamente la cuestión.

Para restringir este estudio no nos ocuparemos más que del ritualismo de la Masonería clásica, llamada de San Juan, que no tiene más que tres grados. Esto nos permitirá, del punto de vista alquímico, hacer abstracción de los símbolos considerados en sí mismos, para dedicarnos exclusivamente a las operaciones sucesivas que llevan a la realización de la Gran Obra.

Al no hacerse nada con nada, el punto de partida de la obra filosófica es el descubrimiento y la elección del sujeto. La materia a considerar, dicen los alquimistas, es muy común y podemos encontrarla en cualquier parte; lo único necesario es saberla distinguir y en esto reside toda la dificultad. Hacemos continuamente la experiencia de la Masonería, pues a veces emprendemos experiencias profanas que deberíamos haber rechazado de antemano, si hubiéramos sido lo bastante perspicaces.

Toda madera no es buena para hacer un Mercurio. La Obra sólo puede tener éxito cuando se ha logrado encontrar un sujeto conveniente. Por eso la Masonería multiplica las investigaciones antes de admitir un candidato a las pruebas.



Se inician en primer término por la limpieza de los metales. La Alquimia recomienda, una vez discernida la materia propicia, una vez minuciosamente examinada y reconocida, limpiarla exteriormente, para librarla de todo cuerpo extraño que pudiera adherirse accidentalmente a la superficie. En suma: la materia debe ser reducida a sí misma.

Y es de manera análoga que el recipiente es llamado a despojarse de todo lo que posee artificialmente: él también debe quedar estrictamente reducido a sí mismo.

En este estado de inocencia primitiva, de candor filosófico reencontrado, el sujeto es encerrado en un espacio reducido, donde no penetra ninguna luz exterior. Es el Gabinete de Reflexión, que corresponde al recinto del alquimista, a su Huevo Filosófico herméticamente cerrado. El profano encuentra allí la tumba tenebrosa, donde voluntariamente, debe morir a su existencia pasada. Descomponiendo las capas que se oponen a la libre expansión del germen de la individualidad, esta muerte simbólica es preludio del nacimiento del ser nuevo, que será el Iniciado. Este nace de la putrefacción, representada por el color negro de los alquimistas.

El ritual masónico establece que, entre los objetos encerrados en la cámara de reflexiones, debe haber dos recipientes conteniendo el uno Sal y, el otro Azufre. ¿Por qué? Era imposible contestar sin dirigirse a la teoría de los tres principios alquímicos: Azufre, Mercurio y Sal.

El Azufre Q corresponde en efecto a la energía expansiva que parte del centro de todo ser (Columna J∴ rojo, iniciativa individual). Su acción se opone a la de Mercurio ☿ que penetra en todas las cosas por una influencia que proviene del exterior (columna B∴ blanca, receptividad, sensibilidad). Estas dos fuerzas antagónicas se equilibran en la Sal G principio de cristalización, que representa la parte estable del ser, aquella donde la condensación se efectúa en la zona donde las emanaciones sulfurosas escapan a la comprensión mercurial ambiental.



Por sumarias que sean estas indicaciones no justifican menos la práctica ritual en lo concerniente a la Sal y el Azufre. La exclusión de Mercurio se impone en efecto, porque el Recipendario de realizar el aislamiento total. Para llegar a conocerse, según el principio socrático **Gnw qi seauton** es necesario que haga abstracción de todo lo que le es exterior, a fin de absorberse en sí mismo y de encontrarse finalmente en presencia del centro de su individualidad.

Esta operación corresponde a la prueba de la Tierra, representada poéticamente por un descenso a los Infiernos, a la cual hace alusión la palabra **VITRIOLO,** cuyas letras forman las iniciales de una fórmula muy querida para los alquimistas: **VISITRA INTERIORA TERRAE RECTIFICANDO INVENIES OCCULTUM LAPIDEM.** Visita el interior de la Tierra (las tinieblas infernales, el Scheol de los judíos, el Aral de los caldeos) y, rectificando (por medio de purificaciones integrales y reiteradas) encontrarás la Piedra Escondida.

Esta piedra es un símbolo esencialmente masónico, y es probable que los alquimistas hayan tomado este emblema de los Iniciados constructores.

En efecto, normalmente una piedra no está en su lugar en un simbolismo de metalurgistas; por el contrario, es natural que sea limpiada y cuidadosamente tallada y pulida por los masones. Por otra parte, éstos tienen muchos menos misterios en relación a su Piedra que los hermetistas. Por esto declaran sin ambages que su Piedra bruta es el mismo Iniciado en su primer estado. Este se adiestra en tanto que Aprendiz, a fin de tener merecimientos para llegar a ser Compañero, por el solo hecho de su transformación en Piedra cúbica. Rectangulada rigurosamente, esta Piedra posee, al menos en potencia, todas las virtudes de la famosa Piedra filosofal. Pero es menester poseer el Arte integralmente, ser Obrero perfecto o Maestro, para realizar las transmutaciones.

Naturalmente, éstas no se aplican a la producción de tesoros de un valor puramente convencional. Se trata aquí de realizaciones mucho más preciosas que las que pueden tentar a los codiciosos.

Dejado a sí mismo, privado de toda ayuda, el sujeto encerrado en el Huevo filosófico no demora en ser presa de la tristeza. Languidece: sus fuerzas lo abandonan, y empieza la descomposición. Bajo la influencia de ésta, lo sutil se desprende de lo espeso. Es la primera fase de la prueba del Aire. Después de descender hasta el centro del mundo, donde están las raíces de toda individualidad, el espíritu asciende: se eleva, aligerado del ***caput***

mortuum que está ennegrecido en el fondo del vaso hermético. Este residuo está representado por las vestimentas, de las cuales ha debido librarse el recipiendario para salir de su in pace. Ahora podrá abrirse un camino en medio de la oscuridad, sin dejarse asustar por los obstáculos que se multiplican. Las alturas atraen: huyendo del infierno, él quiere ganar el cielo y se empecina en subir la pendiente abrupta de la montaña ideal, cuya cumbre debe resplandecer de luz.

Su ascenso se ve interrumpido por una terrible tormenta, que estalla bruscamente. Estalla el trueno y el torbellino de un huracán envuelve al temerario, que, precipitado a través de los aires, es arrastrado hasta su punto de partida.

Es ésta una imagen de la circulación que se establece en el vaso cerrado del alquimista, recipiente al cual corresponde la Logia, cubierta por lo general. El recipiente, sometido a las pruebas, reproduce a su manera el desdoblamiento del sujeto alquímico, cuya emanación volátil se desprende a medida que se eleva, hasta que el frío de las alturas la condensa. De aquí surge una lluvia que lava el residuo pútrido, cuya ablución progresiva aparece en la Alquimia con el nombre de purificación por el agua, que él mismo realiza, en la masonería, después de abandonar la tumba funeraria en la cual ha debido morir simbólicamente. Si no puede evitarse cierta confusión al respecto, esto se debe a que las operaciones de la Gran Obra se realizan todas en el mismo vaso, mientras que las distintas fases de la iniciación masónica se desarrollan en una serie de locales apropiados. Esta divergencia es insignificante desde el punto de vista esotérico, pero es menester tenerla en cuenta cuando se establecen relaciones entre los símbolos usados por unos y otros.

Alternativamente evaporada por la acción del fuego, después condensada por el frío, el Agua atraviesa incesantemente la parte terrosa del sujeto, al cual los lavados repetidos hacen pasar insensiblemente del negro al gris y finalmente al blanco, no sin antes hacerle adquirir, en un momento dado, toda la gama de brillantes matices de la cola del pavo real.

Cuando alcanza el blanco, la materia purificada es muy preciosa. Es el símbolo del sabio que sabe resistir a todos los impulsos. Pero es muy importante no contentarse con las virtudes negativas únicamente; queda por soportar la prueba del Fuego.

Para el alquimista se trata de la calcinación del sujeto, que es expuesto a un calor tan intenso que todo en él se quema, a pesar de que la destrucción sólo alcanza a la parte de él que debe ser destruida.

Desde el punto de vista iniciático, esta parte está formada por los gérmenes de pasiones mezquinas, los indicios de estrecho egoísmo, los residuos de bajeza o de corrupción. La Sal queda completamente purificada: su transparencia es perfecta, pues ya ninguna sustancia extraña se mezcla a los cristales. Mientras el Recipiendario no alcanza el estado correspondiente, no lo alcanza la luz masónica. Es necesario, pues, que se concluya el ciclo de sus purificaciones para que la venda simbólica le caiga de los ojos, pues la claridad no puede penetrar en él si no se vuelve permeable a su irradiación. Todas las pruebas de primer grado toman en cuenta esta permeabilización de las envolturas terrestres o salinas, que aíslan al centro del fuego interno, fuente del ardor sulfuroso o individual. Liberar la luz interior, exaltarla, para quebrar la costra que la oculta y tiende a sofocarla, tal es el programa de la Obra Simple o de la Medicina de Primer Orden, o sea del grado de Aprendiz.

Este grado se limita a hacernos ver la Luz exterior o universal. Nos pone sencillamente en relación con esta fuente de iluminación en que debemos, como Compañeros, inspirarnos en la Gnosis, con todas sus prerrogativas iniciáticas. Trayendo hacia nosotros y saturándonos de esa Luz ambiente, que Paracelso llamó sideral o astral, obtendremos el color rojo de la Obra, el cual es un signo de realización de la Piedra perfecta, que llamamos cúbica.

La Piedra filosofal es una Sal G perfectamente purificada, que coagula al Mercurio □a fin de fijarlo en un Azufre Q extremadamente activo.

Esta fórmula sintética resume la Gran Obra en tres operaciones que son la purificación de la Sal G, la coagulación del Mercurio ☿ y la fijación del Azufre Q.

Hemos indicado aquí las fases de la primera de las operaciones, que en masonería se vinculan con el grado de Aprendiz. Nos queda por demostrar la forma en que la Obra prepara para el grado de Compañero, y cómo termina con la Maestría. Este último grado nos aparece como la coronación de la jerarquía iniciática, lo que parece negar todo valor a los grados llamados superiores, que muchas veces han sido representados como agregados inútiles y perniciosos.

De pasada, conviene poner a este respecto las cosas en su sitio.

La totalidad del esoterismo masónico se concentra en los tres grados que llaman de San Juan, si sabemos comprenderlos en toda su amplitud. Por desgracia, son estos grados demasiado profundos, y por lo tanto, no están al alcance de las inteligencias medias. Por lo tanto, fue en atención a los espíritus

mediocres que los grados se multiplicaron durante el curso del siglo XVIII. Extrayendo el contenido esotérico condensado en los tres primeros grados, ha habido un esfuerzo por que se comprendiera, empleando nuevas formas y recurriendo a alegorías variadas, los fundamentos de la doctrina, olvidando las imágenes que se refieren propiamente al arte de la construcción. Es así que se ha pretendido que los grados elevados eran caballerescos, templarios, alquímicos, cabalísticos, etc., en una palabra: todo menos masónico.

Si no fuera necesario considerar a la masonería nada más que desde el punto de vista abstracto o teórico, estos críticos severos, que han protestado contra la "embriaguez de las altas cumbres", tendrían mucha razón. Pero hay que tomar en cuenta las contingencias, y mostrarse indulgente con lo que trata de ayudar a la debilidad humana. La mayor parte de los adeptos del Arte Real se contentan con recibir los grados simbólicos; pero, como no llegan a asimilarlos, nunca los poseen efectivamente. Ellos están en posesión de un tesoro, pero ignorar el valor del mismo y no le saca partido. Ahora bien, los grados elevados no tienen otra misión fuera de hacer comprender esotéricamente los tres grados fundamentales de la francmasonería.

No tienen la pretensión de revelar secretos nuevos, extraños a la masonería simbólica: toda su ambición se limita, al contrario, a comprender bien a ésta, a valorizarla en el espíritu de sus adeptos, a convencerlos de la importancia del Aprendizaje, para que se conviertan en Compañeros de verdad, que puedan aspirar a la verdadera Maestría. Este último grado corresponde necesariamente a un ideal que se nos propone, al cual debemos tender, aunque su realización no está a nuestro alcance. Nuestro Templo no se podrá terminar nunca, y nadie puede aspirar a que resucite plenamente en él el auténtico y eterno Hiram.

Volvamos ahora a las operaciones de la Gran Obra.

Hemos visto que la purificación integral de la Sal r es realizada por el masón en el curso de su Aprendizaje. Terminada esta purificación, empieza la Camaradería. Entonces se manifiesta el color rojo, que es el que el ritual atribuye a las tinturas de la cámara de los Compañeros. El adepto del 2do. grado debe exteriorizar, efectivamente, su ardor sulfuroso F, su Fuego interior, constructivo y realizador, al cual alude la columna J., activa, roja y masculina. Como es lógico, el Aprendiz recibe su salario junto a esta columna, a la cual llega después de cumplir su aprendizaje. Para vencer en sus pruebas, ha tenido que desarrollar una actividad constante, a fin de rechazar las influencias exteriores que tendían a dominarle. La prueba del Fuego entraña la exaltación

del Azufre F, cuyo ardor penetra en el Recipiente, a fin de constituir finalmente en él una atmósfera ígnea. En estas condiciones, el rojo conviene sin duda al mismo Aprendiz, y aún más a la columna J., a la cual debe acercarse para ser recibido como Compañero. Pero la Logia del primer grado debe estar cubierta de azul, pues representa al Universo en su inmensidad ilimitada.

En cuanto a la Cámara del Compañero, techada de rojo, representa un dominio mucho más restringido: la esfera de acción de nuestra individualidad medida por la extensión de nuestra radiación sulfurosa.

Esta radiación engendra una especie de medio refringente, que refracta la luz difusa ambiente para concentrarla en el centro espiritual del sujeto. Este es el mecanismo de la iluminación, del cual se benefician los que han visto brillar la Estrella Resplandeciente.

La Iniciación se convierte en la vestal de este Fuego interior, Principio de toda individualidad. Sabe mantenerlo mientras éste yace bajo las cenizas; después aprende a alimentarlo en forma apropiada y lo atiza finalmente para que venza los obstáculos que lo rodean y que pretenden reducirlo al aislamiento. En efecto, es importante que el Hijo se ponga en relación con el Padre, que el Interior F comunique con el Exterior, es decir, que el individuo entre en comunión con la Colectividad de la cual proviene.

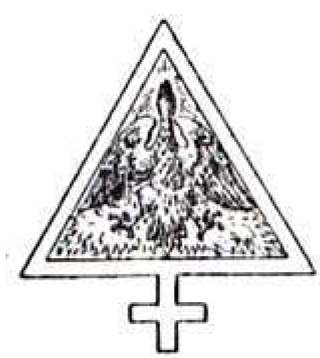
Librados únicamente a nuestros recursos personales, sólo podemos obrar sobre nosotros mismos. Asimismo, esto es lo que se nos pide en nuestra condición de Aprendices. Pero una vez que nuestra Piedra bruta está desbastada, tallada y pulida de acuerdo con las reglas, ya no tenemos que ocuparnos de nuestra personalidad que, desde el punto de vista de la purificación de la Sal r, es ya lo que debe ser.

Pero en cuanto está perfeccionado el instrumento de acción, debemos actuar sobre lo que nos es exterior e iniciar así el trabajo propiamente dicho, al cual nos dedicamos como Obreros o Compañeros.

Pero lo que realizaríamos en nuestra condición de tales sería insignificante: debemos poseer el secreto de apelar a fuerzas que son exteriores a nosotros. ¿En dónde absorber estas fuerzas misteriosas? ¿No será en la Columna B., cuyo nombre significa: En él está la fuerza? Elevada ante el norte, frente a la luna, de la cual refleja la blancura suave y femenina, esta columna corresponde al Mercurio de los alquimistas, principio de esa esencia vivificante que penetra en los seres para animar continuamente en ellos el ardor central F.

Cuando este ardor se exterioriza con violencia, como lo exige la rubefacción de la materia (prueba del Fuego), surge en el centro un vacío relativo que, obrando como un imán, ejerce una atracción sobre el Acero de los Sabios F. Esta sustancia, cuyo ideograma combina el Azufre con el Alumbre 9, o el Fuego con el Antimonio, corresponde al manto llameante que envuelve al Iniciado cuando es purificado por el Fuego. Es la atmósfera etérea o el nimbo ígneo, que sirve de receptáculo a las virtudes superiores. Los adeptos han visto en él “la clave de toda la obra filosófica, el milagro del mundo, que Dios ha marcado con su sello”. Y añaden que es la mina de oro filosófica, un espíritu primordialmente puro, un fuego infernal y secreto, muy volátil en su género, asimilable a la quintaesencia de las cosas del Universo.

Este Fuego exteriorizado o celestial es uno de los dos aspectos actuales, o efectivamente activos, de la Gran Obra; el otro es el Fuego central, que se exalta hasta el punto de ser atractivo para el primero, como un imán. Se establece entonces una circulación, por la cual los dos agentes se reducen a uno solo, que es el Fuego filosófico, del cual se habla en la Mesa de Esmeralda, cuando allí leemos: “El (el agente hermético por excelencia) sube de la Tierra al Cielo y después baja del Cielo a la Tierra, y recibe la fuerza de las cosas de arriba y de abajo. Tendrás así la gloria del universo entero; de este modo, toda oscuridad te abandonará. En esto reside la fuerza bruta de toda fuerza que habrá de vencer todas las cosas sutiles y habrá de penetrar toda cosa sólida”.



El Fuego filosófico es mantenido por el Azufre rojo de los Sabios, cuya imagen es el Fénix que renace continuamente de sus cenizas. Si este pájaro fabuloso, de plumaje escarlata, era consagrado al Sol, es porque representaba el principio de la fijeza individual. Además, desde el punto de vista iniciático, simboliza en forma más especial, la inmutabilidad adquirida por el adepto, cuya iniciativa individual se ejerce en perfecto acuerdo con la impulsión que todo constructor recibe del poder regulador de la construcción universal, dicho de otro modo, del gran Arquitecto del Universo.

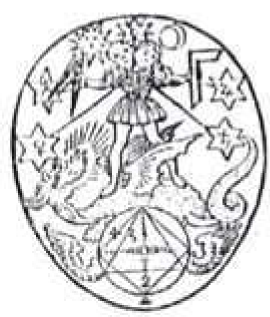
Para el Compañero que tiene la ambición de saber trabajar, se trata de transformar al Fénix. Si no lo logra, no será nunca más que un obrero mediocre, y es justamente por esto que se dirá de él: “no es un Fénix”.

Por otra parte, trabajar no quiere decir agitarse mucho, gastando brutalmente las fuerzas, como los cíclopes, cuya falta de discernimiento está simbolizada por el ojo único que les atribuye la mitología. El Iniciado trabaja con inteligencia, iluminado por esa comprensión que le permite asimilarse a la Gnosis. En esto no ha de ser siempre activo (como el cíclope) pues para entender es necesario volverse pasivo o receptivo desde el punto de vista intelectual. La condición indispensable de toda acción fecunda es la combinación acertada de la actividad y la pasividad.

Es por esta razón que el Compañero debe poseer profundamente la teoría de las dos columnas, mientras que el Aprendiz sólo tiene que conocer la suya, cuyo nombre deletrea penosamente.

El Iniciado, que en cierto sentido se vuelve andrógino, porque en él se unen la energía viril con la sensibilidad femenina, se representa en alquimia con el Rebis (de resbina, la cosa doble). Esta sustancia, a la vez masculina y femenina, es un Mercurio ☿ animado por su Azufre F y transformado por ello en Azoe ☿, es decir, en esa Quintaesencia de los elementos (quintaesencia, simbolizada por la Estrella Resplandeciente.

Conviene observar que este astro siempre está colocado de tal manera que recibe la doble irradiación del Sol masculino s y de la Luna femenina; su luz tiene por lo tanto una naturaleza bisexuada, andrógina o hermafrodita. Por otra parte, el Rebis corresponde a la Materia preparada para la Obra definitiva, o sea al Compañero que se ha hecho digno de elevarse hasta la Maestría.



En este sentido, nada es más curioso que un pentáculo aparecido hacia 1659-60 en el tratado del Azoe que continúa las Doce claves de Filosofía del hermano Basilio Valentín, religioso de la Orden de San Benito. Como puede juzgarse por la copia que mostramos aquí del grabado en madera original, el Andrógino alquímico aparece como triunfador del dragón de la vida elemental, o sea como Iniciado de segundo grado, vencedor del cuaternario de los elementos. Una de sus cabezas está gobernada por el Sol s (Razón) y la otra por la Luna ☽ (Imaginación); entre ellas se muestra la estrella de

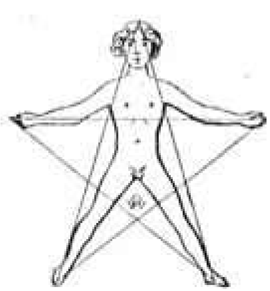
Mercurio ☿ (Inteligencia, Comprensión, Gnosis). Marte ♂ y Venus ♀ (Hierro y Cobre, metales duros) ejercen luego su influencia sobre el lado derecho (actividad); el lado izquierdo (pasividad) recibe influencia de Júpiter ♃ □ y de Saturno ♄ (Estaño y Plomo, metales blandos). Marte ♂ (Energía, Movimiento, Acción) está por otra parte en relación directa con el brazo derecho, que golpeando, ejecuta el acto decidido, mientras que el brazo izquierdo, que tiene la misión de retener la escuadra firmemente, y de mantener moralmente, se vincula a Júpiter ♃ (Conciencia, Respeto de sí mismo). En todo esto no habría más que hermetismo puro si no fuera que para subrayar la dualidad unificada del Rebis, su personificación tiene en la mano derecha un Compás (Verdad, Razón, Intelectualidad) y en la izquierda una Escuadra (Equidad, Sentimiento, Moralidad).

Uno se sorprende de encontrar estos emblemas típicos del arte real en un opúsculo que pretende enseñar “la manera de hacer el oro oculto de los filósofos” y cuyo autor vivía en una época muy anterior al renacimiento de la francmasonería moderna.

El adepto no puede realizar el Rebis sin haber dominado las atracciones elementales. Todo lo que en él hay de inferior, de brutal y de bajamente instintivo debe ser domeñado antes de que le sea permitido llamar al Fuego del Cielo para incorporárselo. En otras palabras, se trata de sobrepasar la animalidad para poner al Hombre propiamente dicho en posesión de sí mismo. Ahora bien, el Pentagrama o la Estrella Resplandeciente son justamente emblemas del Hombre librado de todo lo que le impide ser Hombre únicamente, y plenamente Hombre.

Los cinco puntos de esta figura, llamada también Estrella del Microcosmos, corresponden a los cuatro miembros y a la cabeza del hombre.

Y de la misma manera que los miembros ejecutan lo que la cabeza ordena, el Pentagrama también es símbolo de la voluntad soberana, a la que nada puede resistirse, siempre que sea inquebrantable, justa y desinteresada.



Para que la estrella de cinco puntas conserve esa significación, es necesario que se la trace de manera que pueda dibujarse dentro de ella una figura humana en posición normal, con la cabeza en alto. Al revés, toma un sentido diametralmente opuesto.

No es ya el Pentalfa luminoso o Estrella de los Magos, emblema del genio humano y de la libertad, sino más bien el oscuro astro de los instintos groseros, de los ardores lúbricos que subyugan a los animales; se ve en ella el esquema de una cabeza de macho cabrío.



Desde el punto de vista iniciático, poseer el Compañerazgo significa ya poder realizar lo que el vulgo llama milagros. Provisto de la Regla y de la Palanca, el Iniciado levanta el mundo, el mundo moral, naturalmente, que es por otra parte, el único que importa levantar.

¿Qué hará el Maestro luego?. Se identificará con el Gran Arquitecto del Universo, para actuar en El y por El. Evidentemente se trata de la mística pura, estoy de acuerdo. Pero esto tiende a probar que la mística religiosa concuerda en sus finalidades con la alta iniciación. Procediendo por los tres caminos sucesivos, llamados purgativo, iluminativo y unitivo, la mística no es menos lógica que imponiendo sus modificaciones que, si estuvieran bien comprendidas, cumplirían la misma finalidad que las pruebas iniciáticas. Mortificarse — la palabra lo dice — significa morir para alguna cosa. Dos veces se nos impone la muerte en la Masonería, una vez al principio de nuestra carrera, en el Gabinete de Reflexión, después en el momento de la iniciación definitiva y completa en la Cámara del Medio.

Esta segunda muerte corresponde al cumplimiento de la Gran Obra. Equivale al sacrificio total de sí mismo, basado en la renuncia a todo deseo personal. Es la extinción del Egoísmo radical, que provoca la caída adánica, ejerciendo sobre la espiritualidad la Atracción original, para determinarla a que se incorpore a la materia. El Yo estrecho, mezquino, se desvanece frente al Ser superior, impersonal, que simboliza Hiram. El pecado mítico del Adán universal es así rescatado. Porque no hay que equivocarse: el Arquitecto del Templo es para el Gran Arquitecto del Universo lo que el Verbo encarnado, o Cristo, es para el Padre Eterno de la concepción cristiana[16].

La fijación del Azufre filosófico, llamado de otro modo Matriz, está representado por el suplicio de Prometeo, encadenado al Cáucaso por haber robado el Fuego del Cielo, y también por el Cristo Redentor, colgado de tres clavos al cuaternario de las ramas de la cruz.

---

[16] El Dr. Lauer señala en este sentido las siguientes correspondencias: Hiram – Hermes – Logos – Cristo – JHSVH; G.·. A.·. de la U.·. – Zeus/Pater – Demiurgo – Padre – JHVH.

El Tarot no es menos explícito en este sentido. Su duodécima llave nos ofrece, en efecto, la imagen de un Colgado que se balancea sonriente entre el cielo y la tierra. Está unido por el pie izquierdo a un travesaño que sostienen dos árboles sin ramas, que corresponde a las columnas J∴ y B∴.

La Cabeza y los brazos forman un triángulo al revés, que se eleva sobre una cruz formada por la pierna derecha plegada detrás de la izquierda, conjunto que forma así el signo clásico de cumplimiento de la Gran Obra. Este extraño condenado lleva dos bolsas, de donde escapan monedas de oro y plata. Son los tesoros de su inteligencia, porque ese soñador que parece reducido a la impotencia, porque sus manos están atadas, siembra de todos modos las ideas fecundas de las cuales surgirá el porvenir.

Este es también el papel del Maestro, que, para dirigir útilmente el trabajo de la construcción universal, debe entrar en una estrecha comunión de intención y de voluntad con el Gran Arquitecto. Es aquí llamado a realizar el ideal místico del Hombre-Dios, que está investido de soberano poder espiritual, en razón de su desprendimiento de las cosas de abajo[17]. No siendo ya esclavo de nada, se convierte en amo de todo y su voluntad sólo se ejerce en perfecto acuerdo con la voluntad que rige el Universo.

Colocado entre lo Abstracto y lo Concreto, entre la Inteligencia creadora y la Creación objetiva, el Hombre así concebido aparece como Mediador por excelencia o el verdadero Demiurgo de las escuelas gnósticas. Pero en este sentido, no bastará llevar la luz a su fuente primordial, le es necesario todavía estar unido de manera estrecha a los obreros que debe formar y dirigir. El vínculo indispensable es aquí el de la simpatía. El maestro debe hacerse amar, y no podrá tener éxito más que amando él mismo con una generosidad que lo lleve hasta la devoción absoluta, hasta el sacrificio de sí mismo.



El Pelícano es desde este punto de vista el emblema de esa caridad, sin la cual, en la iniciación, todo sería irremediablemente vano.

[17] **Y de su unión con las cosas de arriba, como lo indica el *Colgado*.**

Los dones más brillantes de la inteligencia y de la voluntad no harán nunca otra cosa que un falso mago del adepto que no haya cultivado las cualidades de su corazón. En cuanto a la recompensa de aquel que por el sentimiento se ha elevado tanto como por la ciencia, reside en la Escuadra de Salomón.



Los dos triángulos entrelazados forman la Estrella del Macrocosmos o del Mundo en Grande. Simbolizan la unión del Padre y de la Madre, de Dios y de la Naturaleza, del Espíritu único y del Alma universal, del Fuego procreador y del Agua generadora. Es el pentáculo por excelencia, el signo del poder al cual nada resiste, y que poseeremos si alcanzamos efectivamente el grado de Maestro.



ALGUNAS ACLARACIONES SOBRE LA MEDICINA OCULTA

La Medicina Oculta se basa en el conocimiento del hombre, en lo que éste tiene de invisible y de inexplorable por la ciencia oficial de nuestros días. Esta medicina emplea medios que parecen irracionales a quienes no están iniciados en las leyes secretas que gobiernan la naturaleza.

Estas leyes han sido analizadas, en lo que se refiere a su aplicación práctica, por los sabios intuitivos de la más remota antigüedad. Más adelante han inspirado la ciencia tradicional, que se conoce con el nombre de Magia.

Este es, en efecto, un conocimiento serio, profundo, arduo, difícil de asimilar, aunque sólo sea en teoría: tanto más temerario es llevarlo a la práctica. Hay ciertas condiciones de orden intelectual, moral y físico que deben cumplir los que aspiran a levantar el velo de los misterios que la prudente naturaleza esconde a los ojos del común de los mortales. Las Ciencias Ocultas constituyen un laberinto en el cual se pierde el imprudente que se aventura sin una preparación adecuada. Pone en peligro su razón, su equilibrio fisiológico, su salud, sin hablar de su fortuna o la salvación de su alma.

Esto no quiere decir que la Iniciación no pueda ser emprendida por los espíritus valientes que aceptan sus riesgos. Los que tienen la vocación llegarán a la iluminación, pero tendrán que pasar por arduas pruebas. No pensamos aquí en las ceremonias más o menos extrañas y aterradoras de las asociaciones iniciáticas, ni en los exámenes que se imponen a los candidatos de las escuelas profanas. Es en espíritu y en verdad que conviene hacerse ***iniciable;*** si uno se limitara a las apariencias y a las formas exteriores, el resultado no sería más que una engañosa ilusión. Si tantas personas extraviadas han caído en los errores de una falsa magia es porque, satisfechas de sí mismas, han creído que podían evitar las pruebas de rigor. Impacientes por conocer, no se han vuelto refractarias a lo falso antes de atraer hacia ellas mismas lo que consideraban verdadero. De aquí se deduce que se han equivocado y que han construido demasiado rápidamente sobre un terreno aún no despejado. Como no hay peor error que la verdad mal entendida, el iniciado presuntuoso y equivocado deshonra a la Iniciación. Inclusive puede caer en la perversión corruptora de las cosas mejores, justificando la máxima: ***corruption optimi pessima.***

Temiendo cualquier forma de profanación, los verdaderos iniciados siempre se han impuesto la disciplina del silencio. Sólo han hablado

imponiéndose una prudente reserva y únicamente en presencia de discípulos probados. Sin embargo, la verdad reconocida debía ser puesta al alcance de quienes están en condiciones de apreciarla. Es así que las mitologías y los ***poemas*** más antiguos contienen enseñanzas misteriosas, que se encuentran en las tradiciones religiosas de todos los pueblos, en los emblemas usados por los diferentes cultos y hasta en las fábulas o cuentos de hadas de las leyendas populares.

"Los que se parecen, se unen entre ellos": esto siempre ha sido cierto. Desde el momento en que se han constituido las sociedades humanas, siempre ha habido en el seno de ellas, grupos particulares reservados a los especialistas. Los taumaturgos primitivos tenían dotes de adivinación y curaban a los enfermos, y se asociaron entre ellos para instruirse recíprocamente y transmitirse sus misteriosos poderes; éste fue el origen de todas las asociaciones iniciáticas, que se formaban en condiciones determinadas y practicaban ritos más o menos secretos.

Salidas de la misma base primitiva, estas diversas asociaciones se diferenciaban entre ellas de acuerdo con el fin perseguido. Unas tenían por objeto el desarrollo, el ejercicio y la transmisión de los poderes mágicos latentes en la naturaleza humana. Otras pretendían iniciar en los secretos de los dioses y los misterios del otro mundo: fueron los creadores de las escuelas sacerdotales. A estos místicos, que desdeñaban el trabajo, se oponían los trabajadores, orgullosos de sus iniciaciones profesionales, a las cuales se vinculaban las religiones de profesión, que glorificaban y santificaban el trabajo; después estaban los filósofos que ansiaban descubrir verdades inaccesibles al vulgo. También ellos se organizaron en atención a su disciplina y a sus búsquedas. Y se llamaron adeptos de un arte superior a todos, el arte de pensar, que se convirtió en el ***Gran Arte,*** aplicable a la ***Gran Obra.***

Ese ***Trabajo supremo,*** en efecto, no es otro que el que se cumple eternamente en la creación divina, sometida a la ley de evolución y de constante progreso. Para asociarse a ese trabajo, el Sabio se esfuerza en realizar en sí mismo toda la perfección de la cual es susceptible la naturaleza humana. No queda en estado de ***Piedra bruta*** y se talla a sí mismo en Piedra rigurosamente cúbica, en otras palabras, en ***Piedra filosofal.***

Los símbolos que usaban los antiguos constructores concuerdan, en efecto, con los de los alquimistas, al menos en lo que a la Piedra se refiere, que, según Eliphas Levi, el genial ocultista del siglo pasado, representa "en el orden divino, la religión verdadera; en el orden humano, la verdadera ciencia

universal, cuadrada en su fundamento, sólida como el cubo, absoluta como las matemáticas; en el orden natural, la verdadera física, la que hace posible para el hombre la realeza y el sacerdocio de la naturaleza, convirtiéndolo en rey y sacerdote de la ***Luz*** que perfecciona el alma y termina las formas, cambia las bestias en hombres, las espinas en rosas y el plomo en oro".

Los espíritus groseros no recuerdan más que esta última atribución. Personas incomprensivas se libraron, pues, a manipulaciones químicas, sin darse cuenta que el lenguaje de los filósofos herméticos no debe tomarse al pie de la letra. Sin embargo, ellos podían decir que "los metales de los filósofos no son los metales vulgares", que su Azufre, su Mercurio y su Sal no tienen nada en común con las sustancias generalmente designadas así, que su ***Fuego,*** finalmente, no es el de las cocinas, las forjas o las usinas.

Todo el simbolismo hermético se refiere a lo que está oculto, especialmente a las fuerzas que los Sabios deben poner en acción con un objetivo mucho más digno de sus preocupaciones y de sus afanes que la transmutación de los metales ordinarios, cosa que glorificaron los avarientos.

Es posible que el oro maleable haya sido producido realmente, porque el dogma de la fijación de los cuerpos simples ha perdido autoridad científica. Pero la industria de las transmutaciones se sitúa de todos modos, junto al desdén profesado por todo filósofo verdadero, a toda riqueza perecedera. Para el Iniciado el Oro es sólo un símbolo de perfección, el medio de ejercer una acción bienhechora para los seres humanos, aclarándolos, para moralizarlos y evitarles los males de que sufren. ***Curar*** era el objeto de la Gran Obra, que se aplicaba a la ***Medicina Universal.***

La panacea que remediaba todos los males intelectuales, morales o físicos, residía en la Piedra Filosofal, preparación que no debemos buscar fuera del hombre mismo: porque la Piedra que se talla por sus propios medios no es otra que la individualidad humana. El aprendiz masón trabaja sobre sí mismo cuando, armado del Cuchillo y de la Red, despoja su Piedra bruta de asperezas. Cuando se ha convertido en Piedra cúbica rectangular y pulida, ha llegado a ser Compañero; después corona su carrera de iniciado con el Maestrazgo, que exige de él las virtudes que se atribuyen a la Piedra filosofal.

Por tanto, ésta representa un ***estado,*** **una** ***manera de ser*** del Sabio completo.

En este estado se realizan maravillas, porque nada, en el reino de la realización del bien, es imposible al hombre instruido en el mecanismo de todas las posibilidades. Indudablemente la ***teoría*** es más fácil de aprehender,

mucho más en todo caso que la ***práctica*** efectiva del Arte. Los principios de la Ciencia son abordables y las reglas a seguir se formulan sin dificultad. Pero la aplicación de los unos y de las otras exige un raro talento, el único que conduce al verdadero ***Magisterio de los Sabios.***

No olvidemos que se trata de curar todas las enfermedades, tanto las del ***espíritu*** como las del ***alma,*** y también las del ***cuerpo,*** ya sean enfermedades de individuos aislados o de colectividades, porque el mal social corresponde a la Medicina universal, al igual que las enfermedades de los seres particulares. El ***Arte*** de aquí es el de los ***sacerdotes*** y los ***reyes,*** considerados como agentes de una suprema armonía, que todo adepto debe realizar en sí mismo, a fin de poder después armonizar a los demás.

Lo que comúnmente llamamos ***Medicina Oculta*** es la aplicación del ***Gran arte*** de los Iniciados. La terapéutica basada en la influencia que un sistema nervioso ejerce sobre otro no representa más que una rama aislada de la práctica operatoria familiar a los iniciados más antiguos. Nuestros magnetizadores encuentran colegas en toda tribu salvaje. Los efectos de la imaginación igualmente han sido explotados desde los tiempos más antiguos por sugestionadores que apenas tomaban en cuenta la teoría; eran muy poderosos, porque estaban ellos mismos sugestionados en alto grado.

Pero un empirismo grosero domina el pasado, que se ha debatido en la penumbra de las creencias, sin llegar a la luz de la ciencia razonada. Los mismos Iniciados no se hacían ninguna ilusión sobre la importancia de sus conocimientos. El discernimiento los instruía sobre todo negativamente, de ahí la confesión del Sabio verdadero, reconociendo que no sabe nada. Sin saber con precisión llega, al menos, a adivinar, a entrever y a sospechar preciosas verdades, justificadas por una larga experiencia. Así nació la ***Tradición,*** que ha seguido siendo vaga, pero en la que se inspira todo investigador serio de conocimientos ocultos.

Esta ***Tradición verdadera*** no ha sido jamás formulada en doctrina; no está consignada en ningún libro, y nadie puede recibirla de boca a oreja: lo objetivamente transmisible no es nada más que humo, no luz.

La ***Claridad espiritual*** no se comunica como la llama de una hoguera. Nuestro espíritu no es una lámpara que se ilumina artificialmente: es un hogar que, por sí mismo, debe vencer la oscuridad para que, dejando de arder bajo las cenizas, pueda arder y brillar libremente.

Enseñar a conquistar la luz es el objeto de la ***Iniciación propiamente*** dicha, que se eleva por encima de las múltiples iniciaciones de detalle, sobre

las aplicaciones de procedimientos iniciáticos y sobre las enseñanzas de importancia secundaria. De este orden son las iniciaciones formalistas, que impresionan sin embargo útilmente dentro de su reino restringido. Su modestia las coloca por encima de las iniciaciones ocultistas, que proceden muchas veces de ambiciones mezquinas: deseo de brillar por conocimientos ignorados de las masas, ambición de poseer poderes excepcionales. El verdadero Iniciado sólo aspira a iluminarse para poder actuar al servicio de la realización de un gran bien. No tiene curiosidad por nada extraordinario, sólo quiere guardar silencio, sin hacerse valorar jamás, mientras se consagra oscuramente a la tarea que le ha sido asignada en la realización de la Gran Obra.

Desde los tiempos más remotos la conquista de la Luz ha sido enseñada por imágenes. Los poemas babilónicos más antiguos aluden[18] a esto, lo mismo que ciertos enigmas de la mitología. Los ***Hermetistas*** de la Edad Media han codificado en cierto modo estos conocimientos dispersos al describir las operaciones de la Gran Obra. Retomando el programa de la transmutación del plomo profano en oro iniciático, los ***Francmasones*** han adoptado ritos conforme a las más pura Tradición.

Misteriosamente creados por desconocidos, estos ritos son demasiados sabios para que puedan apreciarlos todos los adeptos de una asociación que cuenta con más de cuatro millones de adherentes. Por lo tanto, la Francmasonería participa de la suerte de las religiones: enseña, con ayuda de símbolos, cosas que son solo comprendidas por un grupo escogido. Tiende al progreso por medio de la ***Regeneración,*** que se parece a la ***Redención*** de la que hablan los cristianos. El ***Redentor*** de los Masones está representado por la ***Luz*** que, según el Evangelio, ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Esta Luz interior, llamada Logos, es decir Pensamiento-Razón, corresponde al ***Niño Filosófico*** de los discípulos de Hermes. Conviene ayudar a crecer al Dios nacido débil en nuestro intelecto oscurecido, de ahí las operaciones alegóricas del Magisterio de los Sabios y las pruebas prescritas por el ritual masónico.

Por una y otra parte se trata del ***Salvador del Género Humano*** que es menester criar en cada uno de nosotros, porque, según la convicción de los Sabios, el Padre celestial no interviene en la tierra sino por medio de su Hijo, encarnado en nosotros. Es porque tenemos en nosotros el germen de la Razón

---

[18] **Ver Paul Dhorme: *Choix de textes religieux assyro-babiloniens.* París, Gabalda, 1907.**

divina que nos volvemos razonables y buenos, generosos, entregados al bien de los demás.

Oro espiritual, Piedra filosofal, Panacea universal, representan la idea de un mismo remedio para todos los males que sufre la humanidad.

Para curar ¿Basta acaso tener confianza en un medicamento?. Esta es la creencia de los que predican las doctrinas de la fe. Los Iniciados no se atienen a la terapéutica sugestiva. Creen que el individuo debe aprender a curarse por sí mismo por medio de purificaciones destinadas a librarlo de todo lo que se opone a su salud física, moral e intelectual. Cuando está sano propagará la salud a su alrededor, como si fuera un contagio. Así, pagará la salud a su alrededor, como si fuera un contagio.

Así, pues, nada de ruidosa prédica contra los vicios: lo que debe hacerse es matar en uno mismo todo lo que sea vicioso. Es inútil convencer a otro de un punto de vista determinado; basta con vivir ejemplarmente, dejando a cada uno sus opiniones. Huir de la discusión y obrar bien, trabajar en todas las cosas para el bien general.

¿Cómo dudar de que estén ahí los principios de la ***Medicina Verdadera,*** que ejercen los que poseen la ***Piedra de los Sabios*?.** Buscad esa Piedra en vosotros mismos y la encontraréis; demandad la Luz en la sinceridad más honda de vuestro corazón, y la obtendréis; llamad finalmente a la puerta del santuario de la Tradición pura y la puerta se abrirá.

Pero contad con vosotros mismos, con vosotros buenos sentimientos, y no os dejéis confundir por pontífices charlatanes. ***Ora et labora.***



NOCIONES ELEMENTALES DE HERMETISMO

LOS TRES PRINCIPIOS

Es una tesis presentada ante la Facultad de Medicina de París, el doctor Ch. de Vauréal, en 1864, hizo mención de las teorías de los Alquimistas sobre los fermentos[19]. He aquí como comenzaban estas explicaciones:

"Los alquimistas hacen que todo derive de un primer principio: la Luz. La claridad y el calor no son más que los accidentes de este principio. Es el que forma el Aire y el Agua. Como el agua es el compuesto por excelencia, que puede unir lo volátil a lo fijo, lo tienen como Tales como el principio elemental de todas las sustancias que llamamos inorgánicas y orgánicas. La obra que se proponen es la misma obra de la creación, que se inició con el soplo de Dios sobre las aguas y el ***Fiat Lux.*** Pero no pretenden hacer algo de nada; sólo se proponen hallar de nuevo la materia primera o elemental, que para ellos no es la Tierra, sino el ***Azufre.*** Obtenido este Azufre, ellos quieren maridarlo con el volátil o el ***Mercurio*** mediante una serie de sublimaciones, con la finalidad de formar una materia espiritual, es decir, extremadamente activa: a ésta materia llaman la ***Piedra de los Sabios.***

"Proceden de la siguiente manera: hacen su paciente con una sustancia que no designan y lo tratan con un agente que llaman fuego, pero que en realidad es un agua en la cual creen haber condensado la luz astral. Este agente, según ellos, tiene un poder fermentativo y, mediante esfuerzos continuos, que ellos llaman los Trabajos de Hércules, confían en determinar la fermentación del paciente y su separación en Azufre y en Mercurio. Esta es la primera operación, que termina en ***Putrefacción,*** que llaman, por el color, el negro o las alas del cuervo. Pero no creen obtener de buenas a primeras su Azufre y su Mercurio; el primero está unido a una gran cantidad de escorias y el segundo se oculta en la Sal que se ha formado: sólo mediante sucesivas disoluciones, fermentaciones y sublimaciones es posible dar fin a la obra.

"Estas operaciones, que se supone logradas, han conseguido el mercurio blanco o ***agua viva***[20] y el Azufre que llaman Sangre de la Tierra o Sangre de Dragón; entonces se presenta un nuevo trabajo que consiste en unir el Azufre

---

[19] **Doctor Ch. de Vauréal: *Essai sur l'Histoire des Ferments, de leur raprochement avec les miasmes et les virus.* París, Adrien Delahaye, 1864.**

[20] ***Agua vitae, alcaold o alcohol, alkaest*** **significan lo mismo: una materia sutil, activa y pura que no es otra que el mercurio de los alquimistas.**

al Mercurio, o el hombre rojo a la mujer blanca, y es de esta unión que proviene la Medicina Universal de los filósofos herméticos".

Como la ***Luz primordial*** es el agente creador, no podemos concebirla más que irradiando simultáneamente por todas partes. Emana de un centro que no está localizado en parte alguna, pero que cada ser puede encontrar en sí mismo. Hay unidad en la multiplicidad, omnipresencia de la fuente infinita de toda existencia, de toda vida y de todo pensamiento.

En cada individuo, provenga del reino que provenga, la Luz universal se manifiesta como un hogar de energía expansiva. Hace arder en nosotros un fuego interno, mantenido por lo que los Alquimistas llaman ***Azufre*** F.

Este Fuego vital, inherente a toda célula orgánica y también a los átomos minerales, propaga indefinidamente sus rayos, de tal modo que, de todos los seres individualizados se desprende una radiación luminosa difundida a través del espacio. Este nuevo aspecto de la Luz, una en su esencia, toma en el Hermetismo el nombre de ***Mercurio*** ☿ porque, de la misma manera que ese metal se infiltra a través de los poros y tiende a penetrar hasta el centro mismo de los cuerpos orgánicos, se reconoce a la Luz ambiente como centrípeta y universalmente penetrante.

Pero hay distinción entre los rayos luminosos que se propagan desde adentro o desde afuera (Azufre F) y aquellos que, partiendo de adentro, se concentran en cada foco de emisión (Mercurio ☿). Pero ¿Cómo hablar de ***adentro*** y de ***afuera*** sin concebir un contenido intermedio, un límite donde los rayos opuestos se equilibran y se condensan por su estabilización? De esta concepción nace la ***Sal*** **P**, tercer aspecto de la Luz que llena el Universo, sin dejar lugar a las tinieblas negativas, que corresponden a una inconcebible Nada.

Azufre F, Mercurio ☿ y Sal ⊖ son los tres principios que los Sabios distinguen como absolutamente necesarios en todo lo que existe, porque no se puede imaginar nada que no tenga su sustancia propia, su esfera limitativa (Sal ⊖), sometida simultáneamente a las influencias internas (Azufre F) y externas (Mercurio ☿).

Considerado en su universalidad como el dinamismo etérico animador de todas las cosas, el Mercurio actuante toma el nombre de ***Azoth de los Sabios.*** Su ideograma se modifica entonces ligeramente: la media luna pasiva que lo corona deja paso al signo zodiacal del carnero ♈︎. Estamos tentados de decir que todo reside originariamente en ese Azoth, comienzo y fin de la

creación. Es el Soplo divino (Ruach Elohim) que desde toda la eternidad flota sobre las aguas salinas ⊖. es él quien se encarna en el seno de la sustancia virginal para hacer nacer la Luz redentora.

Más preciosa que todos los tesoros, esta Luz ilumina la conciencia y guía la voluntad. Nace de ***Mercurio*** (Soplo Divino) que penetra hasta el ***Azufre*** (centro de la iniciativa individual) a través de la envoltura purificada de la ***Sal*** (Personalidad anímica).

Las purificaciones iniciáticas atacan la capa opaca del centro sulfuroso; las abluciones repetidas vuelven transparentes las capas salinas libradas gradualmente del barro oscurecedor. Cumplida esta operación, cae la venda de los ojos del que se inicia, que en ese momento ve la Luz.

Está sobreentendido que ningún ceremonial tiene poder de conferir efectivamente la ***Luz Verdadera.*** En lo que se realiza ritualmente, todo es imagen y símbolo. Purifiquémonos en espíritu y en verdad si queremos conquistar la ***Luz*** real que, al penetrarnos, nos iluminará iniciáticamente.

Y ¿Qué es esta iluminación sino el maridaje en nosotros del Azufre y del Mercurio, del hombre rojo y de la mujer blanca, de que ya henos hablado?. Por “hombre rojo” el querer particular y, por “mujer blanca” la voluntad general, la de la Reina del Cielo, representada en el Tarot por la ***Emperatriz.*** Si aprendemos a querer de perfecto acuerdo con el gobierno del Universo, realizaremos el ideal alquímico de la ***Sal*** purificada, cámara nupcial del ***Azufre*** y del ***Mercurio.***

En la naturaleza humana el ***Azufre*** F corresponde a la masculinidad. Su predominio exalta la iniciativa individual, favoreciendo el valor inquebrantable, el ardor perseverante, la energía orgullosa, el gusto del mando. El Azufre es inventivo; crea, funda, establece (Columna Jakin). Incita al movimiento, a la acción exteriorizada, a la conquista; nos hace tomar y dar, no recibir pasivamente. Intelectualmente, esta influencia rechaza la fe dócil, receptiva de las ideas de otro; exalta la independencia de espíritu que elabora las nociones discernidas por uso mismo.

La femineidad de ***Mercurio*** inspira, por el contrario, la dulzura, la calma, la meditación retraída, el sueño, la timidez prudente, la modestia, la resignación y la obediencia. Vuelve comprensivo, sensible a todo lo que es sutil, apto para la adivinación, crédulo con lucidez, cuando la imaginación ha sido afinada, de manera que no deforma las imágenes que se reflejan en su espejo.

En cuanto a la ***Sal*** ⊖, simboliza realmente la Sabiduría, siempre que esté asegurado el equilibrio, la justa ponderación y la estabilidad. Debe obtenerse y mantenerse su limpidez, porque es sobre ella que descansa la Gran Obra.

EL CUATERNARIO DE LOS ELEMENTOS

A la ***Sal*** **P** corresponde toda la esfera de nuestra personalidad, en la cual se distingue un cielo fluido envolviendo un centro compacto. Éste está figurado en el ideograma de la Sal ⊖ por el semicírculo interior, que alude al reino heterogéneo sometido a la acción de los ***Elementos.***

Estos no son cuerpos, sujetos pasivos, sino por el contrario ***agentes*** cuya actividad constante mantiene el equilibrio inestable de la ***materia elemental,*** sustrato de las ***cosas elementales*** que caen bajo nuestros sentidos.

Causa constante de pesadez, de conglomeración y de relativa fijeza, la ***Tierra*** **L** escapa a nuestras percepciones no menos que el ***Aire*** **M**, agente volatilizador, y el ***Agua*** **N**, que contrae los cuerpos, mientras el ***Fuego*** △ los dilata.

Los elementos se distinguen por sus ***cualidades elementales,*** que son: ***lo seco, lo húmedo, lo frío y lo caliente.***

Fría y seca, la ***Tierra*** tiene por símbolo el Buey de San Lucas, o el Toro zodiacal de la primavera. Es negra y pertenece a Saturno.

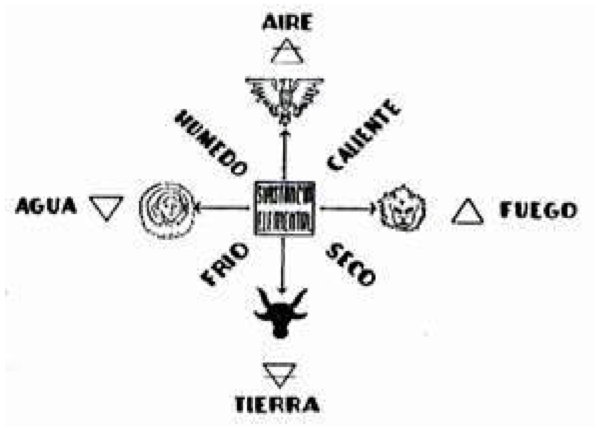
En el ***Aire,*** cálido y húmedo, se eleva el Águila de San Juan, que es también el pájaro de Júpiter, visible en el firmamento entre las constelaciones otoñales. El color azul, color de la atmósfera, se atribuye a este Elemento.

Fría y húmeda, el ***Agua,*** corre desde el ánfora de Acuario, signo del invierno, de quien el Ángel de San Mateo toma cristianamente el lugar. Al Agua conviene el color verde, que es el color de Venus.

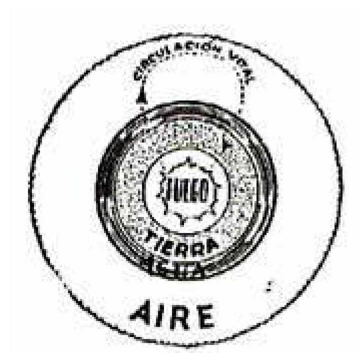
El ***Fuego,*** en el cual llamea el ardor de Marte, es cálido y seco. Parece soltarse de la melena roja del León de San Marcos, que señala en el zodíaco la mitad del verano.

Los cuatro elementos se reencuentran psicológicamente en el hombre, en el cual la materia corpórea corresponde a la ***Tierra,*** el ***Aire*** representa el soplo animador que mantiene la vida, que tiene por vehículos los líquidos

orgánicos, representados por el ***Agua,*** mientras que la energía vital, fuente de calor y de movimiento, se representa por el ***Fuego.***



La Tierra desempeña el papel de un recipiente poroso que contiene al Fuego, el cual es avivado por el Aire y alimentado por el Agua, como si éste fuera aceite. Es menester que estos dos últimos elementos puedan penetrar hasta el Fuego central para que se establezca el círculo vital.



Estimulado por el Aire exterior, el Fuego interno se anima consumiendo una parte del Agua que evapora. El vapor se abre camino a través de los poros de la corteza terrestre y se eleva en la atmósfera; pero el frío lo condensa, se forman nubes, éstas se disuelven en lluvia; ésta cae sobre el suelo, que la absorbe y se infiltra de nuevo hasta el centro, alimentado de este modo por un Agua que tiene el Aire en disolución.

Este es el mecanismo de la circulación ininterrumpida que sostiene a la vida individual, cuya duración sería ilimitada si no se endureciera la corteza terrestre y no se agotaran las reservas líquidas.

No se trata pues de un Elixir de Vida que permitiría prolongar indefinidamente nuestra existencia fisiológica. El Sabio sabe que debe morir, y no teme a la muerte, a la cual se somete voluntariamente. Sin atribuir pues, a

la vida material más importancia de lo que se debe, se dedica a dirigirla. Para economizar el líquido vital, evita todo gasto excesivo o superfluo, es decir, todo exceso. Administrando su Fuego con discernimiento, atiende al funcionamiento normal de su organismo, que se gasta así lenta pero fatalmente, pues la regeneración de nuestros tejidos está limitada. Existe, sin embargo, un arte de envejecer, de retardar la decrepitud, manteniéndose joven pese a los años.

La fuente de Juvencia reside en la parte etérea de la Sal ⊖ en el cielo de nuestra personalidad. Mantengámonos jóvenes de alma y de espíritu, seamos serviciales de buen grado, amemos, pensemos en los demás, olvidémonos de nosotros mismos, no nos endurezcamos: nuestra higiene moral asegurará así nuestro mantenimiento.

Lo que el magnetizador llama “fluido” es el Agua vital exteriorizada en forma de vapor. Cuando la atmósfera del enfermo es muy seca, la humedad del terapeuta restablece las condiciones normales y el paciente se beneficia de la nueva vitalidad.

Por otra parte, es posible obrar directamente sobre el Fuego de otro, comunicándole un ardor insólito. En ese caso, pueden producirse efectos extraordinarios y a veces instantáneos.

La sensibilidad al magnetismo depende de la permeabilidad de la corteza corporal. Los “sujetos” son permeables: de aquí sus sorprendentes reacciones. Cada cual puede tratar de hacerse accesible a las buenas influencias, sin abandonarse por eso en modo alguno al dominio del otro. Es en este espíritu que se forman los adeptos, tanto del Hermetismo como de la Francmasonería.

LA OBRA DE LOS SABIOS

La Piedra Filosofal es una Sal ⊖ íntegramente purificada, que coagula al Mercurio volátil a fin de fijarlo, uniéndose a un ***Azufre*** ardiente 🜍 que se ha vuelto fuertemente activo.

Por lo tanto, la Obra está compuesta por tres fases:

- Purificación de la Sal.
- Coagulación del Mercurio.
- Fijación del Azufre.

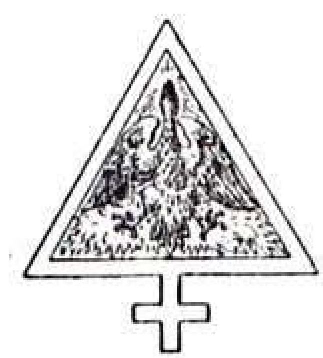
Como la Sal está contenida en la ***Materia Filosófica,*** es ésta que conviene obtener en primer término. La Sal está por todas partes y no cuesta nada, pese a tener un valor incalculable. Lo importante es saber descubrirla, porque no se puede extraer un Mercurio de cualquier sustancia, y la primera roca que vemos no posee la resistencia que los Constructores exigen de la piedra que quieren emplear en la Obra. Hay ciertos vicios previos que hacen desechar al profano antes de cualquier prueba.

Supongamos que las primeras dificultades han sido vencidas: el artista ha encontrado la materia que sirve a sus proyectos. En primer lugar la limpia, a fin de que ningún cuerpo extraño se adhiera a la superficie (pulimento de los metales). Realizado esto, el sujeto queda encerrado en el Huevo filosófico cerrado herméticamente (gabinete de reflexión). Así sustraído a toda excitación mercurial, el Fuego vital encerrado disminuye, languidece y termina por extinguirse (Muerte del Recipiendario).

Al morir, el sujeto se desdobla: lo etéreo que hay en él se desprende, abandona un residuo "informe y vacío" ya, como la Tierra antes de ser impregnada por el Soplo divino (Génesis I, 2).

Es el ***Caos filosófico,*** cuy*o* ***color negro*** es el mismo del ***Cuervo de Saturno,*** pájaro que simboliza las tinieblas que estaban sobre la faz del abismo.

Privado de vida, sumido en la ***putrefacción,*** el sujeto vuelve al caos en el seno del cual todos los elementos se confunden. Todo terminaría si no fuera por el ***germen*** que se siembra en la materia putrefacta. La disolución libera a ese ***Hijo de la Putrefacción,*** qu*e* ***nace libre*** para desarrollarse. Su innato calor no tarda en secar la sustancia caótica más cercana, a fin de hacerse una corteza vital que signa su papel a cada elemento. Alternativamente exteriorizada, luego reabsorbida, el Agua lava la nueva Tierra, que pasa del negro al gris, después al blanco, pasando por los tonos que caracterizan a la ***cola del pavo real.***



La blancura está simbolizada por el ***Cisne,*** del cual tomó Júpiter el aspecto para unirse a Leda. El padre de los dioses representa en esto al

Espíritu que fecunda a la Materia purificada por las sucesivas abluciones: es el Soplo aéreo que penetra en la Tierra para engendrar el ***Niño filosófico.***

Se trata del Fuego individual, agente interno que se relaciona con su fuente exterior de acción. Divinizado, este Fuego se exalta y arde con un fervor generoso, manifestado por el ***color rojo*** de los alquimistas. Es la realización de la ***Obra simple*** que pone en posesión de la Medicina de primer orden. Se obtiene el ***Azufre filosófico*** puro, por el cual el adepto puede ser asimilado al ***Fénix.***

Consagrado al Sol, que es fijo, este pájaro, que tiene plumaje escarlata, representa la fijeza del ser vivo en su muerte continua, fuente de renacimientos simultáneos. El Sabio aspira a una fijeza espiritual de un orden más elevado, haciendo coincidir a su voluntad particular con la voluntad que rige todas las cosas. Si realiza este ideal, coagula el Mercurio mezclando al Fuego celeste con el de su hogar infernal de acción individual.

Al llegar a esta altura, el adepto ha vencido al dragón de las atracciones elementales. Posee la verdadera libertad, pues en él el espíritu domina a la materia. Habiendo alcanzado la plena humanidad, ha vencido a la animalidad. Purificado por la ***Tierra,*** el ***Aire,*** el ***Agua*** y el ***Fuego,*** ha pasado por la ***putrefacción,*** de la cual se ha liberado por la ***Sublimación,*** que lleva a la ***Ablución*** y a la ***Espiritualización.*** Entonces los francmasones le muestran la ***Estrella Resplandeciente,*** cuyo emblema hermético es la Rosa de cinco pétalos, que sale de la piedra mercurial por influencia del Espíritu universal, si nos referimos a la figura de Nicolás Flamel.

EL MAGISTERIO DEL SOL

Cuando la corteza salina individual, purificada, se vuelve transparente, la Luz ambiente se percibe desde el interior; el hombre rojo (Azufre 🜍) se enamora de la mujer blanca (Mercurio). Pero el casamiento del Rey 🜍 y de la Reina aún no se ha efectuado. Habrá de realizarse por la atracción del Mercurio, que simpatizando con el Azufre sublimado se dejará captar y coagular por él. Como el ***Azufre-Rey*** es lo que manda en nosotros, se trata aquí de nuestro querer, liberado de toda mezquindad y afirmándose verdadero ***Rey*** de su dominio individual. Esta Realeza no es la del mundo vulgar: es adquirida espiritualmente por el verdadero adepto del ***Arte Regio,*** que se hace

digno de la ***Reina,*** la Virgen celestial que invocan los devotos de ***Nuestra Señora.***

Los Artistas poseídos por un puro ideal no son místicos que han perdido la cabeza. Han tenido que sacrificar su ***yo*** ávido renunciando a todo deseo personal. Indiferentes a todo lo que ambiciona el esclavo terrestre, se han librado de la tiranía de los instintos egoístas. Vencedores del Egoísmo radical, escapan a la marca hereditaria del pecado original. Dotados de suficiente energía para morir voluntariamente a la vida común inferior, han nacido a una vida superior de libertad, que les confiere realmente un carácter de soberanos. Como ya no son esclavos de nada, tienden a convertirse en amos de Todo. La voluntad de ellos ya sólo se inspira en las intenciones más elevadas, en las intenciones divinas.

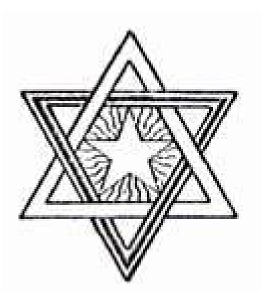
Este es el matrimonio del espíritu encarnado, obrero terrestre, con la princesa divina, que se efectúa en nosotros cuando nuestro querer se santifica, cuando Hijos del Padre, adoptamos la causa paterna, dedicándonos a la Gran Obra de la creación. Pues la verdadera ***Gran Obra*** es la que se realiza desde toda la eternidad, es el ***Trabajo redentor*** del cual surgen la evolución, el progreso, la coordinación del caos y la construcción de una humanidad mejor.

Su objetivo inmediato es la preparación del ***Oro filosófico,*** símbolo de la perfección individualmente realizable. Cada uno de nosotros puede operar en sí mismo la transmutación del mal en bien si, después de haber aclarado su conciencia, actúa de acuerdo con lo que ésta le ordena. ¿Qué se nos ha pedido? Que aprendamos a conocernos en medio de la confusión mantenida por la agitación personal de los individuos. Busquemos la calma y reconcentrémonos. Si se nos ofrece un asilo, aprovechémoslo. Dejemos el bullicio y entremos en nosotros mismos: sometámonos enseguida a las pruebas iniciáticas y trabajemos para aclararnos íntegramente.

Reconoceremos entonces que nos incumbe una tarea determinada: los acontecimientos y las circunstancias nos la dictan. Sepamos discernirla y cumplámosla religiosamente. Trabajaremos así bien y, por pequeño que pueda parecer nuestro logro, formará de todos modos parte integrante de la Gran Obra. Seamos buenos y verdaderamente ejemplares en nuestra pequeña esfera, y produciremos entonces el Oro y nuestro medio se beneficiará con las virtudes de nuestra ***Piedra filosofal.***

Esta es, a la vez, simultáneamente humana y divina. Es humana en su sustancia, en su Sal ⊖ purificada, pero está divinizada por el Espíritu mercurial que la penetra, exaltando el Azufre 🜍 individual. En ella se realiza la ***Escuadra de Salomón:*** el ***Agua*** celeste **C** se casa con el ***Fuego*** infernal **B** convertido, puesto al servicio de la Gran Obra pura. El Matrimonio no puede hacerse sin amor: es necesario que el azufre sulfuroso interno sea amoroso para que el Mercurio celeste consienta en unirse a él. Pero un deseo egoísta sería inoperante: el amor debe ser completo, absoluto, debe llevar al don entero, sin reservas, de uno mismo.

La personalidad llegada a la iluminación de la ***Estrella Resplandeciente*** brilla con resplandor y dispone del ***Pentagrama,*** emblema del poder consecutivo al desarrollo de la voluntad del adepto.



Pero el más deslumbrante de los ***Magos*** no es más que un simple taumaturgo junto al ***Santo*** que se olvida de sí mismo y sólo actúa en unión con lo divino. La obra del primero es su obra y, por admirable que sea, es siempre particular; el segundo puede dar impresión de no producir nada cuando en realidad está dedicado a la realización de la Gran Obra universal. La Fuerza más fuerte de todas las fuerzas procede del sentimiento por el cual el individuo renuncia a sí mismo para guardar en sí la Energía total, fusión de las virtudes de lo alto y de lo bajo.

Para los rosacruces, el ***Pelícano,*** que alimenta a sus hijos con su propia sangre, enseña el amor sin el cual el más sabio no será más que un cuerno que resuena o un címbalo retumbante. Siempre ha sido reconocido que el Sabio más perfecto será aquel que ame más.



EL SEPTENARIO

El Azufre 🜍, el Mercurio ☿ y la Sal ⊖ corresponden en la personalidad humana a lo que se ha convenido en llamar Espíritu, Alma y Cuerpo. Pura actividad, el Espíritu-Azufre no actúa sobre la pasividad del Cuerpo-Sal más que por intermedio del Alma-Mercurio, que es pasiva en su relación al Espíritu, aunque activa en relación al Cuerpo.

Para que haya equilibrio y, por lo tanto, salud, funcionamiento normal, conviene que los tres principios se armonicen en el individuo. Si representamos a cada uno de los principios por un círculo, obtenemos, por la penetración mutua de estos tres círculos, hasta encontrar sus centros, el esquema de la constitución septenaria del hombre.



Las interferencias de los tres círculos engendran una combinación del Espíritu y del Alma que podemos llamar ***Espíritu químico*** o ***Alma espiritual.*** Penetrando en el Cuerpo, el Espíritu desarrolla el ***Espíritu Corporal,*** en el cual el Alma que invade al Cuerpo, da como hermana, el ***Alma corporal.*** Queda en el centro un espacio en que el Espíritu, Alma y Cuerpo se fusionan para constituir el ***Cuerpo Etéreo o astral, el Linga Sharira*** de la Teosofía. Es el nudo de la personalidad, sobre el cual todo repercute. Cumpliendo el papel de intermediario, este nudo fluídico central es asimilado al dios ***Mercurio*** de la mitología y, entre los metales, se le atribuye la ***Plata-viva.*** Los otros metales-planetas se distribuyen como sigue:

☉ Espíritu puro – Oro incorruptible, Sol, Apolo, Atma;

☾ Alma etérea – Plata, Luna, Diana, Manas;

♃ Espíritu anímico o alma espiritual – Estaño, el más ligero de los metales, Júpiter unido a Juno, Buda;

♂ Espíritu corporal – Hierro, Marte, Kama Rupa;
♀ Alma corporal – Cobre, Venus, Prana o Jiva;
♄ Cuerpo – Plomo, Saturno, Rupa.

El Sol espiritual ☉ representa la Luz divina que aclara sin desfallecer nuestra personalidad, más especialmente nuestro Espíritu anímico, al que se dirige nuestra conciencia jupiteriana ♃. Lo que manda en nosotros procede, en efecto, del Espíritu y del Alma, formadora de sentimientos y de imágenes ideales, gracias a los cuales pensamos y recordamos. Del Espíritu corporal ♂ nacen los impulsos vehementes, a veces feroces, que estimulan la motricidad.

En cuanto al Alma inmaterial ♀ es el fundamento del edificio vital. Sin su pesadez, no se podría realizar ningún trabajo, el Espíritu carecería de punto de apoyo y el Alma se perdería en lo ilimitado.

Al Septenario de los metales-planetas se une el simbolismo de los colores fundamentales: rojo, azul, amarillo, y de sus derivados: violeta, verde, anaranjado. El rojo se atribuye al círculo del Espíritu, el Azul al del Alma y el amarillo al del Cuerpo. De ahí que el violeta se convierta en el color del Espíritu anímico, el verde en el del Alma corporal y el anaranjado en el del Espíritu corporal; el blanco sintético representa al Cuerpo etéreo mercurial, mientras el negro queda reservado al Caos ambiente, que no ha sido luminosamente organizado.

La tradición enseña a distinguir siete tipos planetarios, según la influencia que domina en cada personalidad. Es posible determinar gráficamente siete tipos análogos desplazando uno de los tres círculos que representan el Espíritu, el Alma y el Cuerpo.

EL REALIZADOR

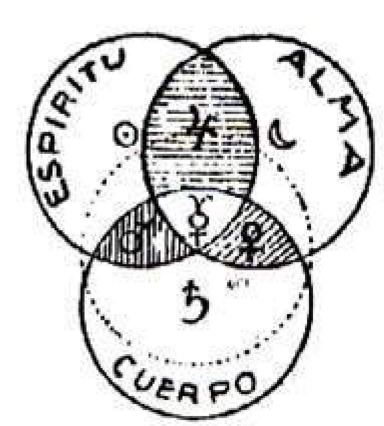
Es así que rebasando el círculo corporal hasta hacerle interferir con el área normal de los otros dos, Mercurio ☿, Venus ♀ y Marte ♂ son favorecidos a expensas de Júpiter ♃, de Saturno ♄, del Sol ☉ y de la Luna ☾.

Estamos aquí en presencia de una

individualización muy acentuada, gracias a que el Cuerpo astral ☿ dispone de una abundante vitalidad ♀, que explota una impaciente impulsividad activa ♂. Moverse, actuar infatigablemente para satisfacer la exigencia de las pasiones, desplegando gran inteligencia práctica, será la característica de estas naturalezas impetuosas y movedizas. La debilidad del Espíritu anímico ♃ se traducirá en una atenuación de los escrúpulos de conciencia; por otra parte, la disminución de la materialidad ♄ les hará carecer de positivismo y de solidez física: el organismo se cansará rápidamente. Habrá más energía marcial ♂que idealidad solar ☉ y más sensualidad grosera ♀ que sentimiento puro ☾.



EL SOÑADOR



Al tipo del agitado vivaz se opone el flemático, cuyo círculo corporal está en retroceso. De ahí resulta que Mercurio ☿, Marte ♂ y Venus ♀ no tienen voz cantante, la personalidad ☿ se borra, los instintos ♂ están retenidos y la vitalidad ♀ es lánguida. En cambio, el organismo vasto ♄ funciona apaciblemente, sin la menor fiebre; se adormila, pero obedece a la conciencia ♃ cuyo dominio se agranda en detrimento de la personalidad sintética ☿. Una hermosa idealidad ☉ y un alma buena, sentimental y soñadora ☾ se unen a ese cuerpo espeso, relativamente inerte.

EL PACIFICO

Empujemos ahora el círculo del Alma en dirección a Marte ♂ cuyo terreno será así notablemente sacrificado en beneficio de Mercurio ☿, con ganancia para Júpiter ♃ y Venus ♀ en detrimento del Espíritu ☉ y del cuerpo ♄. Se trata de una personalidad fuerte en su centro ☿, gobernada por una conciencia iluminada racionalmente ☉ y disponiendo de una vitalidad generosa, de fluido altruista, pero tímida, temerosa, sin atreverse a actuar, carente de iniciativa y de energía marcianas ♂, no encontrando utilización, la sentimentalidad se convierte en piedad plena de conmiseración, pero es prácticamente estéril. El Espíritu ☉ pierde lucidez mientras que el organismo ♄ se vuelve demasiado sensible y siente repugnancia ante la fatiga.

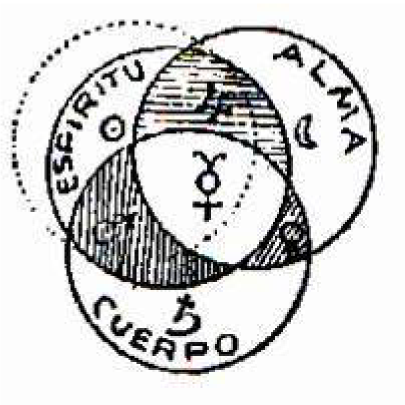


EL CONQUISTADOR

La operación inversa, haciendo avanzar a Marte ♂ sobre Mercurio ☿, hace perder a Júpiter ♃ y a Venus ♀ lo que gana el Alma ☾, el Espíritu ☉ y el cuerpo ♄. Esta vez la actividad es devoradora ♂; no actúa ciegamente, porque está esclarecida por la razón ☉ que no paraliza ningún escrúpulo de la conciencia; está además ayudada por un organismo vigoroso sin exceso de sensibilidad; por el contrario, el Alma ☾ se entrega a los sueños más ambiciosos.

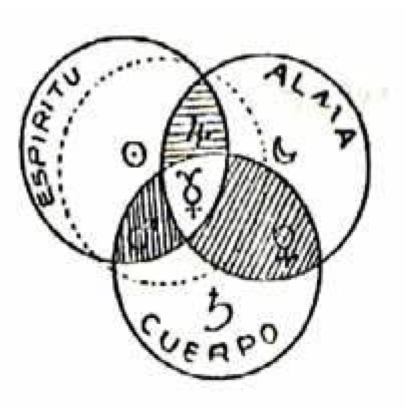


EL EGOÍSTA



El círculo del Espíritu ☉ rechazando a Venus ♀ refuerza el centro de la personalidad ☿, lo mismo que el dominio de Júpiter ♃ y de Marte ♂; pero Espíritu ☉, Alma ☾ y Cuerpo ♄ sufren una disminución de la influencia que les corresponde. Así, nuestro personaje se siente alguien: es inteligente para satisfacer su ambición jupiteriana; pero carece de sensibilidad ♀, aunque utiliza bien su organismo parsimoniosamente vitalizado. Su lucidez de juicio ☉ es defectuosa por otra parte, y sus sueños ☾ están turbados por aspiraciones ambiciosas.

EL ALTRUISTA



El desprendimiento del Espíritu ☉ asegura el predominio de Venus ♀, que gana ventaja sobre Mercurio ☿, mientras que Júpiter ♃ y Marte ♂ ceden ante el Alma ☾ y el Cuerpo ♄. La ternura, la buena voluntad, el afecto, ♀, hacen olvidar el yo central ☿; la ambición se sentimentaliza ♃, y los impulsos actuantes ♂ se moderan para ventaja del organismo ♄. Los sueños ☾ son desinteresados y la luz de un idealismo elevado rodea la personalidad, resplandeciente por su generosidad.

EL INDIVIDUO ESTRICTAMENTE NORMAL

No son más que seis tipos, pero se agrupan alrededor del séptimo, que corresponde al hombre idealmente equilibrado, al Hombre-modelo, adámico,

que realiza la perfecta asociación del Espíritu ☉, del Alma ☾ y del Cuerpo ♄, o del Azufre 🜍, el Mercurio ☿ y la Sal ⊖.

Los individuos humanos pueden aproximarse a este tipo, cuya generalización sería nociva, porque conviene que seamos diferenciados y que nos especialicemos según la tarea que nos incumbe. No nos apartemos de todos modos de la norma humana, porque un exceso de diferenciación nos volvería ***inhumanos.*** Para quedar en la nota justa evitemos toda exageración deformante, corrijamos nuestro carácter tomando como modelo a aquellos prójimos que se distingan por su sabiduría, es decir, por su feliz equilibrio.

No demos importancia exagerada a las determinaciones gráficas que acabamos de trazar. Pueden dar lugar a otras interpretaciones, porque nada es absoluto en este terreno.

Sin embargo, las construcciones de este género tienen la ventaja de ayudar al espíritu a descubrir ciertas analogías y permitir a veces al médico llegar a la raíz de ciertos desequilibrios morbosos. En estos tiempos de psicoanálisis, estos sugestivos esquemas no son materia desdeñable.

Pero lo que lógicamente puede deducirse de un grafismo convencional no podría adquirir una importancia comparable a la de los clásicos ***tipos planetarios*****.** No abordaremos aquí el examen de ese septenario que corresponde más especialmente al ***Simbolismo Astrológico,*** al cual consagraremos una obra especial, que seguirá al ***Simbolismo Hermético*****.**